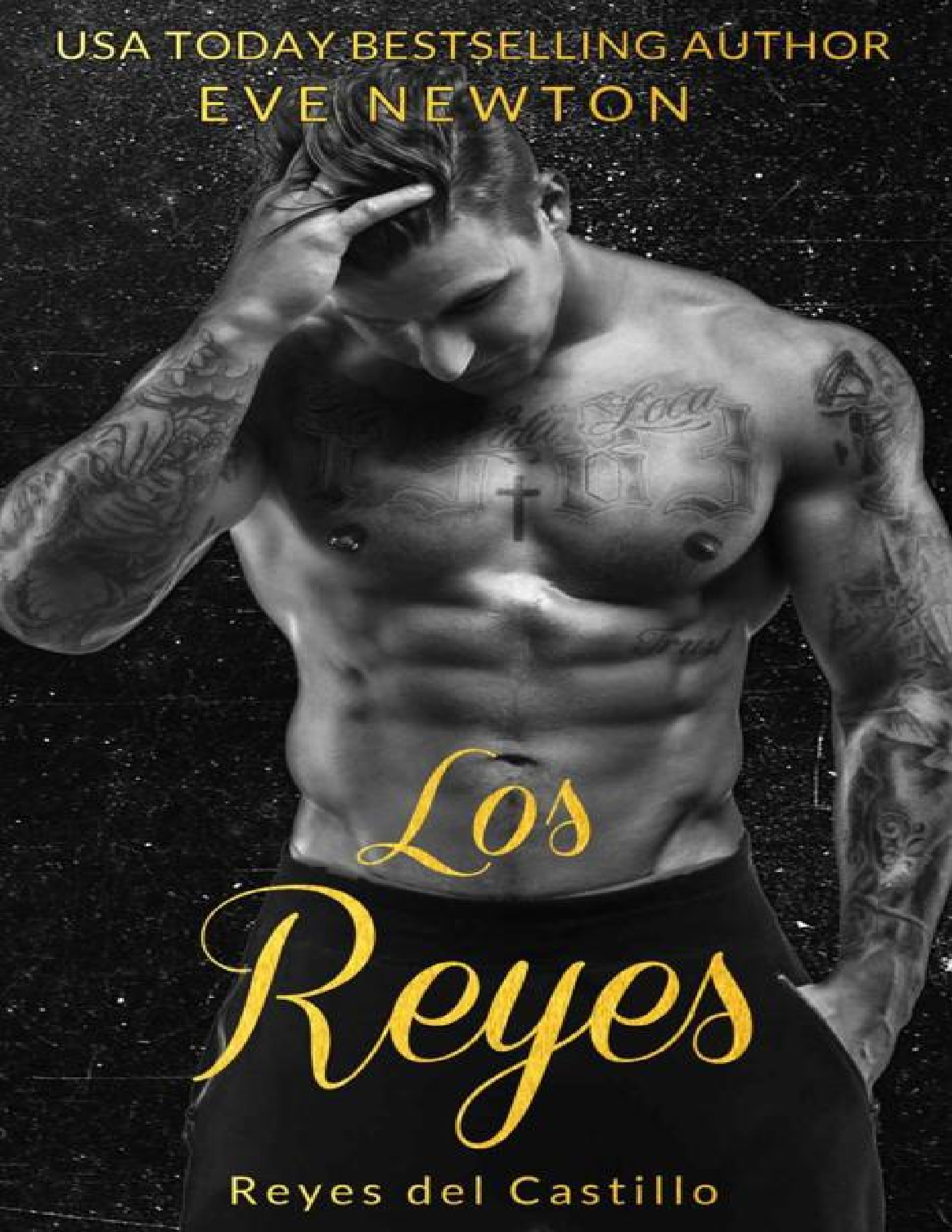

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
EVE NEWTON
Los
Reyes
Reyes del Castillo

LOS REYES

UN ROMANCE DE HARÉN INVERSO DE UNIVERSIDAD OSCURA

REYES DEL CASTILLO

LIBRO UNO

EVE NEWTON

ÍNDICE

Prefacio

1. Eliza
2. Raphael
3. Raphael
4. Eliza
5. Eliza
6. Eliza
7. Eliza
8. Tarquin
9. Eliza
10. Eliza
11. Eliza
12. James
13. Eliza
14. Raphael
15. Eliza
16. Oliver
17. Eliza
18. Eliza
19. Tarquin
20. Eliza
21. Raphael
22. Eliza
23. James
24. Raphael
25. Eliza
26. Eliza
27. Eliza
28. Oliver
29. Tarquin
30. Eliza
31. Eliza
32. James
33. Eliza
34. Eliza

PREFACIO

Nota de la autora

Esta es una novela contemporánea de romance oscuro con harem inverso para jóvenes adultos. Todos los personajes principales tienen 21 años.

Los Reyes del Castillo son esencialmente villanos. Si buscas una lectura suave y reconfortante, no la encontrarás en estas páginas.

Los Reyes contiene contenido adulto y gráfico, y se recomienda discreción al lector.

Puedes encontrar una lista completa de advertencias de contenido para este libro/serie exclusivamente en mi sitio web: o escanea el código QR a continuación

Únete a mi grupo de Facebook para actualizaciones en tiempo real sobre futuras lecturas:



Eve Newton

CAPÍTULO I

ELIZA

Jadeando.

Sudando.

Nuestros labios colisionan mientras mi espalda golpea la puerta del armario con espejo detrás de mí.

Mi cabeza da vueltas un poco demasiado por el champán.

El atractivo desconocido con piel tatuada y una cicatriz que pide a gritos preguntas que no tengo tiempo de hacer, desliza sus manos por mis muslos y bajo mi falda corta.

—Joder —jadeo.

Sus manos son ásperas mientras levantan mi falda, sin pretensión de delicadeza, solo necesidad cruda, mientras no pierde tiempo y aparta mis bragas a un lado. Está mal de muchas maneras, este tipo que no conozco, en la habitación de mi padre, pero maldita sea, está buenísimo. Pelo oscuro, ojos azules claros, músculos por todas partes. Se siente totalmente correcto cuando desabrocha sus pantalones negros de combate y saca su polla, levantándome para que pueda hundirme en ella sin pensarlo dos veces.

Es todo el permiso que necesito para envolver mis piernas con fuerza a su alrededor y encontrarme con cada una de sus embestidas con las mías propias.

El ritmo en el que caemos es primitivo, inconfundible.

Me folla duro contra el armario; cada golpe de nuestros cuerpos envía ondas a través de mi sangre que se disparan rápidamente, más rápido que cualquier polvo que haya tenido desde que perdí mi virginidad hace dos años.

Puedo sentir cada centímetro de su polla, llenándome, abriéndome completamente, y Dios, el calor. Estamos creando nuestro propio infierno, quemando cualquier apariencia de la princesa mafiosa confiada, rayando en arrogante, que se supone que debo ser. Ahora mismo, solo soy Elizabeth "Eliza" Hughes, y él es solo el tipo que hace que mi cabeza dé vueltas más rápido que cualquier alcohol jamás podría.

—Más —insto, clavando mis uñas en sus hombros.

Por la forma en que gime, embistiéndome con un ritmo que es tanto castigador como perfecto, está justo ahí conmigo, listo para quemarlo todo hasta los cimientos.

Es oscuro y peligroso, muy parecido a la tinta que se arremolina sobre sus brazos, bajo su ajustada camiseta negra, diseños que bailan con cada movimiento forzado. Antiguos símbolos de poder y seducción, grabados en su piel como si lo reclamaran para sí mismos.

Estoy perdida en esta sensación, perdida en él, mis inhibiciones disolviéndose más rápido que el azúcar en el té caliente. Hay una libertad en este momento, en permitirme este abandono salvaje, y me aferro a ella con todo lo que tengo mientras aprieto mis muslos con más fuerza

alrededor de su cuerpo duro como una roca.

No tengo idea de quién es, pero a juzgar por su atuendo casual, es uno de los lacayos de mi padre. Hay suficientes de ellos, y vienen y van con frecuencia.

Mientras me lleva a un éxtasis que sacude mi mundo ordenado, no hay espacio para más pensamientos, solo sensación, mientras me folla más duro y profundo y mi coño cubre su longitud con fluidos.

Me encuentro con cada una de sus embestidas poderosamente. Nuestros cuerpos son completamente opuestos, yo pequeña y delgada, él grande y musculoso, pero encajamos como si hubiéramos sido hechos el uno para el otro. La química eléctrica entre nosotros crepita, encendiendo chispas que lamen mi interior, prometiendo una explosión de éxtasis.

—Más fuerte —exijo, y hay una sonrisa en sus labios mientras obedece, embistiéndome con una ferocidad que me deja sin aliento, tambaleándome al borde del olvido, solo espoleada por el hecho de que desde que lo conocí en las escaleras y lo arrastré aquí para follarme, no ha pronunciado una sola palabra.

El placer se acumula, enrollándose apretadamente, y puedo sentir cada fibra de mi ser esforzándose por liberarse.

Llega de repente, estrellándose sobre mí como una ola gigante, obliterando todo a su paso. Grito, mis afiladas uñas negras clavándose en su espalda, marcándolo para quien lo tenga después. No me hago ilusiones de que es mío. No quiero que lo sea. Es para esta noche, una última celebración antes de comenzar mi último año en una nueva universidad donde seré una completa desconocida hasta que pueda probarme a mí misma.

Sintiendo mi coño apretarse alrededor de su enorme polla, sus movimientos se vuelven erráticos, desesperados. Su boca devora la mía mientras bombea su semen dentro de mí, un torrente caliente con una banda sonora de gruñidos que hace que mis pezones duelan.

Joder. Quiero llevarlo a la cama y montarlo toda la noche, pero papá me está esperando, y nadie hace esperar a Damon Hughes.

Ni siquiera yo.

Sale lentamente, con los ojos entrecerrados mientras gime suavemente, dejándome vacía y anhelando más de su polla. Con una lenta sonrisa siniestra, retrocede y mete su polla cubierta de semen de vuelta en sus pantalones y los cierra, observándome jadear y luchar por recuperar el aliento.

Luego, se ha ido. Saliendo a zancadas del dormitorio como si no tuviera una preocupación en el mundo.

Gimiendo suavemente, echo la cabeza hacia atrás momentáneamente antes de girarme, con la frente presionada contra el frío espejo. Ajustando mi ropa, arreglo mis bragas, sintiendo su semen humedecerlas, y aliso mi falda con manos temblorosas. Limpiándome los labios con una lenta sonrisa, miro mi reflejo en el espejo. Mis ojos verdes están brillantes, vivos con un fuego que no estaba allí antes. Mi cabello castaño es una cascada salvaje, enmarcando mis mejillas sonrojadas. Me veo poderosa y en control.

Justo como debería ser.

Al salir de la habitación, el bullicio de la gran fiesta en el piso de abajo atrae mis sentidos como la gravedad. Me paso las manos por el pelo y desciendo la escalera, mis tacones resonando en los escalones de mármol mientras los bajo lentamente, mi mano deslizándose por el pasamanos de nogal.

La escena que me recibe es una de opulencia aquí en la mansión de mi padre. Mi madre murió hace quince años, así que hemos sido mi padre y yo durante tanto tiempo como puedo

recordar, deambulando por esta enorme mansión como los fantasmas de las Navidades pasadas. Mi padre nunca ha superado la muerte de mi madre. Siempre solo. Aunque, estoy segura de que no está "siempre solo" si entiendes lo que quiero decir, pero ninguna mujer ha llegado a desayunar conmigo al otro lado de la mesa a la mañana siguiente.

Esta fiesta es como un quién es quién de la mafia inglesa, mientras mis ojos escanean a los invitados, bebiendo champán caro y conversando en grupos. Hombres en elegantes esmóquines y mujeres envueltas en joyas y seda se deslizan por el suelo de mármol del vestíbulo de una habitación a otra mientras se mezclan, sus risas uniéndose al tintineo de las copas de cristal. Las arañas de luces sobre nosotros proyectan un resplandor dorado sobre todo, haciendo que los diamantes en las gargantas de los invitados brillen mientras se entregan al lujo.

Tan poco mi estilo.

Dame un cuchillo de caza perverso en lugar de un collar de diamantes cualquier día, y te mostraré qué hacer con él.

Pero esta noche, el poder de mi familia está en plena exhibición. Está en la forma en que los invitados hablan en voz baja sobre tratos y territorios, en los ligeros asentimientos que se intercambian más a menudo que las cortesías. Hay una corriente subterránea de peligro bajo la elegancia, una serpiente enroscada lista para atacar.

Estoy casi al final de las escaleras cuando el zumbido de mi teléfono, metido en mi sujetador para mi encuentro sexy con el guapo desconocido, interrumpe mi euforia. Lo saco y miro la pantalla.

Un mensaje anónimo parpadea en ella: —No confíes en nadie. La traición viene con rostros familiares.

No es el primer mensaje amenazante que he recibido, y no será el último. Joder, me han dicho cosas peores a la cara. Así que lo ignoro y vuelvo a meter el teléfono en mi sujetador. Dicen que hay que mantener a los amigos cerca y a los enemigos más cerca, pero en este nido de víboras, es difícil distinguir la diferencia. Pero la familia Hughes es una de las más fuertes del país, y jugamos para ganar.

Despiadados, implacables y siempre en la cima.

Al llegar al final de las escaleras, me dirijo a la oficina de mi padre cerca de la puerta principal.

Empujo la pesada puerta de roble sin llamar, un movimiento que podría costarle la vida a cualquier otro en un buen día. Pero yo no soy cualquiera, y la sangre en mis venas exige tanto respeto como el hombre de pie en medio de la oficina, su traje negro a medida impecable incluso bajo las circunstancias actuales. Mi padre, con sus fríos ojos azules y su férreo control del bajo mundo, ni siquiera levanta la mirada cuando entro.

—Elizabeth —reconoce, su voz carente de sorpresa. Sabía que venía. Me pidió que estuviera aquí.

—Papá —respondo, de pie justo dentro de la habitación. Mis ojos se fijan en el hombre arrodillado frente a él.

El sudor brilla en su frente, su traje desarreglado, los ojos desorbitados por el miedo. Suplica por misericordia, pero sé que no hay ninguna que dar.

—Por favor... tengo familia —jadea.

Poniendo los ojos en blanco, reprimo el impulso de hacer un ruido de disgusto. Patético. Siempre dicen eso, pero no pensaron en su familia cuando traicionaron a mi padre, así que... me encojo de hombros.

—Y aun así elegiste la traición —responde mi padre con frialdad.

No hay más súplicas mientras mi padre levanta una pistola con silenciador, firme mientras firma otra sentencia de muerte y aprieta el gatillo. Un suave golpe, un destello de movimiento, y el hombre se desploma, la sangre floreciendo bajo su cabeza como una rosa carmesí que se despliega sobre la cara alfombra Aubusson.

Inclinando la cabeza, me acerco mientras estudio el cuerpo. Ninguna culpa se agita en mi alma negra, solo fascinación y aprecio por el orden de nuestro mundo, nuestras reglas.

—Limpia esto —ordena mi padre a alguien en las sombras, sin volver a mirar al hombre muerto. El poder se aferra a él, y siento que enciende algo oscuro y ansioso dentro de mí.

Quiero ser como él. Es para lo que me está preparando, después de todo.

—¿Necesitas algo más? —pregunto.

—Siempre ten cuidado, Elizabeth. La confianza es un lujo que no podemos permitirnos —dice sin emoción, solo otro consejo del rey a su heredera.

—Siempre lo tengo —le respondo por encima del hombro mientras me giro para salir, sintiendo el peso de su mirada sobre mí mientras salgo al pasillo.

Un escalofrío me recorre lentamente la nuca. ¿Sabe lo que estaba haciendo antes de venir aquí? Me da un asco tremendo, pero tampoco me sorprendería. Papá lo sabe todo. Pero ese es el juego. Usar su habitación para enredar mis piernas alrededor de un completo desconocido mientras me follaba tan fuerte que mi cuerpo explotó en un orgasmo alrededor de su polla, empapándolo hasta que no pudo aguantar más...

Me muerdo el labio y siento que mi clítoris se contrae. Pero no hay tiempo para distracciones. Tengo un legado que reclamar, un imperio que proteger y, si esta noche es una indicación, enemigos que aplastar.

CAPÍTULO 2

RAPHAEL

Apoyado contra una columna en sombras, mi mirada se detiene en la puerta de la oficina donde ella desapareció hace un momento. Hay un maldito calor en mis venas que es todo por ella.

Me muero por saber quién le envió un mensaje antes mientras bajaba las escaleras. Captó su atención antes de que lo descartara por completo.

¿Otro tipo?

O más bien, ¿un tipo?

El recuerdo de ella retorciéndose entre mi cuerpo y el cristal del espejo es tan vívido como la lámpara de araña que cuelga sobre nosotros. La sensación de su estrecho coño alrededor de mí, la forma en que arañó mi espalda... joder, me pongo duro de nuevo solo de pensarlo.

No me lo esperaba, pero de ninguna manera iba a decirle que no cuando me agarró y me dio esa mirada. Sus ojos esmeralda se encendieron mientras recorría mi cuerpo, mis tatuajes, la cicatriz bajo mi ojo. Me deseaba, y yo la he deseado durante mucho tiempo. Ella simplemente no lo sabe. Ni a mí, de hecho.

Ha encendido la maldita mecha, y yo soy la dinamita esperando explotar.

Los minutos se estiran como horas, pero la paciencia es la virtud de un asesino. Eliza emerge unos momentos después, su cuerpo ardiente se demora brevemente en el umbral mientras mira hacia atrás. El cadáver en medio del suelo, allí para que cualquiera lo vea, no causa vacilación en su paso, ni temblor en esos dedos delicados con uñas afiladas como garras; el linaje Hughes no se inmuta ante la muerte. Eliza incluida.

Esa sonrisa, sin embargo... lenta y conocedora. La emoción me golpea como una inyección de la buena directamente en la vena.

Su risa flota de vuelta mientras se adentra en la multitud, perdiéndose momentáneamente en un mar de trajes a medida y vestidos de seda mientras atraviesa la sala de estar. Empujándome desde la columna para seguirla antes de que su viejo me alcance, me detengo al reconocer a un estudiante de segundo año de la Universidad Castle, donde yo estoy en tercer año. Está con su compañero, un cabrón feo con una vena malvada, pero de nuevo, la maldad es relativa. Aún no se ha enfrentado a mi cuchilla.

La siguen pavoneándose como si fueran los dueños del maldito lugar: la próxima generación de imbéciles de la mafia, hijos de don nadies intentando jugar a ser alguien.

—Cabrones —murmuro, viéndolos seguir a Eliza como perros jodidamente cachondos.

Nadie la toca.

No saben con quién se están metiendo, pero están a punto de averiguarlo.

Moviéndome de nuevo hacia adelante, un fantasma deslizándose entre la multitud, mis pasos

son seguros y silenciosos. Extendiendo la mano hacia atrás, mi mano descansa sobre el mango del cuchillo que llevo conmigo a todas partes, un regalo de mi padre y uno que ha visto más derramamiento de sangre que la mayoría.

Eliza sale al balcón, su cabello oscuro captando la luz de la luna. Es una imagen de elegancia y poder, y estos idiotas están a punto de aprender lo que significa codiciar lo que no pueden tener.

Mi mano se cierra alrededor del mango del cuchillo. Ella no me ve, ni siquiera sabe que estoy aquí, pero algún día lo sabrá. Sabrá que siempre estoy aquí, a un susurro de distancia, listo para sangrar por ella.

—Aléjense de ella, maldita sea —gruño, acercándome por detrás al líder de los dos imbéciles y presionando mi hoja contra su garganta. Sus ojos se abren de par en par, probablemente buscando a papá, pero ni siquiera su padre se atrevería. La risa muere al instante, el aire denso de miedo.

Lo respiro con una lenta sonrisa.

—Tócala, y mueres —murmuro, sin necesidad de causar más escándalo. Entienden de dónde vengo.

Mi agarre cambia en la hoja curva, abrazando su garganta. Cada músculo de mi cuerpo está tenso, enrollado como un resorte. Soy una maldita cobra esperando cualquier excusa para atacar, para hundir mis dientes en su carne.

—¿Nada que decir?

Me miran parpadeando, sin palabras.

—Bien, pero entiendan esto: si ella grita, ustedes sangran. —Mis sentidos están electrizados, y cada movimiento que hacen está amplificado. Estos chicos están fuera de su liga, y si la presionan, descubrirán cuán superados están.

El silencio desciende como una guillotina mientras los observo, su bravuconería desmoronándose bajo el peso de mi mirada, la sensación de mi hoja. El líder traga nerviosamente, y su amigo se mueve incómodamente. Antes tan molestos en el aire nocturno, su risa es ahora un recuerdo estrangulado. Se miran entre ellos: preguntas silenciosas pasando entre ellos, respuestas silenciosas urgiendo la retirada.

—A la mierda —murmura el líder—. Ella no vale la pena.

—Tú tampoco.

Me mira con furia, pero no vendrá por mí. No tiene las agallas.

No los veo irse, no me importan en lo más mínimo esos cobardes mientras desaparecen en la fiesta, probablemente buscando refugio de sus padres. En cambio, mi mirada vuelve a Eliza, la verdadera razón por la que estoy aquí afuera con asesinato en mis venas. Ella no se da cuenta de la escena que acaba de ocurrir. No tengo ninguna duda de que se comería vivos a esos dos imbéciles y luego los quemaría antes de bailar sobre sus cenizas, pero una reina no debería tener que hacerlo.

Es bueno saber que podría. Un maldito excitante. Excitante como la mierda. Quiero verla hacer sangrar a un hombre, gritar, suplicar por su vida.

—Joder. —Me muevo mientras mi polla presiona contra mis pantalones de combate, dura como el hierro.

Eliza se apoya en la barandilla del balcón, una estatua serena bañada por la luz de la luna. Mis ojos beben la vista de ella, demorándose en la curva de sus caderas, la hendidura de su cintura, el ascenso de sus pechos con cada respiración que toma. Quiero probar sus labios de nuevo, sentir su coño envuelto alrededor de mi polla, jadeando, arañando, deshaciéndose.

—Un día, pequeña asesina, te tendré en mi cama.

Ella es una verdadera reina del inframundo: hermosa, letal, intocable, y será mía para compartir.

Dejaré que disfrute su momento de paz porque, en unos días, no sabrá qué la golpeó.

CAPÍTULO 3

RAPHAEL

Soy un fantasma en el rincón de la extensa sala de estar, con los ojos pegados a cada movimiento de Eliza. Ella mira a través de los jardines desde el balcón, apoyada en él, sumida en sus pensamientos.

Estoy aquí por negocios, pero observando a Eliza, es jodidamente difícil recordarlo.

—Raphael —Damon Hughes se acerca con paso firme, rebosante de una arrogancia bien merecida. Me enderezo, mis instintos en alerta máxima mientras se aproxima el hombre que dirige un imperio con una brutalidad a la que aspiro. Su expresión es fría y sin rodeos.

—¿Conoces tu papel?

Asiento. —Mantenerla a salvo en Castle.

—No es una chica cualquiera; es la reina en espera.

—Entendido. La cuidaremos.

Damon me examina, su escrutinio como una fuerza física que presiona sobre mis hombros.

—Es su bautismo de fuego. Ha sido protegida, mantenida al margen del juego, por una razón. Ahora, es momento de que juegue por su corona.

Mi asentimiento es apenas perceptible, pero él lo capta, un reconocimiento del desafío no expresado. Eliza aún no lo sabe, pero va a ser arrojada a un pozo de víboras disfrazadas de compañeros y amigos, y esta es su prueba definitiva para conquistarlos a todos.

—La Universidad Castle es su reino por reclamar —continúa—, pero debe conquistarlo con su propia astucia y fuerza. Está entrando en un grupo ya formado, con lealtades probadas y alianzas forjadas. Tendrá que elevarse por encima de ellos, hacer que la sigan, o caer por su propia ingenuidad.

—Confía en mí, no caerá —La mujer puede ser una rosa, pero tiene espinas, y que Dios ayude a quien intente arrancarla sin precaución.

—Asegúrate de que no lo haga —dice Damon—. Pero conoce tu papel. Tú la proteges; no la ayudas. Esta es su lucha, y tú solo estás ahí para asegurarte de que no la maten. Nada más.

Su orden final queda suspendida en el aire mientras se da la vuelta, dejándome para vigilar a la futura reina, una reina que no tiene idea de la guerra que está a punto de librar, y le guste o no, voy a estar justo allí en las trincheras con ella.

Protegiendo, no ayudando, aparentemente.

Esto no es exactamente una deuda pendiente, pero las cuatro familias mafiosas más prominentes del país tienen un respeto reticente entre sí. Saludable, si es que existe tal cosa. Eso significa que no buscamos pelea entre nosotros. La petición de Damon se filtró a través de las familias, y todos acordamos que Eliza sería puesta a prueba por sus propios méritos, como todos los demás. No obtiene un pase. Si falla, es su responsabilidad. Nadie puede hacer nada al

respecto excepto ella.

—Mantendré a los lobos a raya, pero la chica necesita sentir la mordida para convertirse en la líder que está destinada a ser.

Los ojos de Damon, dos astillas de pedernal en la luz brillante, me evalúan, midiendo mi audacia. Luego, tan repentino como un disparo, su mano cae con fuerza sobre mi hombro, un sello de aprobación del propio don. Su toque es pesado, cargado con las verdades no dichas de nuestro mundo: proteger, pero no mimar; guiar, pero no cargar.

—Bien —gruñe, una sola palabra que lleva el peso de mil expectativas. Con una última mirada penetrante, gira sobre sus talones y desaparece en las sombras de la mansión, dejándome solo con el eco de los juegos de poder que están por venir.

Salgo a zancadas de la sala de estar, mis botas silenciosas sobre los suelos de mármol. Este lugar es similar a la casa en la que crecí, así que el lujo no me impresiona. Lo espero. Lo deseo. En Castle, somos la próxima generación de líderes de la Mafia, pero ese respeto, ese lugar tiene que ser ganado. Nada se entrega en bandeja de plata porque si no puedes manejarlo en este negocio, entonces morirás. Es así de simple.

Algo me dice que la pequeña asesina con falda corta y un coño que haría suplicar a un hombre, tiene las agallas para esto. No puedo esperar para ver cómo pone de rodillas a la Universidad.

La noche me recibe con un frío que corta a través de mi camiseta, un alivio bienvenido del calor del interior.

Me dirijo con determinación hacia mi coche, un Porsche 911 azul medianoche que reluce bajo la luna. Es más que un simple vehículo; es una declaración, una bestia de precisión y velocidad que no conoce límites. Justo como Eliza. Me deslizo en el asiento del conductor y el motor cobra vida con un ronroneo que promete escape y adrenalina.

Hay trabajo que hacer y necesito llegar a casa. Mientras la mansión se desvanece en el espejo retrovisor, el juego comienza, y estoy justo en el centro, listo para jugar.

Las luces de la ciudad pasan como una cinta borrosa de oro y carmesí contra la noche. Las calles vacías se convierten en mi patio de juegos mientras llevo el Porsche al límite, el ronroneo del motor un gruñido bajo en el silencio. Mi mente va más rápido que el coche, cada pensamiento empapado en recuerdos de Eliza: su piel, su aroma, la forma en que se corrió sobre mi polla con solo unas pocas embestidas.

Ella cree que ha visto el mundo, pero apenas ha rozado la superficie. La próxima semana, cuando entre en nuestro dominio, le mostraré profundidades que nunca supo que existían. Es una oleada adictiva de poder, saber que seré yo quien la desentrañe primero.

—Joder —murmuro, cambiando de marcha mientras imagino las formas en que la atormentaré: el desafío en sus ojos cuando la empuje demasiado lejos, la rebeldía que se convertirá en deseo. Será una dulce exhibición de disciplina y desorden.

Dos horas se desvanecen mientras la ciudad queda atrás, y el pintoresco pueblo de CastleGate, donde se encuentra la Universidad, aparece a la vista. La casa de tres pisos donde vivimos se alza ante mí, una fortaleza moderna en el borde del campus de la Universidad Castle. Apago el motor y salgo.

Me están esperando.

Entro a zancadas en la sala de estar, donde holgazanean como reyes en su corte informal, cada uno con un brillo peligroso en los ojos. Pero eso es lo que somos. Somos Los Reyes del Castillo, y Eliza será nuestra Reina.

—Raph —murmura mi hermano gemelo, Tarquin—. Te esperábamos hace un rato.

—Me entretuve. Aww, me extrañaste, maldito imbécil.

—Jódete, cabrón —refunfuña, haciéndonos reír a mí, Oliver y James.

Mis ojos se encuentran con los de Tarquin al otro lado de la habitación, y con un sutil movimiento de cabeza, le hago una señal. Es el lenguaje silencioso de gemelos que hemos perfeccionado desde el nacimiento: no se necesitan palabras cuando basta una mirada. Su postura se endereza, la máscara de irritación cayendo para revelar algo más parecido al frío teniente que es por dentro.

—Así está la cosa —digo—. Eliza necesita probar que puede gobernar este lugar, esculpir su propio reino entre los despiadados y los encantadores.

Todos saben lo que significa la Universidad Castle: nuestro territorio, nuestras reglas, y meter a Eliza en la mezcla? Eso es como encender una cerilla cerca de la pólvora.

—Le cubrimos las espaldas, pero no la ayudamos. Si tropieza, se levanta sola. Si se hace enemigos, los enfrenta sola. Estamos aquí para asegurarnos de que no muera, o Damon nos cortará las pelotas para usarlas como sombrero. ¿Entendido? Ella va a arrancar esa corona de su pedestal y la llevará con la sangre de sus enemigos goteando. —Mi mirada taladra la de cada uno de ellos, asegurándome de que el mensaje llegue fuerte y claro—. Déjenla que se eleve o caiga por sí misma, pero que se mantenga viva.

—Entonces que comiencen los juegos —declara Tarquin con una sonrisa maliciosa.

Me alejo de estos hombres, mi hermano y amigos, ocultando la verdad sobre el polvo que le eché a Eliza hace solo un par de horas.

Nadie sabrá de esto. No todavía, ni siquiera Tarquin, que comparte mi rostro, mi sangre. El secreto es un arma; en este mundo, esto puede usarse para atormentar y poner a prueba a Eliza.

Al entrar en mi dormitorio en el piso superior, me desnudo hasta la cintura, y mi reflejo me devuelve la mirada en el espejo: bordes duros y piel tatuada, un mapa de ruta de la vida que he llevado.

Me tiro al suelo, las palmas planas, el cuerpo tenso, y empiezo a hacer flexiones con la precisión de una máquina. Con cada subida y bajada, un conteo silencioso resuena en mi cabeza. Este cuerpo es mi fortaleza, mi templo, mi arma, afilado y listo para cualquier tormenta de mierda que se nos venga encima. Con cada flexión y contracción de músculos, la imagen de Eliza destella ante mis ojos: su agudo ingenio, esos penetrantes ojos verdes que veían demasiado, y esa maldita lengua que podía cortarte en pedazos o ponerte de rodillas.

Se me ha metido bajo la piel, una picazón constante que no puedo rascarme. Pero en el juego de tronos que jugamos, el amor no es un lujo, es una responsabilidad.

Cien se convierten en doscientas, el ardor un recordatorio de que el dolor es un pequeño precio a pagar por el poder. Es lo que me mantiene afilado como una navaja, siempre un paso adelante.

—Eliza Hughes, no sabes lo que se avecina —susurro en la quietud de mi habitación.

CAPÍTULO 4

ELIZA

Dos días después de la aventura de una noche que me ha dejado jadeando al pensar en ese chico, mi Mercedes Clase A negro ronronea como una pantera mientras paso las imponentes puertas de hierro de la Universidad Castle. El prestigio del lugar grita élite. Oxford fue solo la obertura; ahora viene el crescendo.

—Bienvenida a tu nuevo campo de caza —murmuro, estacionándome en la acera para darle un vistazo exhaustivo—. Eres bonita, te lo concedo, pero me pregunto cuánto más hermosa te verás bañada en sangre, ¿eh?

Mi mirada se detiene en los contornos de piedra antigua e hiedra que se aferran a los edificios universitarios. Cada uno susurra historias de poder, secretos y el tipo de ambición despiadada que haría que Maquiavelo se levantara de su tumba para tomar notas.

Castle te forjará, Eliza. Es hora de que te pongas a la altura de tus pares que entienden el peso de los imperios sobre sus hombros.

Bueno, querido papá, reto aceptado.

Todo esto es parte del juego, y soy plenamente consciente de que tendré que ganarme mi lugar aquí. Bueno, tomarlo por la fuerza si es necesario. Lo cual supongo que lo será. Papá ha mantenido todo esto en secreto, enviándome primero a Oxford durante mis primeros dos años y luego arrojándome a la piscina con los tiburones.

¿Divertido? Oh, sí.

¿Peligroso? Joder, sí.

Pero que nunca se diga que la heredera Hughes no estaba a la altura.

Matar o morir, el pez grande se come al chico, todos son clichés que se aplican aquí.

Arrancando de nuevo, doblo la esquina según indica el GPS, y la casa adosada donde me han alojado se alza imponente, grandiosa y sin disculparse por su lujo, justo como estoy acostumbrada. Aquí es donde descansaré y planearé mis movimientos, rodeada de aquellos que creen que pueden bailar con el peligro tan bien como yo.

Al estacionar en el enorme camino de entrada, ya lleno de máquinas costosas, el Mercedes ronronea hasta detenerse. Me levanto las gafas de sol sobre la cabeza y miro fijamente el edificio de tres pisos. Al salir, arranco mis maletas del maletero con más fuerza de la necesaria y me dirijo a zancadas hacia la casa adosada.

Con un golpe seco en la puerta, esta se abre antes de que pueda considerar un segundo toque, revelando al hombre que bien podría ser la encarnación de todas las fantasías oscuras.

Vaya, hola, guapo.

—¿Eliza Hughes? —Su voz es un rumor bajo, una nube de tormenta en el horizonte que promete estragos.

—La misma —inclino la cabeza, mis ojos recorriéndolo apreciativamente: postura taciturna, mandíbula cincelada y ojos de un delicioso color avellana que ya sé que cambiarán de color con sus estados de ánimo.

—Bienvenida a Castle Manor —se hace a un lado con un gesto que es parte invitación, parte desafío. Entro en el vestíbulo, mis sentidos en alerta máxima mientras absorbo cada centímetro.

—Por aquí.

Entrecerrando los ojos al chico guapo que ni siquiera me ha dado su nombre todavía, me encojo de hombros y lo sigo a una sala de estar con muebles casuales, que contrasta con la decoración lujosa.

Al detenerme en la puerta, tengo la clara impresión de que acabo de entrar en una guarida de lobos, cada uno recostado con una despreocupación engañosa. Son peligrosos; está en su sangre. Puedo saberlo solo por respirar el mismo aire que ellos. Pero es el tipo que está bebiendo un whisky a plena luz del día el que llama mi atención mientras se reclina en un sillón mullido.

Es un lienzo de tinta y esa cicatriz distintiva, una historia andante de violencia y vicio, y lo conozco... íntimamente.

Interesante. Así que no era un lacayo después de todo.

Arqueo una ceja en silencioso reconocimiento. Él me devuelve la mirada, la cicatriz bajo su ojo tensándose, y mi pulso se acelera ante la mirada en blanco que me lanza.

Si así es como quiere jugar, bien. No seré yo quien babee por él si ni siquiera puede tener la cortesía de recordar que metió su impresionante polla en mi coño la otra noche.

Mi mirada se desliza más allá de él, posándose en el tipo a su lado en un sillón idéntico. Joder.

Mi lengua sale disparada, humedeciendo mis labios con sorpresa y más que un destello de calor. ¿Acabo de ganar la lotería?

Gemelos.

—Eliza Hughes —digo—. ¿Y ustedes son?

—Raphael Carver —declara mi aventura de una noche, su voz tan oscura como esos patrones arremolinados en sus brazos.

—Tarquin Carver —se presenta su gemelo con su nombre completo como si no fuera obvio.

—Carver —repito, dejando que sus nombres rueden por mi lengua como si estuviera saboreando un vino fino.

Carver. Jódeme de nuevo. Ahora todo tiene sentido por qué estoy aquí en esta casa. Debería haberlo sabido. Los Carver son una de las familias más temidas en nuestra retorcida sociedad, solo superados por la mía.

Oh, papá, ¿qué has hecho?

Dejando caer mis maletas, cruzo hacia el sofá y me siento, reclinándome y cruzando mis piernas cubiertas de cuero negro mientras mantengo mi expresión cuidadosamente impasible. Ambos me están observando ahora, probablemente tratando de descifrar el juego que estoy jugando. Poco saben que he sido criada para esto, moldeada en un arma disfrazada de mujer.

Raphael me lanza una mirada fría, aún carente de cualquier reconocimiento. Me duele, una comezón bajo mi piel que dice que debería ser recordada. Unos momentos tan candentes como los nuestros no suelen escaparse de la mente de un hombre. A menos que estés jugando.

Pero entonces dejo que mi mirada se desvíe, posándose en el chico que está recostado frente a mí con ojos grises pizarra y cabello castaño. Es atractivo y lo sabe. Ha estado callado, demasiado callado, y ya es hora de que averigüe por qué. —¿Me vas a hacer adivinar? —pregunto, permitiendo que la curiosidad tiña mi tono mientras observo sus rasgos rudos y esos

penetrantes ojos azules.

—Oliver Sterling —dice, extendiendo una mano que no tomo. Todavía no—. He oído bastante sobre ti.

—Espero que todo fuera malo —replico, dejando que mi sonrisa juegue en las comisuras de mis labios. La risa de Oliver retumba en el espacio entre nosotros.

—No esperaría menos —dice, sosteniendo mi mirada con una intensidad que promete secretos y pecados.

—Bien —respondo, inclinándome para apretar sus dedos fríos con fuerza en un desafío silencioso—. Porque planeo estar a la altura de cada palabra.

Mis ojos se desplazan de la expresión divertida de Oliver mientras suelto su mano al chico que abrió la puerta. Apostaría mi última libra a que es el heredero Blackthorne. Los Sterling son segundos después de los Carver, con los Blackthorne pisándoles los talones.

Se cierne como una sombra en la periferia de la habitación. Es una nube de tormenta en forma humana: oscuro, taciturno y absolutamente majestuoso.

—James Blackthorne —responde, con voz baja y controlada—. El placer es todo mío.

¡Bingo!

Nuestras miradas se encuentran, sus ojos oscuros son una fortaleza de secretos. El silencio se extiende entre nosotros, una cuerda floja que estoy más que dispuesta a caminar. El desafío en su mirada es un rompecabezas por resolver y maldita sea si no me encantan los buenos misterios.

Rompiendo el contacto visual primero, sonrío para mis adentros.

Oh, esto va a ser divertido.

Al darme la vuelta, siento que el peso de la situación se asienta sobre mis hombros: la importancia de compartir este espacio con los herederos de imperios construidos sobre pecados y sangre. Esto no es solo una residencia; es la guarida del león donde soy tanto cazadora como presa.

Un escalofrío me recorre ante la idea de estar rodeada por esta oscuridad. La peligrosa danza del poder y la seducción.

—Parece que pasaremos bastante tiempo juntos —reflexiono en voz alta, las palabras cargadas de doble sentido.

—Eso parece —murmura Raphael.

—Debería ser interesante —añade Tarquin, su tono más ligero pero sus ojos igual de afilados, haciéndome preguntarme cuál de los dos es mayor. Apuesto a que es Raphael.

—Interesante es una forma de decirlo —dice Oliver, moviéndose en el sofá.

James permanece en silencio.

—Bueno, caballeros, mantengamos esto entretenido.

Mientras ofrecen asentimientos y murmullos de acuerdo, sé que el juego ya ha comenzado. Es un tablero mortal en el que estamos jugando, y tengo la intención de darles jaque mate a todos. Levantándome, me dirijo a recoger mis maletas, sus miradas siguiendo cada uno de mis movimientos, algunas calculadoras, otras intrigadas.

Camino por el vasto pasillo, los tacones altos de mis botas negras repiqueteando en el suelo de mármol, con la cabeza en alto. Tarquin se coloca a mi lado, una sonrisa perezosa extendiéndose por su rostro mientras me guía a mi habitación.

—Menuda entrada la de antes —dice, con voz baja y suave como el whisky añejo.

—Las primeras impresiones importan —le respondo, mis labios torciéndose en una sonrisa burlona. Puedo notar que está tratando de analizarme, pero no soy un libro abierto para que él hojee. Va a tener que esforzarse mucho más que eso. Supongo que está acostumbrado al camino

fácil, así que el brusco despertar hará que esto sea aún más divertido.

Me lleva al segundo piso y por el pasillo más allá de tres puertas antes de detenerse frente a una cerrada y abrirla. Entrando con él observándome, lo examino. Es espacioso, con una cama king-size y ventanas que ofrecen una vista del campus bien cuidado. Tarquin se apoya en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, sus ojos astutos siguiendo mis movimientos.

—¿Cómoda? —pregunta, con la comisura de su boca curvándose hacia arriba.

—Parece que servirá —respondo, dejando caer mis maletas sobre la cama con un suave golpe—. Gracias por la escolta.

—Cuando quieras. —Su voz lleva un toque de algo más oscuro, una promesa o una amenaza, no puedo decidir.

—Te dejaré con lo tuyo.

Lo despido con un gesto, ya dándome la vuelta. Mientras la puerta se cierra tras él con un clic, mi mente baila con pensamientos sobre los hombres fuera de estas paredes.

Estoy sola ahora, pero no por mucho tiempo. Estos tipos, todos son piezas en el tablero, y necesito conocer cada movimiento que puedan hacer. Papá tiene razón: este año es el crisol. Se trata de más que notas y diplomas; se trata de juegos de poder y supervivencia.

Abro la cremallera de mi bolso, mis dedos rozando el frío metal: la reconfortante sensación de la pistola compacta anidada entre seda y encaje. Una chica tiene que tener sus secretos, después de todo.

—Reina del Castillo —susurro. Reinaré suprema, por astucia o por fuerza. Haré lo que sea necesario, seré la última en pie, porque en este juego, ganas o mueres.

Y Eliza Hughes no planea morir.

CAPÍTULO 5

ELIZA

La luz del amanecer se cuela por la ventana abierta de mi habitación mientras me dejo caer sobre la suave alfombra, jadeando y sudando como si acabara de tener el mejor polvo de mi vida.

Ni por asomo.

Me duelen los abdominales por las flexiones, pero esto es necesario para mantener mi mente enfocada y mi cuerpo en forma. No me lanzaré a situaciones peligrosas confiando solo en las armas para salir de ellas. Claro, son útiles y tienen su función, pero mis puños también, y no permitiré que nadie me pille desprevenida.

Gimiendo por el entrenamiento, decidida a encontrar el gimnasio del campus lo antes posible, salgo de mi habitación, aún vestida con mis mallas de yoga y el top deportivo.

El aroma del café me atrae hacia abajo, y sigo el olor hasta la cocina. Tarquin está en la máquina de espresso, con una sonrisa burlona en su rostro cincelado mientras recorre mi cuerpo con la mirada.

—Buenos días —dice, entregándome una taza humeante, que creo que hizo para sí mismo pero me la ofrece en una especie de gesto caballeroso anticuado. Puedo hacer mi propio café, pero lo aceptaré esta vez.

—Gracias —murmuro, sintiendo el calor filtrarse en mis manos. Los chicos están esparcidos por la cocina: Raphael hojeando un periódico con ojos ilegibles, James tecleando en su teléfono y Oliver mirándome como si fuera su próxima comida.

—Gran día hoy, Eliza —me provoca, con voz suave como la seda—. ¿Lista para dejarlos boquiabiertos?

—Siempre —respondo, sorbiendo el líquido amargo—. Nos vemos luego.

Sin querer quedarme a charlar, vuelvo arriba. El abrazo de la ducha es tan abrasador como el café, el vapor arremolinándose en el baño mientras me froto para eliminar el sudor del entrenamiento.

Envuelta en una toalla esponjosa después de terminar, rebusco entre la ropa que había desempacado meticulosamente anoche.

Jeans negros, una camiseta negra ajustada con un escote bajo en la espalda para mostrar la calavera y la rosa tatuadas en mi piel, y botas de combate son mi elección para el primer día de este circo.

Entra como si lo dijeras en serio. Ruda, dura y todo lo demás que me llamen.

Colgándome la mochila al hombro, salgo y bajo las escaleras de nuevo, cada paso medido y deliberado. Me escabullo por la puerta antes de que alguien note que me voy, cruzo la calle y entro al campus. La universidad se alza ante mí, una fortaleza de conocimiento y secretos. Los

viejos edificios se yerguen orgullosos, sus agujas perforando el cielo: un patio de recreo para aquellos que se atreven a gobernar. Los susurros se aferran como hiedra a las paredes, y solo puedo preguntarme qué están diciendo.

Mientras cruzo el patio para encontrar la Oficina de Estudiantes y recoger mi horario, los estudiantes se apartan como el Mar Rojo, con los ojos abiertos y las bocas boquiabiertas. Han oído las historias, las leyendas de mi familia, de mi padre, y ahora ven la encarnación de sus más locas especulaciones.

—Eliza Hughes —alguien susurra, enviando un escalofrío por mi espalda.

Mi paso no vacila; es como si caminara en el aire, reclamando cada centímetro de suelo que piso.

La grandeza de la universidad no puede eclipsarme; yo soy a quien recordarán. No solo otra estudiante, sino una fuerza en sí misma, envuelta en atractivo y la promesa tácita de peligro.

—Eliza Hughes —una voz llama, confiada, casi desafiante, haciéndome prestar atención esta vez.

Una mueca se dibuja en mis labios mientras me giro para enfrentarlos, un grupo de estudiantes de tercer año con posturas que gritan prepotencia. No hay miedo en sus ojos, solo curiosidad y un desafío silencioso.

Un chico alto con una mandíbula lo suficientemente afilada como para cortar cristal da un paso adelante.

—Conocemos tu legado —dice, con tono uniforme—, pero Castle no se conquista solo por el nombre. Tienes que ganarte tu lugar aquí.

—¿Ah, sí? —Inclino la cabeza, fingiendo reflexionar.

—Veremos si estás a la altura del apellido Hughes. —Un brillo feroz en los ojos de esta mujer me dice todo lo que necesito saber sobre ella. Despiadada y sedienta de sangre. Mi tipo de chica.

Asiento, aceptando el desafío tácito. Los horarios de clase pueden esperar. Esto es para lo que estoy aquí, no para escuchar conferencias sobre obras shakespearianas de antaño. Además, no es como si tuviera elección: el juego ya está en marcha, y o juego o me juegan. Pero no vine aquí para ser un peón; vine a gobernar.

Eres una Hughes, Eliza. Siempre ve dos pasos por delante.

Cierro los ojos por un segundo, escuchando la voz de mi padre haciendo eco en mis pensamientos, dejando que el ruido a mi alrededor se desvanezca en el fondo. Mi respiración se estabiliza, mi ritmo cardíaco disminuye hasta alcanzar la calma de un depredador. Cada habilidad que he dominado, cada cicatriz que he ganado, me ha llevado a este momento. Las peleas, la estrategia, el arte del engaño... he aprendido de los mejores.

Y joder, lo saben.

—Sígueme —murmura otro tipo cuando abro los ojos, y como uno solo, el grupo se gira y espera que los siga.

Esta vez.

Después de hoy, estarán lamiendo mis talones.

Con paso decidido, los sigo, y parece que nos dirigimos hacia el antiguo edificio de la biblioteca, el sitio de mi inminente prueba de fuego.

Deslizándome por las antiguas puertas, el olor a moho y polvo asalta mis fosas nasales, pero lo ignoro, adentrándome en las entrañas de la vieja biblioteca de la Universidad Castle. Su vacío es una fauces de vistas deprimentes, su antiguo esplendor perdido en el tiempo. Pero es el corazón del desafío clandestino, un rito de iniciación del que se susurra en voz baja entre la

mafia estudiantil.

—Bienvenida a la prueba, Eliza Hughes —una voz resuena por el lúgubre edificio. Ningún rostro la acompaña, solo una burla incorpórea rebotando en las paredes de piedra.

—Encantada de estar aquí —respondo, mis botas silenciosas sobre el frío suelo mientras avanzo. Aquí es donde se forjan o se rompen las reputaciones. Donde demuestras que no eres solo una pija estirada con un apellido elegante, y estoy lista para ello.

—Desciende.

La orden va acompañada de una luz parpadeante a un lado. Empujando la chirriante puerta, bajo los oscuros escalones como si hubiera luz. Confiada y arrogante. Si me caigo de culo, bueno, ya cruzaré ese puente cuando llegue a él. Estos estudiantes de nueva generación pueden oler la sangre en el agua, y yo no seré la presa.

El sótano es un laberinto, el aire denso de secretos e historia. Los arcos se ciernen sobre el suelo irregular. Es como retroceder en el tiempo, si ese tiempo hubiera sido diseñado por alguien con inclinación por el sadismo.

Lo cual, seamos sinceros, probablemente lo fue.

Se dice que los fundadores de este retorcido juego provenían de las familias más antiguas, realeza mafiosa que necesitaba poner a prueba el temple de sus herederos. Ahora es mi turno de enfrentar su legado. De mostrarles que Elizabeth Grace Hughes no es solo susurros y rumores. Soy de carne y hueso, y planeo dejar mi marca.

—Veamos qué tienes entonces —dice otra voz.

Con un rápido asentimiento, escaneo la habitación, observando los sinuosos caminos que se ramifican en todas direcciones. No hay forma de saber qué hay tras cada esquina, pero confío en mi entrenamiento. Papá siempre decía que esperara lo inesperado.

—¡El tiempo comienza ahora!

El anuncio es abrupto, impulsándome a la acción para una prueba de la cual no tengo ni idea de qué se supone que debo hacer. Pero mi instinto me lleva a dejar caer mi bolsa y avanzar, y pronto me adentro en ella mientras soy guiada hacia donde quieren que vaya por luces intermitentes que parpadean como lo hicieron sobre la puerta que conducía hasta aquí.

Me lanzo al laberinto, mis sentidos agudizados. En algún lugar de este enredo de piedra y sombra, hay trampas esperando, acertijos diseñados para quebrar a los desprevenidos. Pero yo no soy una de ellos. Me abro paso entre corredores, cada paso calculado, mi mente corriendo por delante.

Aquí, bajo el peso de siglos de academia, forjo un camino que definitivamente no va a ser el que quieren que siga.

—No soy una jodida idiota, cabrones —murmuro mientras me lanzo a la izquierda en lugar de a la derecha y escucho el twang de una ballesta detrás de mí. Riendo maniáticamente, chasqueo los dedos en un auto choca esos cinco.

—Uy, eso habría dolido, imbéciles. Estoy impresionada.

Una risa baja resuena a mi alrededor, pero no es burlona. Es apreciativa.

El aire frío del sótano muerde mi piel mientras me lanzo alrededor de una esquina para enfrentar el primer obstáculo. Es una pared, una enorme, resbaladiza por la humedad que se filtra de las viejas piedras. La evalúo en un instante, notando la vieja cuerda que ofrece un agarre traicionero y los ladrillos irregulares que suplican ser usados como agarres para pies y manos. Mis músculos se tensan como resortes, y salto, agarrando el borde de una piedra sobresaliente con las puntas de mis dedos.

—Vamos, Eliza —siseo entre dientes apretados, izándome. La cuerda viscosa se desliza en

mi agarre, pero no caigo. Nunca caigo. Papá me desollaría para usar mi piel como capa si lo hiciera. Arriba, arriba, mis músculos se tensan mientras me arrastro hasta la cima. Aterrizo al otro lado con gracia felina, apenas un sonido cuando mis botas tocan el suelo, y caigo en cuclillas mientras algo vuela sobre mi cabeza donde habría estado mi cara si no me hubiera agachado.

—Demasiado fácil —jadeo con una sonrisa.

—Buen salto —se burla alguien detrás de mí. Echo un vistazo hacia atrás y veo a un tipo larguirucho con ojos que brillan demasiado como los de una serpiente para mi gusto—. Observa y aprende, cariño —dice, pero ya me he ido, dejándolo comer mi polvo.

La siguiente prueba es astuta: un laberinto de espejos diseñado para confundir y desorientar. Pero yo sé una cosa o dos sobre el engaño. Papá me enseñó bien: nunca confíes solo en tus ojos. Me muevo instintivamente, marcando cada giro falso con el más leve rasguño de mi pendiente de diamante. Duro e implacable.

—¿Perdida, princesa? —La voz de una mujer gotea desdén. La reconozco del patio.

—No —murmuro, encontrando la salida antes de que pueda parpadear.

El pasillo se abre a un atrio lleno de sombras cambiantes y los susurros apagados de aquellos que piensan que no son vistos. Pero siento sus ojos sobre mí, trazando el tatuaje de calavera y rosa que se asoma desde mi top mientras me retuerzo y esquivo los cables trampa estrechamente entrelazados.

Al llegar al final de la carrera de obstáculos, mi pecho se agita por el esfuerzo, el sudor corriendo por mi espalda, mientras me lanzo hacia adelante a través de una puerta pintada de negro al final de un pasillo estrecho.

—Parece que Hughes ha establecido el estándar —grita alguien, y un murmullo se extiende por la multitud de espectadores mientras irrumpo en una habitación brillantemente iluminada configurada como un bar con televisores que observan los movimientos de todos los que pasan por la prueba. Recuperando rápidamente la compostura y echándome el pelo sobre el hombro, aprieto los labios.

¿Eso fue todo? Supongo que sí.

Estalla una ronda de aplausos, y sonrío, solo ligeramente sin aliento.

Ahora lo saben, si no lo sabían antes: soy más que un nombre. Soy una fuerza, y esto es solo el comienzo.

—Mejor suerte la próxima vez —lanzo por encima de mi hombro, pasando junto a mis rivales con una sonrisa burlona mientras se lanzan por la puerta ante los gritos de la multitud. Sus habilidades pueden ser formidables, pero yo soy implacable. Este reino subterráneo bajo los sagrados pasillos del Castillo recordará mi nombre y lo temerá.

Echo un vistazo rápido al bar, viendo a Raphael y James inclinados hacia adelante, sus expresiones ilegibles. ¿Están impresionados? ¿Intimidados? No puedo decirlo, y francamente, me importa una mierda. Que se queden ahí cavilando. No estoy aquí por su aprobación; estoy aquí para conquistar.

Mientras me abro paso entre las mesas, dejando susurros y miradas asombradas a mi paso, sé que esto no es el final, sino solo el comienzo. Me he ganado mi lugar para luchar por el trono, no el trono en sí.

Gran diferencia.

Pero es un comienzo.

Antes de que pueda dar otro paso, alguien se acerca por detrás, precedido por el sutil aroma de una colonia cara.

—Eliza Hughes —dice, su voz un murmullo bajo que vibra sobre mi piel.

Al girarme, le doy un vistazo desinteresado de arriba abajo—. Sí, ¿quién eres tú?

—David Grenville. ¿Has oído hablar de mí?

Su expresión es presumida y arrogante, y me irrita. He oído hablar de él. Es un estudiante de tercer año con más conexiones que el metro de Londres si su padre es un indicio.

—No puedo decir que sí —murmuro, mis ojos se detienen en sus labios carnosos mientras él deja escapar un siseo cuando lastimo su ego.

Se recupera rápidamente, como era de esperar. Sus ojos recorren mi cara manchada de tierra y mi ropa húmeda de sudor—. Has causado una gran impresión esta mañana.

—Siempre lo hago.

—Por eso has sido invitada —continúa, ignorándome, y me entrega un sobre negro con un sello dorado. No se dice, pero ambos sabemos lo que es: una invitación a un evento donde solo la élite se codea—. Esta noche —añade—. No llegues tarde.

Tomándolo, meto el sobre en el bolsillo trasero de mi pantalón—. Estaré allí.

—Bien.

Cuando me doy la vuelta para encontrar la salida de esta habitación y volver a mi bolso, me detengo en seco al ver que James está justo detrás de mí, habiéndose acercado sigilosamente mientras hablaba con David. Tendré que estar atenta a eso.

—Lo has hecho bien —murmura, ofreciéndome mi bolso.

Mirándolo con sospecha, parece estar como lo dejé, pero si hubiera hurgado en él, solo habría encontrado algunos tampones sueltos, mi cartera y basura básica de bolso que toda mujer tiende a llevar consigo.

—Gracias —digo, tomándolo y colgándomelo al hombro—. Será mejor que vaya a buscar ese horario de clases.

Asiente y se hace a un lado para dejarme pasar. Soy un desastre total, pero papá fue bastante explícito. Subir las notas o si no.

Personalmente, no soy fan de la parte del "o si no" de esta amenaza.

CAPÍTULO 6

ELIZA

Horas después, estoy de vuelta en el campus tras haberme quitado la mugre y vestido con un elegante vestido negro que resalta cada curva, con mi cuchillo de caza atado al muslo exterior. Los imponentes edificios antiguos de la universidad son ahora el telón de fondo de algo mucho más clandestino: el patio de juegos de la mafia.

Caminando a zancadas por el campus en la oscuridad, tiemblo ante la ligera brisa que se levanta, erizando mis pezones y provocando que se me ponga la piel de gallina.

—Eliza —suena la voz de Oliver detrás de mí, y sonrío, girándome hacia él.

—Hola.

—¿No ibas a esperarme? —pregunta, poniéndose a mi lado, luciendo condenadamente sexy con una camisa negra de mangas remangadas y pantalones negros.

—No pensé que tuviera que hacerlo.

—Habría sido agradable.

Resoplo. —¿Agradable? ¿Me conoces?

Él ríe; es una risa divertida pero también llena de oscuridad. —Eres un encanto.

—Gracias —murmuro, sin saber muy bien qué hacer con eso. Me han llamado muchas cosas, pero "encanto" nunca ha sido una de ellas.

—Eres intrigante. No puedo esperar para descubrir más.

—Lo mismo digo.

Me guía hacia una entrada lateral del edificio de Educación Física, supongo, mientras entramos en un gimnasio con todo el equipo empujado contra la pared. La música retumba y el alcohol fluye.

Demasiados de estos idiotas ya están borrachos. No es una buena manera de mantener tu trasero a salvo. Me gusta una buena bebida tanto como a cualquier otra chica, pero emborracharme no es realmente mi estilo.

Se trata de control.

Mi mirada vaga, buscando entre la multitud hasta que encuentro a quien busco: Raphael.

Está apoyado contra una pared, con una botella de cerveza en la mano, luciendo tan guapo como en nuestro primer encuentro. Retrocedo momentáneamente, achispada y cachonda. Es una combinación peligrosa cuando hay chicos guapos merodeando por el piso superior de tu casa. Supongo que ahora sé qué hacía allí. Estaba esperando a mi padre. Nuestras miradas se cruzan por una fracción de segundo, y espero ese destello de reconocimiento, pero no hay nada. O tiene una cara de póker épica, o es el mayor imbécil del planeta. De cualquier manera, no me impide disfrutar de la vista, pero me irrita más de lo que quiero admitir.

—Felicidades, Eliza —dice finalmente Raphael, acercándose con paso despreocupado y

levantando su botella en un brindis antes de volverse para entablar conversación con alguien más.

—Cabrón —murmuro.

—Esta noche es tu noche, Eliza. No dejes que te afecte.

Levanto la mirada para ver a Tarquin rondando cerca. No me importaría nada tener su polla entre mis muslos para cabalgarlo hasta romperlo. Y si Raphael nos pillara, bueno, mucho mejor.

—Cierto. Mi noche. —Acepto la botella que me ofrece y doy un trago, escaneando el área y decidiendo que esta escena no es para mí.

Los imbéciles ruidosos y borrachos y las chicas que chillan están haciendo que mis nervios se alteren. Es demasiado informal, demasiado relajado. ¿Dónde está la seguridad? ¿Dónde está el control?

Lanzándoles a todos una mirada de disgusto, doy media vuelta y me dirijo hacia la salida, sabiendo que me llamarán perra engreída o algo igualmente desagradable, pero no soy falsa. No cuando no me conviene, y esta situación no lo requiere.

El fresco aire nocturno es un alivio bienvenido mientras me deslizo de vuelta al exterior y camino a zancadas por el patio.

—¿Te vas tan pronto? —ronronea una voz, y me giro para ver a un grupo de subordinados bien vestidos abriéndose paso para dejar pasar a David.

—Sí, no es lo mío.

Él se ríe, bajo y oscuro, mientras se detiene justo frente a mí y estira la mano para enredar un mechón de mi cabello en su dedo.

Levanto una ceja mientras le dejo pensar que me tiene justo donde quiere. Es un imbécil que cree que puede tener todo lo que desea, incluyéndome a mí.

Sus ojos se entrecierran mientras tira suavemente, una sonrisa lenta y siniestra curvando sus labios demasiado carnosos. No es guapo en el sentido de ser atractivo, pero tiene carisma por los cuatro costados y ese aire de peligro. Lástima, a mí me gustan los chicos rudos, hermosos y salvajes. David me parece del tipo que dejaría que otros hicieran el trabajo sucio. Definitivamente no es mi tipo.

Cuando no reacciono, tira con más fuerza, sus ojos casi brillando al pensar que tiene algún control sobre mí.

Rotundamente no.

Como un rayo, mi mano agarra su dedo, y lo arranco de mi cabello antes de doblarlo hacia atrás, rompiéndolo.

Chilla como un cerdo herido, y le devuelvo esa sonrisa siniestra.

—Vuelve a tocarme sin mi consentimiento, y te destriparé —digo amablemente, ignorando el ardor en mi cuero cabelludo. Seguro que me las arreglé para arrancarme un mechón de pelo mientras demostraba mi punto, mala suerte.

Sus ojos destellan peligrosamente mientras le doblo el dedo aún más hacia atrás. Él aprieta los labios y me mira con una ferocidad que haría temblar a una mujer menos fuerte en sus tacones de diseñador.

A mí no, y ahora lo sabe.

—Te has ganado una puta enemiga —gruñe cuando lo suelto, y trata de no mimar su pobre y pequeño dedito lastimado.

—Tú también, imbécil, y para ser franca, deberías tenerme mucho más miedo del que yo te tengo a ti.

—Que te jodan, zorra —gruñe mientras un hombre se acerca a mi lado con una sonrisa

brillante que transmite cualquier cosa menos felicidad.

—¿Todo bien aquí? —pregunta James.

—Maravilloso. David y yo solo estábamos conociéndonos mejor, ¿verdad?

Con pura falta de clase, lo que demuestra quién es realmente, escupe a mis pies. Tiene suerte de que no haya alcanzado mis zapatos. Tiene aún más suerte de no haber apuntado a mi cara. Mi mano pica por alcanzar mi cuchillo, pero sería exagerado. Se aleja con sus seguidores, que probablemente han perdido más que un poco de respeto por él ahora.

—No pierdes el tiempo haciendo amigos, ¿verdad? —murmura James, inclinando la cabeza hacia mí como un cachorro curioso mientras me evalúa.

—Los amigos son difíciles de encontrar. Los enemigos, por otro lado, están a la vuelta de la esquina. Tráelos.

Él se ríe oscuramente. —No podría estar más de acuerdo. Entonces, ¿cuál soy yo, Condesa Sangrienta?

Sorprendida por una fracción de segundo por el apodo, me río, sintiendo un escalofrío recorrer mi piel. —Me quedaré con ese apodo y lo llevaré con honor. Pero en cuanto a tu pregunta, supongo que lo averiguaremos.

Levanta una ceja, dando al semblante taciturno un nuevo nivel que alcanzar. —Inteligente —murmura y se acerca un poco más, tan cerca como puede sin tocarme.

Me veo obligada a inclinar la cabeza hacia atrás para mirar sus notables ojos, que sabía que cambiarían de color.

Pero cualquier cosa que planeara hacer o decir a continuación se pierde en el viento cuando la puerta lateral se abre, dejando salir a una multitud de estudiantes borrachos, algunos de ellos ya medio desnudos y corriendo por el patio.

CAPÍTULO 7

ELIZA

Al apartarme de James cuando Raphael, Tarquin y Oliver se nos unen, el fresco aire nocturno no hace nada para enfriar el calor que se está acumulando dentro de mí.

—¿Ya estás lista para irte? —me pregunta Oliver.

—Sí, no soy muy fan de las fiestas de estudiantes.

—No te culpo —murmura Tarquin—. Estos tipos pueden volverse un poco demasiado imbéciles cuando están borrachos.

—¿Solo cuando están borrachos? —me río, mirando fijamente sus claros ojos azules, y luego me detengo con un parpadeo.

¿Qué estoy haciendo?

No es que Tarquin parezca tener un problema con mi pequeño coqueteo. Me da una sexy media sonrisa que parece intrigar a Raphael mientras mira con el ceño fruncido a su gemelo antes de dirigir ese gesto hacia mí.

—Vámonos —murmura y se aleja bajo una pequeña nube.

Caminando al paso con Tarquin y James flanqueándome y Oliver ligeramente adelante, mis dedos pican con el impulso de trazar esos tatuajes en los brazos de Raphael y Tarquin.

Estamos casi en casa, a solo unos pasos, gracias a Dios. No tocaré a Raphael, especialmente después de que se haga el tonto sobre nuestra noche juntos o simplemente la haya olvidado por completo. No le daré esa satisfacción.

Tarquin, por otro lado, es un objetivo válido, pero quizás aún no. Prefiero jugar a largo plazo y alargarlo. Torturarnos a ambos antes de ceder a la lujuria que hierve entre nosotros.

Entramos en la casa adosada y nos dirigimos directamente a la sala de estar, donde Oliver saca una botella de whisky del armario con una facilidad que habla de costumbre. Al mismo tiempo, James reúne vasos, haciéndolos tintinear sobre la mesa de café como si se estuviera preparando para un brindis por nuestra condenación colectiva.

—Sírveme uno —digo, hundiéndome en un sillón, tratando de parecer indiferente a pesar de la tensión eléctrica que recorre mis venas.

—No te tomaba por el tipo de whisky —responde Oliver, vertiendo el líquido ámbar en un vaso y entregándomelo.

—Tengo muchos secretos, Ollie —le respondo, arrebatándole la bebida de las manos. El ardor del whisky mientras se desliza por mi garganta es bienvenido.

Se ríe cuando acorto su nombre, pero no me corrige, así que ahora ha abierto esa compuerta.

—Los secretos tienen una forma de hacer que uno muera en nuestro negocio —murmura James.

—Menos mal que no tengo miedo a morir entonces —replico, mirándolo a los ojos, dejando

que el desafío quede suspendido pesadamente entre nosotros.

—Brindo por eso —dice Tarquin, levantando su vaso en un saludo antes de bebérselo de un trago.

Raphael permanece callado, su mirada se detiene en mí un momento demasiado largo antes de tomar un sorbo, y siento esa mirada como un toque contra mi piel. Tiemblo de deseo crudo, maldiciéndome por verme tan afectada por él, por todos ellos, al parecer.

Necesito salir de aquí. Rápido. —Necesito aire —murmuro, levantándome del mullido sillón. Los chicos no protestan cuando me escabullo.

Subiendo las escaleras de dos en dos, mi pecho se aprieta con cada paso por el crudo anhelo que se agita dentro de mí.

Una vez que llego al santuario de mi habitación, el clic del cerrojo detrás de mí es un sonido definitivo de aislamiento. Me apoyo contra la puerta, respirando profundamente. El silencio es ensordecedor.

Un hambre me carcome el núcleo. Me quedo allí un segundo más, la imagen de los chicos grabada en mi mente: esos tatuajes idénticos en Raphael y Tarquin, la confianza burlona de Oliver, la intensa melancolía de James.

—A la mierda.

Con movimientos deliberados, me despojo de las capas de mi ropa, la tela susurra al caer al suelo hasta que estoy desnuda y ardiendo.

Las sábanas están frescas cuando me deslizo sobre la cama e inhalo profundamente. Mis manos recorren mi piel, trazando el camino que imagino que las suyas tomarían. Del hombro a la cadera, de la clavícula al muslo.

Con los ojos cerrados, me dejo ahogar en la fantasía. Mi respiración se entrecorta mientras saboreo el pensamiento de sus manos, sus labios, sus promesas tácitas de placer y devoción.

Una lenta combustión chisporrotea a través de cada terminación nerviosa. Mis dedos se deslizan más abajo mientras los chicos de abajo llenan mis pensamientos.

Una mano se desliza sobre mi coño, mis dedos encontrando mi clítoris. Estoy mojada mientras arqueo la espalda, pellizcando y retorciendo mientras dejo escapar un suave gemido.

Mi coño se aprieta ante la idea de que los chicos me toquen, y froto mi clítoris más rápido, imaginando que no soy yo quien me toca sino las fuertes manos de Oliver, la hábil boca de James, y los juguetones mordiscos de Tarquin en mi cuello mientras Raphael desliza su enorme polla dentro de mí.

El calor se acumula en mi vientre mientras imagino sus cuerpos entrelazados con el mío. Mi otra mano se desliza hacia un pecho, apretando y pellizcando mis pezones mientras las imágenes se vuelven más calientes y vívidas en mi mente. Me llevo al borde, retrocediendo, jadeando mientras el clímax retrocede, solo para ser avivado de nuevo cuando empujo mis dedos dentro de mi coño, cubriendo mis dedos con mis jugos.

—¡Joder! —exclamo suavemente mientras me llevo al límite de nuevo, necesitando esta dulce tortura, anhelando el orgasmo prolongado que sé que rascará la picazón por ahora.

CAPÍTULO 8

TARQUIN

La electricidad crepita por mis venas, esa sensación que solo surge al hacer algo que sabes que no deberías. Estoy recostado contra la madera del cabecero de mi cama, con el portátil abierto, mientras el resplandor del dormitorio de Eliza llena el espacio oscuro a mi alrededor. Mis ojos están clavados en la pantalla donde ella está tendida sobre sus sábanas, una visión de deseo prohibido.

—Joder —susurro al silencio, un voyeur de su autoplacer. La visión de ella, toda piel suave y gemidos agudos, es más embriagadora que sentir la sangre cubrir mis manos después de una pelea total donde la victoria es mía. No puedo apartar la mirada, cautivado por su sensualidad cruda.

Mi mano se desliza hacia abajo mientras la veo introducir dos dedos profundamente dentro de sí misma, sus ojos verdes fuertemente cerrados en éxtasis. Se está llevando al límite, y posiblemente sea lo más excitante que he presenciado en mi vida. Mi polla está furiosa, luchando contra los confines de mis pantalones.

Ella es intocable, destinada a mantenerse a distancia por el bien de una alianza tan frágil como el cristal. Pero está deshaciendo cada hilo de control que poseo con cada empuje de sus delicados dedos dentro de su hermoso coñito.

—Sí —murmuro, mi voz áspera por la lujuria como si ella pudiera oírme, como si estuviera haciendo esto para mí. Bajando la cremallera de mis pantalones, saco mi polla y la acaricio bruscamente, mis movimientos sincronizándose con los suyos, y persigo el límite junto a ella. Este juego que estamos jugando es más que solo poder; es placer, es posesión, es un baile con el peligro, y estoy demasiado lejos para dar marcha atrás ahora.

Cada jadeo y gemido se filtra a través de los altavoces, envolviéndome como cadenas de terciopelo, arrastrándome más profundamente a su mundo. La visión de su espalda arqueándose, su cuerpo inclinándose ante el placer que se da a sí misma, es más de lo que puedo soportar.

—Joder —siseo. Es una reacción expuesta, casi salvaje ante la exhibición primitiva en mi pantalla. Su ritmo es errático e impredecible, pero me encuentro igualándolo golpe a golpe, perdido en su autosatisfacción mientras creo la mía propia.

El sudor perla mi frente, la habitación de repente se siente demasiado caliente, demasiado pequeña. Ella es fuego, y yo me estoy lanzando voluntariamente a las llamas, dejando que laman mi piel, consumiendo mis sentidos.

Sacudo mi polla con una urgencia que roza la desesperación mientras ella se lleva al límite de nuevo, jadeando y sudando mientras se da a sí misma esta tortura. El sudor corre por mi espalda, pero apenas lo noto, demasiado consumido por la visión de Eliza extendida ante mí.

Es cada centímetro la Reina de nuestro mundo retorcido. Sus piernas están abiertas, su

clítoris brillando mientras su clímax se acerca. Casi puedo saborearla en mi lengua. La presión se acumula dentro de mí, mi polla se endurece más, mis músculos se tensan más. Observo, fijamente, cómo su cuerpo se tensa mientras se balancea al borde de su liberación.

Entonces se deja ir, estallando en un clímax, su grito ahogado atravesando el silencio de mi habitación como una bala. Lo siento en mis huesos, el eco de su placer, y es el empujón final que necesito.

—¡Joder, Eliza! —Mi voz es un gruñido, arrancado desde lo profundo de mi pecho. Mis caricias se vuelven frenéticas, más rudas, mientras persigo mi éxtasis. Mi cuerpo tiembla, tenso como un alambre, y entonces se rompe: me deshago, el placer me atraviesa con la fuerza de un disparo.

Soy caos y ruina, respiración entrecortada, pulso acelerado mientras mi semen sale disparado de mi polla, por toda mi mano y pantalones. Es la mejor masturbación que he tenido con Eliza Hughes como mi porno en vivo. Nunca podré volver atrás ahora.

Sus párpados revolotean, sus labios entreabiertos en las secuelas de su clímax. Es una visión que se graba en mi memoria: la belleza indómita de Eliza perdida en su placer.

El poder de observarla sin ser visto envía una oleada de adrenalina a través de mí: la euforia choca con una oscura posesividad. Joder, cuando finalmente ponga mis manos sobre ella, va a ser explosivo.

Con esfuerzo, recupero el control de mi respiración, mi mano demorándose en mi polla. ¿Habrá sentido que la observaba? ¿Habrá intensificado su placer saber que yo estaba allí en las sombras?

—Mierda —murmuro entre dientes, la posibilidad demasiado tentadora para ignorarla.

Alargo la mano, los dedos aún temblando ligeramente, y corto la transmisión. La pantalla se vuelve negra, cortando mi visión. La pérdida abrupta es como un puñetazo en el pecho, dejándome con una sensación extrañamente vacía. Pero el silencio también trae claridad. Necesito pisar con cuidado.

Esta noche fue una revelación, un atisbo de algo puro y salvaje. En su elemento, Eliza es una fuerza de la naturaleza, y me siento irrevocablemente atraído hacia ella. Sea lo que sea esto entre nosotros, es un territorio inexplorado. Soy tanto cazador como presa, cautivado por el juego, que está lejos de terminar, y ya ansío mi próxima dosis del embriagador caos de Eliza.

La puerta se abre y rápidamente me cubro el regazo con las sábanas mientras Raphael se apoya en el marco de la puerta.

—Te largaste rápido. ¿Qué pasa?

—Nada —miento, y él lo sabe. Me conoce mejor que yo mismo.

—Ten cuidado con ella. —Su tono grita precaución, pero yo sé la verdad. Está tan fascinado con ella como yo. Todos lo estamos.

—¿Con quién?

Niega con la cabeza y resopla.

—No puedes engañar a un engañador, hermanito.

—Vete a la mierda. Odio cuando me llamas así. Eres dos minutos mayor que yo. Dos putos minutos.

—Y sin embargo, a veces se siente como dos años. Como ahora mismo. Estás embobado con Hughes, y necesitas controlarte antes de que te queme tan mal que mamá no pueda reconocerte.

—¿Como si tú no lo estuvieras? —replico, enfadándome—. La estás evitando completamente. Puede que me conozcas tan bien, pero olvidas que yo también te conozco, imbécil. La evitas porque la deseas.

—Si la deseo o no, no es el problema aquí. Ella está prohibida por ahora.

—Por ahora.

—Sí, por ahora. A menos que quieras que no solo nuestro padre te patee el culo, sino también el de ella.

—Lo que sea —refunfuño, pero sé que tiene razón. Esto podría explotarnos en la cara si no espabilamos.

—Buen chico —dice con una risa—. Sabes que es lo sensato.

—Oh, vete a la mierda, cabrón.

—Adiós. —Sale de la habitación mientras le hago una peineta, su risa resonando por el pasillo mientras se dirige al dormitorio principal en el piso de arriba.

Mirando con furia el portátil, lo agarro y lo lanzo por la habitación como un frisbee. Golpea la pared con un fuerte golpe y cae al suelo inútilmente.

—¡Oye! —un grito fuerte viene a través de la pared, y resoplo.

—¡Lo siento! —le respondo a Eliza, preguntándome qué pensará que fue eso.

—¿Tarquin?

—¿Sí?

—¿Tienes mal genio?

—¿Siempre gritas a la gente a través de las paredes?

Espero y no me decepciono. Segundos después, hay un golpe seco en la puerta. Salto de la cama, quitándome los pantalones y la camisa, y abro la puerta completamente desnudo.

Sus ojos se abren de par en par mientras parpadea y recorre mi cuerpo lentamente desde la parte superior de mi cabeza hasta mi polla, donde se detiene el tiempo suficiente para hacerla estremecer.

—¿Siempre andas desnudo por ahí? —pregunta, volviendo a mirarme a la cara.

Recorro con la mirada su cuerpo, vestido solo con una bata de satén blanco que resalta la curva de sus exuberantes tetas.

—La mayoría del tiempo. Es mi habitación, después de todo.

—Hmm —murmura—. ¿Quién está al otro lado de ti?

—James.

—La próxima vez, tira tus cosas hacia su lado.

—Lo haré.

Nuestras miradas se encuentran, y es como ser alcanzado por un rayo. Intocable o no, ella es mía, y quiero clavarla contra la pared mientras la follo sin sentido, haciéndole saber que nunca podrá escapar de mí.

Lentamente, se da la vuelta, destrozando mi alma con sus acciones.

—Buenas noches, Tarq.

—Buenas noches, Eliza.

Cierro la puerta y me apoyo en ella, preguntándome si ella está haciendo lo mismo al otro lado de la pared.

CAPÍTULO 9

ELIZA

Escondida tras un arbusto, mientras espío un poco al día siguiente, observo y aprendo. A pesar de mi éxito en la ridícula prueba y del peso de mi apellido, sigo siendo la forastera. La perdedora sin amigos, solo enemigos y los chicos con los que vivo, cuyo estatus aún está por determinar. Una pareja pasa cerca, luciendo sospechosa y sigilosa, así que me acerco más, ignorando el rasguño de una espina en mi mejilla.

—La reunión está fijada para la medianoche; sin intrusos —murmura uno de ellos—. Las familias finalmente probarán su valía.

Intrigada, entrecierro los ojos. No puedo creer que estén planeando esto sin mí. ¿Dónde diablos está mi invitación? Pero no me voy a quedar aquí sintiéndome despreciada. No, esta charla clandestina está a punto de convertirse en mi boleto para entrar en la boca del lobo.

O tal vez esa sea la prueba. Si no me presento, habré fallado.

—Sabía que la prueba de ayer no podía ser todo el asunto —murmuro, pero luego dudo de mí misma en un momento de debilidad.

Me colaré en esa reunión y desenmascaré las alianzas ocultas y las disputas que están fermentando bajo la superficie.

Sabiendo que tengo trabajo por delante para descubrir esta reunión secreta, me deslizo por los bulliciosos pasillos de la Universidad Castle, cada paso calculado, mezclándome con el murmullo de la charla estudiantil. El aire está cargado de secretos, listos para ser descubiertos; estoy al acecho, preparada para hincar el diente a cada palabra susurrada que llegue a mis oídos.

—¡Eliza, hey!

Al girarme, veo a Imogen, la chica del patio y de la prueba de ayer, luciendo casual y mucho más amigable que cuando me abucheó ayer. Una jugadora clave, si mis instintos valen algo.

—Imogen, ¿verdad? —la saludo con suavidad—. ¿Qué hay?

Sus ojos recorren el lugar, asegurándose de nuestra privacidad, mientras me indica que la siga afuera.

—Me impresionó tu actuación de ayer. Teníamos suposiciones, todos las teníamos, de que serías una florecita bonita contando solo con tu apellido para avanzar. Pero no es el caso. Pateaste traseros. Nadie ha corrido el circuito en el tiempo que lo hiciste tú.

—Es curioso cómo todos sabían que venía y no investigaron nada sobre mí —murmuro.

Ella resopla en su mano.

—Oh, lo hicimos. Asumimos que era información fabricada. Suele pasar.

—¿Como David Grenville?

Aprieta los labios en un intento de no reír, pero no puede contenerlo y estalla en un ruido que suena como un burro muriendo.

Me cae bien.

—Exactamente como David Grenville. Estoy impresionada de que lo hayas calado y he oído que fuiste tú quien le rompió el dedo. Él les está diciendo a todos que fue un matón al que dejó en el suelo.

Pongo los ojos en blanco.

—Llorón.

—Totalmente. Se cree un pez gordo, pero todos sabemos que no está a la altura de Los Reyes. Es un wannabe, nada más.

Los Reyes. Supongo que se refiere a mis chicos. O más bien, los chicos con los que vivo.

—Hmm.

—Pero escucha, oí algo... quizás te interese saberlo.

—¿Qué es esto? ¿Forjar alianzas? —pregunto, cruzando los brazos y lanzándole una mirada fulminante.

—Sí. Vas a ser la Reina por aquí, y no hace falta ser un puto genio para darse cuenta. Aún te están poniendo a prueba, así que ¿quieres saber lo que tengo que decir, o vamos a pelear por ello, y luego terminaré diciéndotelo de todos modos?

—¿Por qué harías eso?

—Ya te lo dije, vas a ser la Reina.

—¿Y tú quieres ser mi dama de compañía?

—Algo así. Pero me caes bien. Tienes agallas y coraje, y algo me dice que seríamos geniales juntas en una pelea.

Riéndome de su entusiasmo, asiento.

—Algo me dice lo mismo. Vale, Imogen, tienes mi atención.

Ella se acerca más, sus siguientes palabras son bajas y urgentes.

—Se avecina un cambio de poder. Algunas familias se están volviendo demasiado cómodas, y otras están planeando movimientos.

—¿Movimientos? ¿Qué tipo de movimientos? —indago, intrigada.

—Grandes. Las alianzas están cambiando, y algunos creen que tú y esos bombones con los que te estás acostando podrían llevarse una sorpresa —Su mirada se clava en la mía, seria como un infarto—. A medianoche, en el Castillo del Norte.

—¿Ah, sí? —Mi voz es firme, pero mi mente corre. Esto es más que un simple chisme: es la moneda de cambio de nuestro mundo—. Gracias por el aviso.

—Ten cuidado, eso sí —agrega rápidamente—. Si sospechan que estás al tanto...

—No lo harán, y no lo sabrán por mí —la interrumpo—. Pero gracias por la preocupación.

—Cuando quieras. Tú y yo nos cubrimos las espaldas, ¿no?

—Sí —murmuro mientras ella asiente y se apresura a irse. La parte cautelosa de mí me grita que esto es una trampa y que me está tendiendo un cebo, pero la otra parte, la que siempre va un paso por delante, me dice que está en esto conmigo para ganar. No es tonta. Sabe que tengo lo necesario para gobernar esta Universidad, y quiere formar parte de ello. Sin embargo, papá siempre me inculcó que aquellos a quienes consideras amigos están en una posición privilegiada para apuñalarte por la espalda, así que iré al Castillo del Norte a medianoche, pero no iré sola.

Moviéndome por el campus como un espectro, mantengo los oídos abiertos, captando fragmentos de conversación, cada uno una pieza del rompecabezas más grande que es la sociedad secreta de la Universidad Castle. Es una red enmarañada, y yo soy la araña que navega expertamente por sus hilos, incluso mientras mantengo un oído en mis clases y otro escuchando el parloteo y las conversaciones susurradas a mi alrededor.

—Eliza.

El nombre rueda por su lengua, y me giro en mi asiento de Historia Medieval para encontrarme con la mirada de Ryan Hargreaves, el hijo menor del clan Hargreaves y conocido por su lengua de plata y puños de acero. Un rival, sí, pero también diabólicamente encantador.

—Ryan —reconozco, con voz neutral.

—Esto no es un juego —Se inclina más cerca, sus ojos azules intensos.

—¿No lo es? —replico, manteniendo la compostura—. Y yo que pensaba que todos estábamos simplemente interpretando nuestros papeles.

—Cuídate las espaldas —advierte antes de levantarse y desaparecer del aula.

Mientras me vuelvo hacia mi libro de texto, mirando extrañamente una imagen de Elizabeth Bathory, La Condesa Sangrienta, un escalofrío recorre mi piel, y levanto la vista para ver a James entrar a zancadas y tomar el asiento junto a mí con esa sonrisa lenta suya.

—Condesa —murmura.

Decidiendo jugar con el fuego que sostiene, me inclino hacia adelante—. Te gustaría verme bañada en la sangre de inocentes, ¿no?

Sus ojos se encienden, enviando cohetes de lujuria directamente a mi clítoris—. Quién sabe, tal vez sea yo quien te bañe.

—Eres un caballo negro, ¿verdad? —afirmo en un tono normal con una sonrisa que definitivamente le dice que no me negaría a su oferta.

—Tal vez.

Nuestra conversación se interrumpe cuando el profesor comienza a divagar, pero me hago una nota mental de preguntarle sobre esta reunión en el Castillo del Norte después de la clase.

Pero se ha ido antes de que haya terminado de recoger mis cosas una hora después, escabulléndose y desapareciendo entre la multitud de estudiantes. No importa; lo alcanzaré más tarde. Me deslizo fuera del aula, un fantasma entre las sombras. El murmullo de la conversación se corta cuando aparezco, como si estuvieran tratando de guardar un secreto.

Malditos idiotas.

—Connor —reconozco al chico que se me acerca con una sonrisa astuta—. ¿Cómo está tu padre?

—Mejor, gracias por preguntar.

—Cuando quieras.

—Escucha, no puedo decir mucho —admite, lanzando una mirada cautelosa alrededor—. Pero nos conocemos desde que aprendimos a caminar. Prepárate para cualquier cosa. Castle está a punto de volverse mucho más interesante.

—¿Bastante vago, no? —murmuro, poniendo los ojos en blanco.

—Supongo que tendrás que averiguarlo, ¿no? —me provoca, girándose para irse—. Pero cuídate las espaldas, Eliza. No todos están tan encantados contigo como yo —Se aleja con paso arrogante mientras lo sigo con los ojos entrecerrados. Parece que se están formando pequeñas alianzas. Hay quienes quieren ser mis amigos y quienes definitivamente no.

Pero esto es bueno. Está descartando a los cabrones que necesito derribar.

No tengo tiempo para estas tonterías del gato y el ratón. Necesito acción.

CAPÍTULO 10

ELIZA

La medianoche se acerca, y estoy dando vueltas por mi habitación como un animal enjaulado, mientras el segundero del reloj avanza sin cesar.

La reunión de esta noche podría cambiarlo todo: el poder, el control... todo está en juego.

—A la mierda —murmuro—. No puedo hacer esto sola. No esta noche. No conozco a estos jugadores, y todo lo que mi padre me enseñó a agudizar me grita que esto es una trampa. Pero ya sea una trampa o una prueba, mi mejor movimiento es llevar refuerzos ahora mismo. Es inteligente, y no tengo miedo de pedir ayuda.

Pero, ¿a quién?

Ni de coña voy a acudir a Raphael. Que le den por ser un dolor de cabeza. Entre Tarquin, James y Oliver, me siento más cercana a Tarquin después de nuestro pequeño lo que fuera anoche.

Decidida, me dirijo por el pasillo. Al llegar a la puerta de Tarquin, no dudo y golpeo con fuerza la madera. Él abre de inmediato, como si me estuviera esperando, sus ojos azul cielo evaluándome con curiosidad.

—¿Eliza? ¿Triste de verme vestido? —Su sonrisa pícara me dice que he tomado la decisión correcta al llamar a su puerta.

Arqueando una ceja y recorriendo con la mirada su cuerpo parcialmente vestido con una sonrisa burlona, hago un puchero.

—Desnudo te queda mejor.

—Eso se puede arreglar —murmura.

—Paso por ahora. Necesito tu ayuda.

—¿Oh? —Se pone firme y presta atención de inmediato. Bien. Tiene el control para separar la lujuria de los negocios. No muchos hombres lo tienen, según mi experiencia.

—Hay una reunión en la Torre del Castillo Norte —digo, yendo directamente al grano—. A medianoche. Te necesito conmigo.

Tarquin no se inmuta; asiente, con un brillo feroz y protector en su mirada que hace cosas a la mujer dentro de mí.

—Por supuesto. ¿Debería llamar a los demás?

—No —Niego con la cabeza, resuelta—. Solo nosotros.

—Lo que tú digas —responde con un atisbo de sonrisa—. Te cubro las espaldas, Eliza. Siempre.

—Bien. —Estoy lista para lo que venga—. Vamos a prepararnos. Tenemos una trampa que hacer saltar o una prueba que pasar. ¿Sabes algo al respecto?

Él niega con la cabeza solemnemente, con un ceño feroz en su apuesto rostro.

Eso no augura nada bueno.

—Así que definitivamente es una trampa, entonces.

—¿Quién te lo contó?

—Bueno, lo escuché por casualidad, y luego Imogen vino y me dijo dónde era. Dijo que quería forjar una alianza, pero ahora no estoy tan segura.

—Imogen es de fiar. No creo que te llevara a una trampa. —El ceño de Tarquin se profundiza.

—Lo siento, pero no voy a fiarme de tu palabra en eso. Ella me dijo específicamente dónde era la reunión.

—Eso no significa que ella sea parte de esto. Podría significar que también la están utilizando si quien está detrás de esto sabía que ella vendría a ti.

—Pareces rápido en defenderla —murmuro, sintiendo un destello de celos, que él nota y sonríe con suficiencia.

—Es una prima lejana, así que puaj, pero me hace sentir todo cálido y difuso por dentro que estés celosa, preciosa. —Me revuelve el pelo mientras aparto su mano de un manotazo.

—Que te jodan. Celosa —me burlo y me doy la vuelta para volver a mi habitación a prepararme.

El sonido de su risita detrás de mí es jodidamente molesto. Cree que me tiene calada, pero que le den también ahora.

Desafortunadamente, todo lo que ese pensamiento hace es hacerme pensar en montarme en su polla, y me aclaro la garganta mientras agarro mi funda de muslo y la ato a mi muslo derecho antes de meter el cuchillo de caza en ella.

—Eso es perverso —dice Tarquin, entrando en mi habitación, poniéndose una camiseta negra de manga larga para acompañar los pantalones de combate negros que tiene desabrochados en la bragueta. ¿Está intentando volverme loca?

Llámame loca, pero esta provocación es incluso más excitante que verlo desnudo.

—Me la regaló mi padre. La llamo Felicity, o Flick para abreviar.

Él sonríe. —Me encanta que le hayas puesto un apodo.

—Ella —espeto—. Es una ella, y disfruta del sabor de la sangre, así que cuida tu boca cuando estés cerca de ella.

Levanta las manos, intentando contener la sonrisa. —Entendido. Lo siento, Flick. Lo haré mejor la próxima vez.

—¿Listo? —pregunto mientras se abrocha los pantalones y luego se sienta en mi cama para atarse los cordones de las botas.

¿Grosero, no?

O quizás sabe exactamente lo que me está haciendo porque todo lo que puedo pensar es en tirarlo de vuelta al colchón y montarlo hasta el amanecer.

Maldito cabrón.

Me doy la vuelta mientras responde: —Nací listo.

Asegura su propia hoja, una cosa seriamente malvada con una hoja de doble curva, ambas con bordes dentados. Bonita.

No necesitamos más palabras mientras nos movemos como uno solo, deslizándonos fuera de la casa adosada hacia la oscuridad absoluta. El campus se extiende frente a nosotros, un recorrido que navegamos con facilidad. Mis ojos escanean los alrededores, cada crujido de hojas, cada parpadeo de luz es escrutado.

Tarquin mantiene el paso a mi lado, su presencia una sólida tranquilidad. Nuestras pisadas son suaves sobre la hierba húmeda, nuestro paso por la noche silencioso.

La torre del Castillo Norte se alza ante nosotros, un monolito de piedra oscura contra el cielo estrellado. La historia de este lugar es que el edificio principal era una fortaleza, un Castillo, en el siglo XIII, meticulosamente mantenido por miles de millones de libras en donaciones a lo largo de los años de las familias mafiosas más grandes del país para que la próxima generación pudiera luchar en un patio de recreo seguro para actividades clandestinas. Las cuatro torres aún están en pie, dándole un aire inquietante en la oscuridad de la medianoche.

Nos acercamos con cautela, los sentidos en alerta máxima, listos para cualquier infierno que pueda estar esperando para desatarse.

Al acercarnos, me detengo, sintiendo la sensación de hormigueo en la nuca. Algo no está bien. Respiro hondo y empujo la pesada puerta con mi mano izquierda, mi derecha bajando hacia la empuñadura de mi cuchillo.

—Con cuidado —exhalo hacia Tarquin mientras entramos, aunque es una orden inútil. Es como una pantera a mi lado, sigiloso, oscuro y peligroso como el demonio. La oscuridad es más espesa aquí, aferrándose a las antiguas paredes como una advertencia.

El aire está quieto, demasiado quieto. Mi piel se eriza con la anticipación del peligro, todos mis sentidos alerta ante la trampa que sé que debe estar esperando. Ascendemos por la escalera de caracol, nuestros pasos con botas amortiguados contra la piedra.

—Mierda —digo en voz baja cuando llegamos a la cima. Está tranquilo, pero el silencio se siente como un grito.

—Eliza —murmura Tarquin, y en ese segundo, el mundo estalla en caos.

Figuras emergen de los recovecos ocultos de la habitación, rodeándonos. David Grenville da un paso adelante desde las sombras, su mueca como un corte en su rostro. —Vaya, vaya, Eliza Hughes, caíste directamente en mi pequeña trampa.

—David —escupo su nombre como veneno, mi mano apretando el cuchillo mientras lo preparo para la acción—. En realidad, estaba esperando esto. Me tomas por una maldita idiota. Pero como sea. Traje refuerzos.

Veo a Tarquin moverse ligeramente, un depredador silencioso listo para atacar.

Los ojos de David se desplazan hacia el gemelo Carver y se tensan. No esperaba eso. Pensó que sería lo suficientemente arrogante y estúpida como para venir sola.

—¿Realmente pensaste que podrías jugar en este juego y no salir mordida? —se burla David, reagrupándose rápidamente, sus lacayos acercándose pero mirando a Tarquin con algo parecido al miedo. No los culpo. Parece listo para asesinarlos a todos solo con la mirada. Definitivamente traje al tipo adecuado para cubrirme las espaldas.

—Jugar es una cosa —respondo—, ganar es otra.

El enfrentamiento se mantiene por un latido, luego se desata el infierno.

CAPÍTULO II

ELIZA

El tiempo se ralentiza, pero mis instintos, disciplinados desde que aprendí a caminar y hablar, se activan. Me lanzo contra el imbécil más cercano. Flick, una extensión de mi letal plan, destella en la tenue luz mientras se arquea hacia mi atacante.

—¡Eliza! —La voz de Tarquin es un gruñido bajo, pero estoy demasiado ocupada para mirarlo. Su presencia es una fuerza sólida a mi espalda; sus movimientos sincronizados con los míos como si fuéramos dos partes de la misma danza mortal.

Es pura magia, y sonrío mientras esquivo, me muevo y giro, cada golpe calculado, cada bloqueo instintivo.

Los sonidos del combate llenan el aire: gruñidos de esfuerzo, jadeos de sorpresa, el agudo tintineo del metal contra metal rebotando en las paredes de piedra.

—Buen intento —gruño mientras esquivo un puñetazo torpe, recompensando el esfuerzo con mi hoja arrastrándose por el brazo del agresor. Aúlla, agarrándose la herida, la sangre filtrándose entre sus dedos.

—Seguid así, chicos, os estáis quedando atrás —me burlo, aunque mis músculos gritan y mi mente corre. Esto no es un combate de entrenamiento; es supervivencia.

Tarquin está ahora a mi lado, luchando con una ferocidad que me emociona. Está demostrando su lealtad hacia mí, sin problemas. Se mueve con una gracia que contradice su tamaño, cada acción deliberada y devastadora.

—¡Eliza, a la izquierda! —ladra, y giro justo a tiempo para esquivar un golpe vicioso. Nuestros enemigos son implacables, pero no saben con quién se están metiendo.

Claramente.

Pero entonces mi confianza me traiciona y al ver una oportunidad de llegar hasta David, que está al margen, observando esto con una sonrisa arrogante, me lanzo hacia él, sin ver siquiera al tipo que se mueve tan rápido como yo. Lanza su puño contra mi cara; gruño, tambaleándome hacia atrás, lamiendo la sangre de mi labio.

—Cabrón. Vas a pagar por eso —gruño, abalanzándome hacia él. Es enorme. Más grande que Tarquin y un gigante comparado conmigo. No es un estudiante. Es mayor, más experimentado, más curtido... un profesional.

Grenville no está jugando limpio, y eso solo lo muestra como el cobarde imbécil que es.

El gigante me lanza otro golpe, esta vez lanzándome contra Tarquin, quien me agarra y me estabiliza con un brazo mientras el otro envía un puño volando hacia la cara de alguien.

—¿Y ahora qué? —pregunta con una sonrisa sexy que enciende mis motores. Ha recibido algunos golpes. Su camiseta está rasgada y su labio partido como el mío.

—Ni lo sueñes —gruño y me desenredo mientras agarro a Flick y esquivo al gigante para

llegar hasta David. Mi agilidad es un arma, y la cara de David palidece al verme venir hacia él.

—Que te jodan, David. Eres un pedazo de mierda cobarde, ¿lo sabes? Ven a por mí tú mismo.

—Sigues teniendo esa boca, Eliza —se burla, recomponiéndose y sabiendo que no tiene más remedio que enfrentarse a mí. Avanza mientras Tarquin se cruza para cubrirme las espaldas contra el gigante.

David y yo chocamos, su fuerza contra mi velocidad, y es un punto muerto por un momento. El dolor explota en mi costado al recibir un golpe, pero solo me enfurece más, como una avispa a la que molestan. Me aparto girando y con un movimiento rápido y preciso, Flick encuentra su objetivo —no un golpe mortal, pero uno que envía un mensaje claro al cortar la carne de David.

Él retrocede tambaleándose, su mano apretando la herida, la sangre oscureciendo su camisa. Sus ojos se clavan en los míos, llenos de odio.

—¿Eso es todo lo que tienes? —Mi voz es baja y peligrosa. La habitación apesta a sudor, sangre y acero, pero no puedo permitir que el asco me ralentice. No cuando la victoria está al alcance, no cuando la supervivencia pende del filo de mi hoja.

—Hora de irse —siseo a Tarquin, que está actualmente en una situación precaria con el gigante, que lo tiene en una llave.

—Un... poco... de... ayuda... por aquí... —balbucea.

Riéndome mientras agarro a Flick y giro mi mano para clavar la hoja directamente en el costado del gigante, la saco mientras él gruñe y afloja su agarre sobre Tarquin lo suficiente para que pueda liberarse.

—Cabrón —gruñe y lanza un golpe con su puño duro, aplastando la nariz del gigante contra su cara—. Nadie intenta matarme y se sale con la suya.

—Vamos —insto, tratando de no reírme de la cara de sorpresa del gigante.

Agachándonos y dando tajos, nos abrimos camino de vuelta a la puerta de la torre y tomamos los empinados escalones circulares tan rápido como nos atrevemos por miedo a caer y rompernos el cuello.

Salimos disparados del caos de la torre del Castillo Norte, la noche nos engulle cuando irrumpimos por la puerta de abajo.

Mi pecho arde mientras corremos, cada respiración punzante contra mis costillas. Puedo sentir la calidez pegajosa de la sangre en mi costado por un corte superficial, pero es una insignia de honor y un recordatorio de lo cerca que estuve.

—Aquí —jadeo, divisando un patio cubierto de maleza escondido detrás de una hilera de setos, perfecto para recuperar el aliento rápidamente. No dudamos en meternos en la protección que ofrece.

Espiando a través de los arbustos, no vemos ni oímos a nadie siguiéndonos, así que nos desplomamos en el suelo, jodidos pero no derrotados.

—Déjame ver —dice Tarquin, su tono más de orden que de preocupación. Está a mi lado en un instante, sus dedos ágiles mientras evalúan la herida en mi costado.

—No es más que un rasguño —murmuro, pero le dejo mirar porque sus manos están llevando mi lujuria de batalla a una excitación elevada que hace que mi clítoris palpite.

—He visto peores —murmura.

—Exactamente.

Mientras Tarquin y yo nos reagrupamos en las sombras, mi pulso martillea con las secuelas del derramamiento de sangre. Nuestra respiración es pesada, igualada solo por el rápido latido de nuestros corazones. La pelea aún resuena en mis músculos, y me estiro.

—Eliza —susurra Tarquin, su voz como grava, y hay una fiereza en sus ojos que envía cohetes de lujuria a través de mí.

Estamos cerca, tan jodidamente cerca, el calor de su cuerpo quemando a través del espacio entre nosotros. La noche se aferra a nosotros, la oscuridad un manto sobre nuestras acciones.

Sus manos vagan, desgarrando mi ropa con desesperada urgencia. No hay ternura, solo un fuego furioso que exige ser apagado. Cuando mi espalda golpea la fría piedra, él baja mis pantalones y bragas hasta mis tobillos y se cierne sobre mí.

—Joder, Eliza —gime, desabrochándose rápidamente los pantalones y sacando su polla—. Necesito sentirte.

—Solo monto a mis sementales a pelo, ¿qué coño estás esperando? —gruño, levantando mis caderas con impaciencia.

Con una risa oscura, empuja su polla dentro de mí, mis piernas restringidas por los pantalones alrededor de mis tobillos. —Joder, tu coño está tan apretado —gruñe, empujando más profundo.

Aprieto los dientes y clavo mis uñas en su espalda mientras su polla me llena, estirándome de la mejor manera posible. Su cuerpo es un peso caliente y sólido contra el mío. Su polla es acero dentro de mi coño, y cada embestida hace que mi mundo se contraiga a su alrededor.

—Se siente tan jodidamente bien —gruñe.

Follamos como animales en celo; los únicos ruidos son nuestras respiraciones agitadas y el susurro de las hojas para cubrir nuestros gemidos de placer. Es sucio y desordenado y la mejor cosa que he sentido en mi puta vida.

—Oh, Dios, Eliza —gime, sus caderas acelerando mientras embiste más fuerte, más rápido, la cabeza de su polla golpeando mi punto G con cada embestida.

—Más fuerte —jadeo, meciendo mis caderas contra las suyas—. Quiero sentir cada puto centímetro de ti.

Él obedece, golpeando dentro de mí como si estuviera marcando su territorio, reclamándome como suya. Mi orgasmo se construye, enrollándose más y más apretado hasta que estoy al borde.

—¡Tarquin!

—Estoy tan jodidamente cerca. Córrete para mí, preciosa —gruñe.

Mi cuerpo se sacude, respondiendo a su ruda demanda. Me deshago, mi coño apretándose a su alrededor mientras ambos llegamos al clímax juntos, y es cataclísmico, obliterando pensamiento y razón, y él bombea su semen profundamente dentro de mí.

—Joder —gemimos ambos, tratando de recuperar el aliento mientras las réplicas se desvanecen.

Los jadeos disminuyen, el aire enfriando el sudor en mi piel. El agarre de Tarquin sigue firme en mis caderas, su pecho agitado. Siento su renuencia a dejarme ir, pero yo no hago mimos. La necesidad de moverse, de estar alerta, pulsa más fuerte que la sensación posterior.

—Vamos —murmuro, empujándolo fuera de mí y luchando por subir mis bragas y pantalones. Ahora soy todo negocios—. Estamos al descubierto aquí. No es que crea que David nos seguirá pronto.

—Lo dejaste fuera de combate. Ha sido humillado —dice Tarquin, abrochándose los pantalones, su voz tensa.

—¿Crees que lo intentará de nuevo?

—Nah, es un cobarde. —Se levanta y me ofrece su mano.

La tomo y luego la suelto rápidamente, no queriendo que se haga ideas. No es que no volviera a hacer esto, toda la noche y en mi cama, pero ahí es donde trazo la línea.

—Vámonos —murmuro y me alejo a grandes zancadas, sin esperar a que me alcance.

CAPÍTULO 12

JAMES

—¿Dónde demonios han estado ustedes dos? —Mi voz corta el silencio mientras miro fijamente a Tarquin y Eliza, que se escabullen por la puerta principal como dos adolescentes atrapados por sus padres. Se quedan paralizados como ciervos ante los faros de un coche.

—Por ahí —murmura Tarquin, pero sus nudillos magullados, su labio ensangrentado y la cara ensangrentada de Eliza cuentan una historia diferente.

—¿Por ahí? Parecen haber tenido diez asaltos con una bola de demolición. —Cruzo los brazos, mi paciencia tan fina como el hielo.

Eliza encuentra mi mirada, sus impresionantes ojos verdes feroces incluso bajo la sombra de la noche. —Sí, bueno, ¿qué podemos decir? Fue una fiesta. Tengo que ducharme e irme a la cama. Clase temprano y todo eso. Adiós. —Se escabulle escaleras arriba más rápido que un gato, dejando a Tarquin resoplando y sacudiendo la cabeza mientras se queda cargando con las consecuencias.

—Esa chica es única.

—No me digas. Suéltalo.

Sus ojos se encuentran con los míos, con una seriedad fría que hace que mi sangre se caliente ante el olor del peligro.

—David Grenville le tendió una trampa —dice Tarquin secamente—. Torre del Castillo Norte. Fue una maldita emboscada.

—¿Y tú estabas allí porque...?

—Ella me pidió que fuera su respaldo.

—¿Ah, sí? —murmuro, tomando nota de que no está por encima de pedir ayuda cuando siente que la necesita. Bueno saberlo—. ¿Por qué tú?

Se encoge de hombros. —¿Qué puedo decir? Nos llevamos bien.

—Hmm. —Me apoyo contra la pared—. David Grenville, ese bastardo viscoso, se está volviendo más audaz cada día.

—Sí.

—Detalles, Tarq —exijo, mi tono afilado como vidrio roto—. Ahora.

—Sus hombres la estaban esperando, armados hasta los dientes —continúa Tarquin, apretando la mandíbula—. Caímos directamente en la trampa. Si yo no hubiera estado allí, probablemente la habrían matado. No es que ella no pateara traseros, pero nos superaban en número, y eso es decirlo suavemente.

—Mierda —gruño y golpeo la pared con el puño—. Maldita sea, Tarq. ¿Por qué no nos avisaste?

—Ella no quería que nadie más estuviera allí o lo supiera. —Se encoge de hombros de nuevo, cabreándome.

—¿Está bien?

—Está bien —me asegura rápidamente, pero su expresión oscurecida me dice que estuvo demasiado cerca para estar cómodo—. Luchó como una fiera. Pero los derribamos, James. Dejamos a más de unos cuantos hombres de Grenville desangrándose en ese frío suelo de piedra. Pero Grenville tenía a un mercenario. Endurecido. Duro como el demonio. Está jugando sucio, lo que me dice que está jodidamente asustado de ella.

—¿Cómo lo dejaste?

—¿A quién, al gigante imbécil o a Grenville?

—A ambos —espeto, irritado.

—El gigante imbécil recibió una puñalada en el costado cortesía de Eliza, y ella también se encargó de Grenville pero no lo mató. Volverá buscando una seria venganza.

—Joder —murmuro, pasándome una mano por el pelo—. Necesitamos apretarnos. Ella es impredecible, y esa mierda no funcionará, no con los enemigos que tenemos rodeándonos.

—De acuerdo —dice Tarquin, entrecerrando los ojos—. No podemos permitirnos cabos sueltos. No con Eliza en la línea de fuego.

—A la mierda la petición de Damon de mantenernos fuera de sus asuntos. No tendrá ningún asunto si sigue siendo el objetivo de juego sucio.

—Eso es un fuego bastante intenso con el que estás jugando.

—¿No estás de acuerdo?

—Oh, estoy de acuerdo, solo lo digo en voz alta para que ambos podamos escuchar lo jodidamente jodidos que estaremos si Hughes se entera.

Resoplando en acuerdo, sacudo la cabeza. —Sí, bueno, las cosas pasan. Gira y adáptate, ¿no?

—Cierto. —El firme asentimiento de Tarquin es lo último que veo antes de que desaparezca escaleras arriba. El sonido de sus pasos decididos se desvanece, y me quedo con el peso de las revelaciones de esta noche.

David Grenville se está convirtiendo en una espina en su costado. Pero esta vez ha ido demasiado lejos y necesita ser tratado permanentemente.

Mi mente recorre opciones y escenarios donde podríamos eliminarlo sin provocar una guerra total. Tiene que ser limpio, sin rastros, un golpe fantasma que deje a todos susurrando nuestros nombres con un respeto teñido de miedo. No solo necesitamos matar a Grenville; necesitamos enviar un mensaje de que cualquiera que vaya tras Eliza, o cualquiera de nosotros, está firmando su propia sentencia de muerte.

Si hay algo que sé sobre planear un asesinato, es que el elemento sorpresa cambia las tornas. Este es mi legado, la ofrenda de mi familia al submundo criminal. Mis padres son asesinos de alto nivel. No los ves venir. He sido entrenado para esto toda mi vida, y aquí es donde brillo. Frío. Calculador. Letal.

—El momento —digo, dando vueltas a los detalles como cartas en una partida de blackjack, me trono los nudillos en un hábito que no puedo quitarme—. David Grenville necesita sentirse seguro y complacido, como si hubiera esquivado la bala. Esperamos, dejamos que la tensión se cueza a fuego lento, y luego atacamos cuando esté borracho de falsa seguridad.

Entrando a zancadas en la sala de estar, con la hora acercándose a las 2 AM, me detengo junto a la ventana.

—La ubicación —tiene que ser lo suficientemente pública para causar impacto, pero lo suficientemente aislada para que nuestras manos permanezcan limpias: una gala, un club, incluso

su maldita casa rodeada de sus idiotas acólitos.

—El mensaje —no se trata solo de matar a Grenville; se trata de lo que su muerte grita al mundo. Temednos. Respetadnos. Cruzaos con Eliza, y os estaréis cruzando con la muerte misma.

Esto es ajedrez, no damas. Jugamos el juego largo, golpeamos con precisión o no golpeamos en absoluto. David no lo verá venir, no si tejemos bien nuestra red.

La adrenalina zumba bajo mi piel como electricidad, urgiéndome a encontrar a Raph para hablar de esto. Este tipo de misión me excita más allá de lo habitual. Mi polla está rabiosa ante la idea de arrebatar una vida sin que nadie sepa que fui yo.

Subiendo las escaleras hacia el piso superior, toco suavemente su puerta.

—¿Raph? ¿Estás despierto? —Sé que probablemente lo estará. No es un gran dormilón como el resto de nosotros. Es una debilidad.

—Sí.

Empujando la puerta, entro y la cierro detrás de mí. Está desparramado en la cama, sin camisa, un libro olvidado mientras mira fijamente al techo.

—¿Qué no podía esperar hasta más tarde?

—Eliza y ese imbécil, Grenville —no me molesto con cortesías. No hay tiempo para eso.

—¿Oh?

—Le tendió una trampa esta noche. Tarquin estaba con ella, y salieron vivos, pero por lo que oí, fue por poco.

—Mierda —murmura Raph, balanceando sus piernas sobre el borde de la cama—. Eso fue estúpido.

—¿De quién? —le frunzo el ceño.

—De Grenville, ¿de quién coño creías que hablaba? ¿De Eliza? ¿De Tarq?

—Tal vez.

Sonríe con suficiencia.

—¿Crees que no sé que se fueron juntos? ¿Cuándo aprenderás que aquí no se puede cagar una mosca sin que yo lo sepa?

—Anotado —murmuro—. Pero la pregunta sigue en pie, ¿por qué ni tú ni ninguno de nosotros supimos de esta emboscada?

—Una maldita buena pregunta que necesita una maldita buena respuesta. Y si nadie puede dármela, empezaré a matar gente hasta que consiga una. ¿Suena como un plan?

—Siempre, y ya que estás de humor sanguinario, he estado pensando: contraatacamos con fuerza. Pero esperamos, dejamos que se asiente el polvo primero. Hacemos que David piense que tiene la ventaja, y luego, ¡bam! —golpeo mi puño contra mi palma, el sonido agudo en la habitación silenciosa.

—Joder, sí —Raph se pone de pie, el músculo de su mandíbula trabajando mientras procesa el plan.

—A pesar de la advertencia de Damon, no podemos dejar que ande jodiendo, arruinando su juego, ni el de nadie, de hecho.

—De acuerdo. Entonces, ¿cómo enviamos el mensaje? —pregunta Raph, todo negocios ahora—. Sé que tienes un plan en ese cerebrito perverso tuyo.

—Su muerte tiene que hablar por sí sola. Miedo. Respeto. Una advertencia para cualquiera que se le ocurran ideas.

—Informaremos a Tarquin y Oliver más tarde. Mantengámoslo en secreto por ahora. Ni siquiera le decimos a Eliza en caso de que vaya con su padre.

—De acuerdo. Ella llega temprano mañana.

—Perfecto.

Mi mente ya está acelerada, estrategizando los siguientes pasos. Es como mover piezas de ajedrez en un tablero empapado de sangre y poder, y para David Grenville, la cuenta regresiva comienza.

CAPÍTULO 13

ELIZA

Me despierto sobresaltada, con la respiración entrecortada mientras busco a tientas el teléfono en la mesita de noche. La pantalla cobra vida con un mensaje que no debería estar ahí. Un número que no reconozco y palabras que hacen sonar las alarmas en mi cabeza: —No confíes en nadie.

—¡Ay, por favor! —refunfuño, poniendo los ojos en blanco—. ¿Otra vez este idiota? —Me dejo caer de nuevo en la cama y levanto el teléfono sobre mí para ver la hora—. ¡Mierda!

Es más tarde de lo que me hubiera gustado. Tengo clase temprano y, después de cuatro horas de sueño, tengo que ponerme en marcha.

Al levantarme de la cama, hago una mueca por el corte en mi costado. No es nada que un apósito adhesivo de mi práctico botiquín no pueda arreglar, pero me ralentizará durante unos días. Reviso el vendaje de todos modos para asegurarme de que no está sangrando y me encojo de hombros cuando veo que está limpio.

Estiro mi cuerpo desnudo mientras paso frente al espejo hacia el baño. El tatuaje en mi espalda, una calavera y una rosa entrelazadas, es un símbolo de lo que soy. Belleza y muerte envueltas en un solo paquete.

Es igual al de mi padre. Él lo tiene en la mano izquierda. Yo fui más allá, más atrevida, una señal definitiva de que soy su hija y cualquiera que se meta conmigo deseará no haberlo hecho.

Entro en la ducha y la enciendo; el vapor me envuelve, una cálida caricia sobre mi piel. Las gotas de agua golpean los azulejos, el ritmo un contrapunto relajante al caos que me espera más allá de estas paredes. Mis dedos trazan caminos sobre mis hombros y bajan por mis brazos, resbaladizos y suaves con el jabón. Echo la cabeza hacia atrás, dejando que la cascada borre los restos de sueño, afilando mis sentidos como el acero templado hasta el filo más fino.

El agua se lleva toda duda, dejando solo la certeza de que soy una fuerza con la que hay que contar. Es mi lugar.

Unos minutos después, cierro el agua y salgo a la alfombrilla de baño mullida. Me envuelvo en una toalla y cruzo hacia el armario para sacar algo de ropa. Nada elegante, todo práctico. Vaqueros ajustados azules, una camiseta blanca ceñida y mis botas. Me pongo mi chaqueta de cuero negra para completar el look y deslizo a Flick en la funda en mi espalda, sujeta a mi cinturón.

Bajo las escaleras, el aroma del café fuerte me atrae hacia la cocina. Cuando entro, la conversación se detiene. La mandíbula de Raphael está tensa, sus ojos entrecerrados; Tarquin se reclina en su silla, con el ceño fruncido; James se frota la nuca y Oliver tiene la mirada fija en algún punto más allá de la habitación.

—Buenos días —digo, a pesar del ambiente frío—. ¿Interrumpo algo?

Los chicos intercambian miradas, sus expresiones cautelosas me dicen más que las palabras. Algo pasa, algo grande. Me acerco a la cafetera, me sirvo una taza y luego la vierto en un termo de viaje. El líquido negro es amargo y fuerte, justo el impulso que necesito.

—Claro que no —dice Raphael, con voz oscura y amenazante, sin convencerme en absoluto.

—Hmm, bueno, si queréis tener reuniones secretas, id a buscar un lugar secreto para celebrarlas. No me voy a esconder en mi habitación todo el día, y no voy a andar de puntillas en mi propia casa.

Tarquin ahoga una risita. —No es una reunión secreta.

—Entonces continuad.

La mirada de Tarquin encuentra la mía al otro lado de la habitación, y algo tácito chispea entre nosotros. Sus ojos son un mar tormentoso, agitándose con un anhelo que se arremolina con preguntas que no puede expresar en voz alta. Mantengo su mirada, dejando que la conexión se cueza a fuego lento.

Mi sonrisa se despliega lenta y deliberada, como un secreto susurrado entre las sombras. La mirada de Tarq arde sobre mí, ardiendo con ese borde crudo de deseo que enciende mi sangre. Su incertidumbre sobre dónde estamos parados después de nuestro desenfrenado polvo de anoche es un cable vivo entre nosotros, enviando chispas que vuelan en el espacio cargado. Dejo que mis ojos brillen con picardía, un desafío silencioso que sé que él lee alto y claro.

—¿Algo que quieras compartir, Eliza? —la voz de Raphael corta la tensión, pero no aparto mi mirada de Tarq.

—Nop. —Aparto la mirada de Tarquin y me giro, alejándome de todos, bebiendo mi café para ocultar mi sonrisa.

Recojo mi bolso de la mesa cerca de la puerta principal y me escabullo hacia el creciente frío de la mañana otoñal. Probablemente tendremos un último estallido de calor antes de que el clima más fresco se asiente. El campus está tranquilo, conteniendo el aliento como si supiera que la mierda está a punto de estallar. Me ajusto más la chaqueta, el cuero se siente como una segunda piel.

Pasos resuenan detrás de mí, rápidos y decididos.

—¡Eliza!

—Habla mientras caminamos —murmuro cuando Tarquin me alcanza.

—No estamos guardando secretos —dice, mirándome con cautela.

Me encojo de hombros. —No me importa si lo haces o no. Solo haz lo que te pido y traslada tus reuniones a otro lugar.

—Me alegra que consideres la Mansión como tu hogar.

Suspirando, me detengo y me giro para enfrentarlo. —¿Qué es esto?

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué estás aquí afuera tratando de aplacarme como si estuviéramos saliendo y te hubiera pillado a punto de recibir una mamada de la bicicleta del campus?

Él se ríe sonoramente, sus ojos iluminándose. —No es mi estilo, preciosa. Cuando estoy dentro, estoy dentro.

—¿Y exactamente en qué estás dentro, Tarquin? —Doy un sorbo a mi café mientras espero a que ordene sus pensamientos.

—Dímelo tú.

—No puedo hacer eso. Me gusta el sexo. Lo amo. No necesitamos estar saliendo para follar, si es eso lo que te preocupa. Podemos hacerlo de nuevo pronto. Estuvo jodidamente caliente. Pero mantengámoslo casual, ¿eh? —Le doy un puñetazo en el hombro para enfatizar mi punto.

Para mi consternación, su rostro decae. —Casual.

—¿No te gusta lo casual?

—No cuando se trata de ti.

Sin dejarme responder, se aleja de vuelta a la casa, con la espalda rígida, y que le jodan, pero ahora me siento mal.

¿Cómo se atreve a hacerme sentir culpable por no querer llevar las cosas más allá?

Cabreada, encojo los hombros y me dirijo a clase bajo una nube de tormenta y todos harían bien en mantenerse fuera de mi camino o si no.

CAPÍTULO 14

RAPHAEL

Hago una mueca de desprecio cuando Tarquin vuelve a zancadas a la cocina. Tiene el pelo hecho un desastre y las mejillas enrojecidas por algo más que la carrera tras Eliza. Estoy convencido de que tuvieron sexo anoche, ya sea antes o después de su pequeña emboscada, pero no preguntaré y él no dice nada. Se ha enamorado de ella como un idiota. Suspiro, sabiendo que esto también es cierto para mí, aunque al menos estoy intentando mantener las distancias con ella.

—¿Ya has terminado, Tarq? Tenemos problemas más grandes. David Grenville. Ese bastardo sigue respirando y no podemos permitirnos el lujo de perder el tiempo.

Tarquin se endereza, todo profesional. Sabe cuándo es hora de dejar de jugar.

Me aparto del mostrador, con los músculos tensos, listo para la acción. —Esto no se trata solo de nosotros; se trata de mantener a Eliza a salvo. Puede que se haga la dura, pero está en el punto de mira por este juego de poder que estamos llevando a cabo en la Universidad Castle.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—James tiene una estrategia. Pero significa ser inteligentes, no solo rápidos y furiosos. —Agarro un cuchillo del bloque, haciéndolo girar en mi mano, sintiendo su equilibrio—. Haremos esto de forma limpia. Sin cabos sueltos. Queremos que todo el submundo sepa lo que pasa cuando te metes con Los Reyes, o peor aún, con su futura Reina.

La mirada de Tarquin se dispara hacia la mía al oír mis palabras.

Sí, lo dije porque, joder. ¿A quién quiero engañar? Eliza será la Reina aquí. Todos sabemos que la Reina supera al Rey en el único juego que vale la pena jugar. Pero que no quepa duda de que será nuestra.

Oliver frunce el ceño mientras se inclina sobre la mesa. —David tiene que desaparecer, y pronto. Es un verdadero dolor en el culo.

James asiente, sus dedos tamborilean, el sonido agudo y urgente. —Necesitamos golpear fuerte pero limpio. David es una maldita sanguijuela, chupando de nuestro territorio, amenazándonos a nosotros y a ella. —Se apoya en el mostrador—. Necesitamos más información sobre David —dice en voz baja—. Movimientos, rutinas, patrones. No podemos precipitarnos.

—Ir despacio no es mi estilo —interrumpe Tarquin, con el músculo de la mandíbula temblando de impaciencia. Se aparta de la pared, con los puños apoyados en la mesa mientras se inclina hacia adelante—. Deberíamos golpearlo ahora, rápido y fuerte. Eliminarlo antes de que sepa lo que le viene encima. Enviará un mensaje claro: te metes con Los Reyes, te llevas el hacha. Anoche no estaba de broma.

—Sí, lo que plantea la pregunta, ¿por qué no nos lo contaste? —pregunta Oliver, lanzando

una mirada asesina a Tarquin.

—Ella no quería que lo hiciera.

—¿Y?

—Y eso es todo.

—Estás jodidamente dominado —murmura Ollie—. Nunca nos ocultas cosas. Podríamos haber acabado con esto anoche.

—Sí, podríamos haberlo hecho, y entonces Eliza habría sido vista como una princesita que necesita ayuda. Tenía respaldo. Me tenía a mí. Eso fue suficiente por ahora.

—Solo que ahora David irá a por ella.

—Y en su lugar, nos encontrará a nosotros —interrumpo—. Esto no es una pelea cualquiera. David cruzó una línea al intentar eliminarla. Cambió las reglas, y eso no va a pasar bajo mi vigilancia.

—Exactamente —dice James—. No se trata de ser el más rudo del barrio, sino de estrategia.

—Estrategia mis narices —replica Tarquin, con fuego en los ojos—. Se trata de sobrevivir.

—¿Por qué no puede ser ambas cosas? —pregunto, muriéndome por preguntarle si está dejando que sus sentimientos personales se interpongan, pero hasta que él confiese lo del sexo, no le daré esa satisfacción. Imbécil.

Tarquin me fulmina con la mirada, pero no puede discutir la verdad. James nos ha mantenido vivos todo este tiempo, planeando movimientos como un gran maestro, siempre diez pasos por delante. No llegamos a donde estamos actuando por impulso.

—Bien —concede Tarquin entre dientes, sus ojos aún manteniendo ese fuego temerario. Golpea la mesa con el puño—. Pero si algo le pasa a Eliza...

—No le va a pasar nada —le interrumpo, mirándole con tanta dureza que podría agujerearle la cabeza—. Esa es la razón por la que estamos aquí. Lo haremos bien. Fin de la historia.

Me vuelvo hacia el resto de la sala, captando el asentimiento de Oliver y la mirada firme de James. Saben lo que está en juego, igual que yo. Estamos en aguas profundas, y hay tiburones rondando. Un movimiento en falso, y será su sangre en el agua.

—Preparación. Coordinación —mi voz es baja, exigiendo atención—. Necesitamos ojos en todas partes. Rastreamos los patrones de David, establecemos vigilancia y cubrimos todos los ángulos posibles. Cuando ataquemos, será silencioso, mortal y enviará un mensaje.

—Exactamente —me respalda James—. Reúnan todo lo que puedan. No dejaremos nada al azar.

—Manos a la obra —miro a cada hombre por turno. Esto no es solo cuestión de poder; es personal. Y que Dios ayude al hombre que intente arrebatar a nuestra Reina de sus Reyes.

—Proteger a Eliza. Proteger a Los Reyes. Esa es la misión —declaro, sintiendo el peso de la corona que todos llevamos. Es pesada, empapada en sangre y secretos, pero es nuestra, y nadie, especialmente no un pequeño punk como David Grenville, nos la va a arrancar de la cabeza.

—James, todo depende de ti. Haremos lo que podamos, pero al final, es tu trabajo.

—No hay problema con eso.

Me apoyo contra la encimera y cierro los ojos por un segundo, obligando a mi mente a concentrarse. El rostro de Eliza aparece en mi mente: esos impresionantes ojos verdes, sus labios rojo cereza, su coño apretándose alrededor de mi polla.

Abro los ojos mientras doy por terminada la reunión y los veo salir, la puerta cerrándose tras Oliver. Ahora solo, mi mente corre, saltando de la logística del asesinato al rostro de Eliza, esos ojos que me leen por completo. Ella sabe que estoy jugando con ella, pero me pregunto si sabe por qué.

—Joder —murmuro. Este juego es peligroso, incluso mortal. Pero es la vida en la que nacimos, la vida en la que somos condenadamente buenos. No hay opción de echarse atrás, incluso si quisiéramos.

Me acerco a la ventana, con la mirada fija en nuestro territorio.

Las apuestas son altas. Un desliz, un error de cálculo, y todo podría venirse abajo. No puedo permitirme distraerme por cómo su cabello cae sobre sus hombros o cómo sus labios se entreabren ligeramente cuando planea su próximo movimiento.

Hacemos esto, y se abren las compuertas para que cualquiera que tenga algún problema con nosotros contraataque. La habilidad en esto tiene que ser poder. Control. Miedo. No aceptaré nada menos.

CAPÍTULO 15

ELIZA

Alianzas, juegos de poder... este campus bien podría ser un campo de batalla, y no soy ajena a la guerra mientras paseo por el patio aislado donde estoy bastante segura de que Tarquin y yo lo hicimos anoche.

Casi puedo sentir el peso del tatuaje en mi espalda. Un recordatorio permanente del legado que estoy obligada a mantener. Siempre he sabido que en la enredada red de lazos mafiosos, no se trata solo de a quién conoces, sino de quién sangraría por ti y viceversa.

Mis ojos captan movimiento al otro lado del patio a través de un hueco en los setos. Tarquin se apoya contra un roble, con los brazos cruzados sobre el pecho, la viva imagen del poder casual. Sé que es él, incluso sin estar lo suficientemente cerca para ver que no tiene la cicatriz bajo el ojo. Es idéntico a su gemelo en todos los demás aspectos, y me refiero a todos. Pero podría distinguirlos sin problema. Raphael es un líder. Es más rígido, silencioso e inquietante. Aunque no me metería con Tarquin ni en sus mejores días, es un poco menos amenazante para quienes miran de cerca.

Supongo que estoy mirando lo suficientemente cerca.

Su mirada se desliza en mi dirección, y me agacho de nuevo detrás de los setos. Necesito resolver esta mierda primero sin preocuparme por Tarq y sus delicadas emociones. No es que no me guste. Es una atracción innegable, magnética, pero involucrarme hace que sus problemas sean míos y los míos suyos. ¿Estamos listos para eso? Cada parte de mí grita que no.

Sé que las alianzas son moneda de cambio aquí: las fuertes, el tipo que puede cambiar el rumbo de cualquier guerra silenciosa librada en tonos susurrados y miradas persistentes. He visto lo suficiente en mi vida para entender que el poder no solo se hereda; se asegura con lazos forjados en el fuego y, sobre todo, lealtad.

Los acontecimientos de anoche pasan por mi mente; la presencia de Tarquin era una fortaleza, su apoyo no se daba a la ligera. Recuerdo cómo sus ojos se encontraron con los míos, feroces e inquebrantables, como si jurara silenciosamente interponerse entre el caos y yo. Eso no era solo músculo hablando; era estrategia. Conocía el juego que estábamos jugando.

Un escalofrío me recorre al recordarlo, una corriente eléctrica de peligro y deseo. Una cosa es tener a alguien que te cubra las espaldas en una pelea, y otra muy distinta cuando esa persona es Tarquin, cuya mera presencia impone respeto... y otros impulsos más primarios.

Necesito mantener la cabeza en el juego. Con Tarquin y los otros chicos, Los Reyes, podría tejer una red tan formidable que incluso mi padre estaría orgulloso. Mi camino está claro. Los aliados son necesarios, y pretendo asegurarlos con todos los recursos a mi disposición.

—Se acabó el tiempo de juego —susurro, sintiendo la adrenalina surgir. Sé lo que tengo que hacer.

Necesitamos una reunión. Tienen que saber lo que está en juego.

Pero entonces, la duda se desliza como una sombra al anochecer, pillándome con la guardia baja mientras susurra dulces inseguridades. ¿Me estoy excediendo? ¿Y si esto no es lo que ellos quieren o tenían en mente cuando empecé aquí?

Aprieto la mandíbula lo suficiente como para que duela, apartando la duda. Esto tiene que suceder. Sola, soy formidable; con ellos, soy intocable. Papá sabía lo que hacía cuando me colocó aquí, entre estos Reyes.

Mi pecho sube y baja con respiraciones rápidas, pero mi mirada es de acero mientras detengo mi paseo.

Me siento en el banco de piedra en la esquina del patio, la piedra calentada por el sol agradable bajo mi trasero mientras mi espalda se apoya contra la pared. Es una posición táctica que no permite sorpresas.

—Reyes —murmuro, la palabra sabiendo a destino y poder. Ellos lo poseen, lo comandan, y sin embargo aquí estoy, lista para reclamar mi corona junto a las suyas. Esto no se trata de ego; es supervivencia, es ascenso, es el juego que mi linaje ha jugado durante generaciones. Papá no crió a un peón; crió a una reina, una que sabe cuándo ceder y cuándo conquistar.

Este es el movimiento que puede forjarnos en leyendas o fracturar todo a su paso. Pero la vacilación es un lujo que no puedo permitirme.

No ahora. No con alguien como David Grenville pisándome los talones.

La brisa se levanta, hojas arremolinándose alrededor de mis pies.

Sintiendo ojos sobre mí, escaneo mis alrededores pero no encuentro nada. Frunzo el ceño, manteniendo mi mirada fija al frente ahora. He vivido mi vida en un mundo donde cada mirada contiene una amenaza, cada susurro es una posible traición. Si alguien tiene las agallas de espiarme, más les vale estar preparados para el infierno que está a punto de desatarse.

—Tu turno —susurro, mis palabras un desafío lanzado al aire. Estoy lista para lo que venga porque no me quiebro: me forjo.

CAPÍTULO 16

OLIVER

Lanzando una mirada a Tarquin, quien ha estado vigilando a Eliza durante la última hora, le hago un rápido gesto con la cabeza. Él responde levantándome el dedo medio con esa sonrisa irritante que a veces me divierte, pero que mayormente me cabrea. Arrogante de mierda.

Tomando su lugar junto al árbol, ajusto mi ángulo pero no puedo verla. Así que lo único que me queda por hacer es moverme.

Y ya que estoy en ello, bien podría ir directamente hacia ella.

Al acercarme al patio, la veo sentada en un banco de piedra, con la espalda pegada a la pared como si esperara que el infierno se desatara en cualquier momento.

Inteligente. Ventaja táctica.

Sus ojos, esas afiladas dagas esmeralda, atraviesan la quietud del patio. Es una visión, pero cada centímetro es el de un depredador: alerta, lista para saltar.

Joder. Es hermosa.

Me deslizo al descubierto, silencioso como la muerte. He dominado esta danza, moviéndome sin ser visto ni oído. Es parte del juego, parte de la vida.

Sus hombros se tensan, como una cuerda de arco estirada, luego se relajan cuando entro en su campo de visión.

—Oliver —su voz es firme, pero sus ojos revelan el pico de adrenalina que acaba de recorrerla—. Deberías saber que no es bueno sorprender a una tigresa.

—¿Tigresa? —resoplo—. ¿Así es como te ves a ti misma?

Ella se ríe, sin ofenderse fácilmente.

—¿Por qué coño no?

—¿Te importa si me siento?

Ella se encoge de hombros y se desliza a un lado.

—No es mío. Todavía.

—Todavía —afirmo, y ella me regala una sonrisa deslumbrante mientras me dejo caer en el banco a su lado, nuestros muslos casi tocándose.

Su mirada se detiene en la mía, una agudeza que corta a través de las sombras del patio.

—Parece que estás tramando problemas. O que los estás buscando.

Su risa es baja y ronca, un sonido que hace vibrar mis nervios, enroscándose apretadamente en mis entrañas y haciendo que mi polla se ponga en atención.

—¿Yo? ¿Problemas? Tú eres el que anda sorprendiendo a la gente en patios solitarios.

—Parte del encanto —bromeo, mis palabras entrelazándose con un toque de oscuridad apropiado para nuestro mundo retorcido—. Y tú, princesa del imperio Hughes, ¿estás aquí sola

porque...?

—A veces la reina necesita inspeccionar sus propias murallas —sus ojos nunca abandonan los míos, desafiantes, sin parpadear.

—¿Inspeccionando, eh? ¿Necesitas respaldo?

—¿De ti? —levanta la barbilla, aunque hay un destello de algo en sus ojos que sugiere que podría decir que sí—. Solo si prometes portarte bien.

—Esa es una promesa difícil de mantener —mi risa es una nota oscura que hace eco en las piedras que nos rodean—. Además, no está en la descripción del trabajo.

Ella sonríe con suficiencia, un brillo peligroso en esos ojos esmeralda.

—Menos mal que nunca me atengo a las descripciones, laborales o de otro tipo.

—¿Ah, sí? —la desafío, la comisura de mi boca curvándose hacia arriba. El aire entre nosotros es eléctrico, cada pulla verbal que intercambiamos nos ata más fuerte.

—Absolutamente. Hago mis propias reglas, Ollie.

—Entonces rompamos algunas —murmuro, lo suficientemente cerca ahora como para que su aliento se mezcle con el mío.

—Tranquilo, tigre —presiona un dedo contra mi pecho, pero su toque perdura, trazando las líneas de mis músculos—. No inicies un juego que no puedas terminar.

—¿Quién dice que no puedo terminarlo? —capturo su mano errante, presionándola contra mi corazón, que late con un ritmo feroz bajo su palma—. Yo juego para ganar.

Su risa sale ronca, y no se aparta.

—En este retorcido juego de ajedrez, yo siempre voy dos movimientos por delante.

—Entonces es una suerte que yo sobresalga en la improvisación —las palabras son nuestras armas, y las manejamos con destreza, cada frase una pincelada que pinta el deseo en trazos vívidos sobre el oscuro lienzo de nuestro mundo.

—Improvisa esto —contraataca, su mirada cayendo hacia mi boca y demorándose un momento demasiado largo, un desafío grabado en cada curva de sus labios.

—Cuidado, Eliza —mi voz se vuelve más profunda a medida que la excitación aumenta—. Sigue tentándome, y puede que consigas justo lo que estás pidiendo.

—Promesas, promesas —se burla, su lenguaje corporal abierto, invitando al conflicto y anhelando su resolución al mismo tiempo.

Con una lenta sonrisa, me reclino, estirando mi brazo a lo largo del respaldo del muro bajo. Me sorprendo mirando fijamente su perfil, silueteado contra la luz, y algo en mí cambia, algo vulnerable.

—Me estás mirando como si quisieras besarme. ¿Te estás ablandando, Ollie, o siempre has sido así? —dice sin mirarme, su voz baja y ronca.

—"Blando" no es una palabra en mi vocabulario —replico, pero el filo de mis palabras está ausente—. Pero admito que hay algo en ti que se me mete bajo la piel.

—¿Ah, sí? —gira la cabeza, sus penetrantes ojos verdes escudriñando, siempre escudriñando —. No eres el único con ese sentimiento.

—Supongo que entonces ambos estamos jodidos —La comisura de mi boca se eleva a pesar de la opresión en mi pecho. Nunca he dejado que nadie se acerque tanto, pero Eliza es como una sirena, atrayéndome hacia aguas que he pasado toda una vida evitando.

—O quizás apenas estamos empezando —Su mirada no vacila, y es como si viera a través de la fachada, hasta el núcleo de quién soy, o quién podría ser con ella.

—Creciendo en el sector financiero de nuestro mundo, es despiadado. Aprendes a contar cartas muy joven; es la primera prueba para jugar al hombre, no al juego —Hago una pausa,

evaluando su reacción mientras revelo fragmentos de un pasado que rara vez reconozco—. Mi viejo es un tiburón, frío y calculador. No crió a un hijo; forjó un arma.

—Suena familiar —murmura, moviéndose ligeramente para enfrentarme más directamente.

—Y solitario, pero esa soledad era un precio pequeño a pagar por la supervivencia. No muestras debilidad, a menos que quieras ser devorado.

—Sin embargo, aquí estás, hablando conmigo —No hay juicio en su tono, solo un innegable hilo de comprensión que vincula su historia con la mía.

—Sí. Somos uno y lo mismo, Eliza. Todos aquí podrían decir lo mismo, pero las cuatro familias... somos diferentes. Forjados por los mejores y nacidos para sembrar el caos.

Esto es más de lo que le he contado a nadie antes, incluso si pudiera ser obvio, las palabras que salen de mi boca son una novedad que rápidamente se está desgastando. Es un riesgo, una grieta en mi escudo, pero con Eliza, se siente como si la apuesta pudiera valer la pena.

—Las cicatrices hacen mejores historias de todos modos —dice ella, su propia admisión mezclándose con la mía. Se acerca más, su muslo roza contra el mío, enviando una descarga de conciencia a través de mí—. En mi familia, aprendes a leer el ambiente antes de poder caminar.

—Habilidad útil —murmuro, sintiendo el calor de su piel filtrarse en la mía.

—Esencial —coincide.

El aroma de su perfume, algo floral con un toque de peligro, me envuelve. Quiero más; quiero ahogarme en él.

Su mirada nunca vacila, feroz e implacable. —Sabes, Oliver, la mayoría de los hombres estarían aterrorizados a estas alturas.

—¿Aterrorizados? —Ha despertado mi curiosidad—. ¿De qué?

—Del hecho de que puedo jugar el juego tan bien como ellos —afirma, su confianza tan seductora como absoluta.

—No es mentira. Menos mal que no soy como la mayoría de los hombres —Mi mano encuentra su camino hacia su rostro, los dedos temblando ligeramente con la intensidad del momento. Su piel está cálida bajo mi toque, más suave de lo que imaginé.

—Muy buena cosa —susurra.

Mi pulgar recorre su mandíbula, acelerando su pulso. La tensión entre nosotros es un cable vivo, chispeando y siseando con la promesa de algo más.

Ella salva la distancia entre nosotros con un movimiento rápido y fluido que habla volúmenes de su crianza en un mundo donde la vacilación puede costarte todo. Sus labios chocan contra los míos, feroces y exigentes, una tormenta de pasión que me deja tambaleando a su paso.

Su audacia me toma por sorpresa; es como recibir una bala que nunca vi venir, un impacto dulce y abrasador que enciende cada nervio de mi cuerpo. El beso es un choque de poder y vulnerabilidad, su asertividad luchando contra la sorpresa que me deja momentáneamente indefenso.

Joder, besa como lidera: implacable y apasionada.

El tiempo se disuelve a nuestro alrededor, cada segundo extendiéndose hasta el infinito mientras nos perdemos en la cruda intensidad de nuestra conexión. La sensación de sus curvas presionadas contra mí envía una oleada de deseo directo a mi polla, caliente y potente.

Sus dedos se enredan en mi cabello, atrayéndome más cerca como si la distancia fuera ahora el enemigo. Somos un lío de extremidades y alientos compartidos, nuestros cuerpos entrelazados firmemente como si ninguno de los dos quisiera soltarse.

—Eliza —gimo contra su boca. Nuestros deseos se retuercen y se enredan, dos llamas fusionándose en un infierno.

Ella se aparta lo suficiente para mirarme a los ojos, los suyos encendidos con fuego. —Oliver —jadea ligeramente, y el sonido es una llave girando en una cerradura que no sabía que existía. No hay vuelta atrás desde esto, no es que quisiera hacerlo.

La necesidad de respirar nos obliga a separarnos, con los pechos agitados, el fresco aire otoñal una sacudida para nuestra piel sobrecalentada. No estoy listo para dejarla ir, pero la realidad se estrella de vuelta con la amenaza persistente que ensombrece nuestras vidas. La sangre mafiosa corre por nuestras venas, un recordatorio constante de que cada momento robado es un tesoro en nuestro peligroso mundo.

—Cuidado, amor —murmuro, mi pulgar rozando sus labios ligeramente separados, hinchados por nuestro beso—. Estamos jugando con fuego aquí.

Su suave risa baila a través de la tensión. —¿No es eso lo que hacemos mejor? —Hay un desafío en su tono, el mismo atrevimiento que define cada uno de sus movimientos en el traicionero juego que llamamos vida.

Una sonrisa reluctante tira de mis labios. —Algo me dice que vas a ser mi muerte, Eliza Hughes.

—Solo si tienes suerte —bromea, su audacia un reflejo del poder que ejerce, incluso sentada aquí a mi lado.

A regañadientes, nos desenredamos el uno del otro, la ausencia de su calor inmediata y protestante. Pero la promesa persiste, un hilo invisible que nos une, desafiando el caos de nuestro mundo.

—Hasta la próxima —dice, levantándose con gracia, la reina de su dominio alzándose de su trono.

—Hasta la próxima —confirmo, levantándome con ella mientras indica con un gesto de su cabeza que debo seguirla.

CAPÍTULO 17

ELIZA

Oliver y yo llegamos a la pesada puerta principal de la mansión, y la empujo para abrirla; el familiar aroma a madera vieja y secretos nos da la bienvenida a casa.

Mis labios están hinchados por el beso de Ollie y eso solo lo hace aún más divertido cuando entro a zancadas en la sala de estar y me encuentro frente a Raphael, Tarquin y James. Están holgazaneando, cada uno ocupado en lo suyo.

Levantan la mirada, sus rostros cambiando como si intentaran leer el final de una historia desde la mitad.

—Chicos —comienzo, mi voz cortando a través de sus tonos silenciosos—, tengo algo que decir.

Raphael se endereza en su silla, los labios de Tarquin se curvan en una media sonrisa, y James inclina la cabeza, entrecerrando los ojos. Oliver se mantiene cerca, como si no pudiera soportar alejarse. El beso fue tan bueno que el hecho de que terminara allí fue algo parecido a un milagro.

—Este es el trato —digo, mirando a cada uno de ellos—. Necesito sus armas, sus agallas y, lo más importante, su lealtad. Formamos una alianza inquebrantable, no solo por mi bien, sino por la supervivencia y el triunfo de todos nosotros.

Sus expresiones son una baraja mezclada: curiosidad, interés y deseo. Pero debajo de todo, veo los primeros destellos de unidad que podrían encenderse en un incendio.

La ceja de Raphael se arquea cuando nuestras miradas chocan. Es la primera vez que realmente me mira desde que llegué aquí. Se recuesta, cruzando los brazos sobre el pecho en un claro desafío.

—Eliza —dice con voz suave como la seda pero con un filo que podría cortar el vidrio—. ¿Por qué el repentino deseo de aliarse? ¿Por qué deberían Los Reyes unirse a ti?

—Raphael —digo, con un tono uniforme—, no se trata de caprichos. Se trata de supervivencia. La fuerza que tenemos individualmente es formidable, pero ¿juntos? —Hago una pausa por una fracción, dejando que las palabras se hundan—. Juntos, nos convertimos en una fuerza con la que nadie puede lidiar. Creamos un legado que nos sobrevivirá a todos.

Sus ojos azules sostienen los míos, buscando, sondeando cualquier signo de debilidad. Pero no le doy nada más que la cruda verdad.

—Piénsalo. Tenemos el músculo, el cerebro y las agallas para gobernar verdaderamente el Castillo. Unidos, eliminamos las amenazas antes de que siquiera se atrevan a surgir. Derribamos a cualquiera que se oponga a nosotros. No más andar a tientas en las sombras. Reclamamos el trono que nos pertenece por derecho.

El silencio se extiende entre nosotros, pero siento la intriga.

Una risa corta la tensión, haciéndome sentir como si me hubiera perdido el chiste mientras Tarquin se inclina hacia adelante, su mirada azur recorriéndome con un calor que podría abrasar. —Eliza —dice con voz arrastrada, con picardía bailando en sus ojos—, no estás tratando de mantenernos cerca solo por estrategia, ¿verdad? Parece que podrías tener otros planes para tener a todos Los Reyes envueltos alrededor de tu dedo meñique.

La risa es fácil en sus labios, y a pesar del peso del momento, las comisuras de mi boca se curvan hacia arriba.

—Tarquin —respondo, desviando con una broma—, ya quisieras. —Pero su coqueteo sirve como recordatorio: debajo de nuestros bordes ásperos y peligrosos enlaces, hay una corriente subyacente de algo más, algo que nos une más allá de los juegos de poder.

Antes de que el intercambio pueda alejarse de mi propuesta bastante torpe, la voz de James, un timbre bajo que exige su propio tipo de atención, interrumpe. —¿Has pensado bien en esto?

—Sí —digo, sosteniendo su mirada firme—. Se trata de forjar un reino donde cada uno de nosotros pueda prosperar. No solo sobrevivir, sino reinar supremo. Todos sabéis quién soy y lo que se espera de mí. Ninguno sabe que haré cualquier cosa para cumplir con esa expectativa y superarla, para ser yo misma y no la hija de mi padre. Pero no puedo hacerlo sola, y desde luego no puedo hacerlo con pequeños imbéciles como David Grenville zumbando alrededor de mi cabeza como un jodido mosquito molesto.

La idea flota pesada en el aire, potente y prometedora. El juego está cambiando, y con estos hombres a mi lado, estoy lista.

Oliver se acerca, y la luz refleja el filo acerado en sus ojos. —Te he visto maniobrar a través de cada obstáculo que se ha interpuesto en tu camino —comienza, su voz un rumor bajo que resuena con convicción—. No solo das un paso al frente; siempre vas diez pasos por delante. Por eso esta alianza será nuestra carta del triunfo.

Una sonrisa de suficiencia se dibuja en la comisura de mi boca mientras lo observo, sintiendo el peso de su mirada como el beso que compartimos antes.

La energía de la habitación cambia entonces, cargada de contemplación. El pesado silencio no es incómodo, es expectante, como el momento antes de que caiga un rayo. Raphael, el único cuya opinión puede inclinar esto a mi favor o dejarme fuera, se inclina hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, con los ojos fijos en mí. Asiente una vez, decididamente. —Tú lideras, nosotros seguimos. Si estoy dentro, estoy jodidamente dentro del todo.

Mi mirada se detiene en la suya antes de desviarse hacia Tarquin. —Ahora, ¿dónde he oído eso antes?

Los labios de Tarquin se curvan en una sonrisa, que yo devuelvo.

James se pone de pie, la fuerza silenciosa en su postura imposible de ignorar. —Te cubrimos las espaldas, Eliza —dice, y hay un filo en su voz, un tono de acero. Es lealtad, del tipo que se ha forjado en el fuego y no se romperá fácilmente.

Pero plantea la pregunta de por qué tan rápido. De nuevo, siento como si hubiera entrado en medio de algo y no me hubiera puesto al día completamente.

—Entonces está decidido —digo, mirando a los ojos a cada uno de ellos—. A partir de ahora, nos movemos como uno solo. Imparables.

Raphael saca su navaja mientras se levanta, su filo plateado brillando de manera ominosa, y sin dudarlo, agarra un cuenco decorativo de porcelana blanca de la mesa lateral. Lo coloca en la mesa de café y luego corta la palma de su mano con su cuchillo. La gota carmesí de sangre gotea, manchando la inmaculada porcelana.

—Sangre por sangre —murmura.

Tarquin se levanta y saca su propio cuchillo, repitiendo las acciones de Raphael. —Sangre por sangre —repite.

James, con sus ojos sin dejar los míos mientras repite el mantra, corta su palma con un estilete muy delgado que me hace agua la boca. —Sangre por sangre —murmura.

Oliver sonríe, cortando su piel sin inmutarse, y añade su sangre a la mezcla. —Sangre por sangre.

Mientras saco lentamente a Felicity, mantengo firmemente mi mano sobre el cuenco. Al cortar una herida profunda en la palma de mi mano izquierda, mis pezones se endurecen y mi coño se humedece. El dolor es agudo, un recordatorio de lo que está en juego. —Sangre por sangre —susurro, dejando caer mi sangre, mezclándose con la de ellos. Con estos hombres a mi lado, el reinado de Castle apenas ha comenzado.

—Reina del Castillo —dice Raphael, esa mirada profunda escrutando la mía.

—Reina del Castillo —murmuran los demás.

—Hora de reinar —susurro, con el sabor del hierro en mi boca mientras presiono mi palma sangrante contra mis labios, sellando el juramento con un beso.

CAPÍTULO 18

ELIZA

—La mierda duele diferente cuando viene de tu propia sangre —murmuro, entrecerrando los ojos ante el brillo de la pantalla de mi teléfono en la penumbra de mi habitación. El mensaje es críptico, una serie de números y letras que parecería sin sentido para cualquiera que no haya sido criado por mi padre. Pero para mí, está claro como el agua: papá me está metiendo en algún juego peligroso, y esta vez, es contra los Scott, uno de nuestros muchos rivales.

Cerrando los ojos, intento pensar si hay alguien aquí en Castle de esta familia. El nombre no me suena para contrapartes de la nueva generación. No sé si eso es bueno o malo.

—Eliza, ¿estás despierta? —La voz de Raphael es suave al otro lado de la puerta, pero no menos letal.

Una parte de mí quiere permanecer en silencio, pero al final, murmuro:

—Sí.

Empuja la puerta para abrirla pero no entra, en su lugar se queda en el umbral como un pedo en una tormenta. Su mano está envuelta firmemente en una delgada tira de vendaje mientras cruza los brazos sobre su pecho y me lanza una mirada intensa en la oscuridad de la noche, iluminado por la luz del pasillo detrás de él.

—Sí me acuerdo —dice finalmente.

—¿De qué te acuerdas? —Quiero decir, que te jodan, idiota. Dos pueden jugar este juego.

Se ríe entre dientes.

—No te hagas la tímida, no te queda.

—Vas a tener que darme más detalles —respondo, siendo una perra terca porque se lo merece.

Se mueve dentro de la habitación y cierra la puerta, sumiéndonos de nuevo en la oscuridad.

—¿Demasiado tímido para hablarme a la cara?

Deja escapar una risa baja.

—Tal vez. Un hombre no olvida un coño como el tuyo envuelto alrededor de su polla, cariño.

—¿Entonces por qué fingir?

—Para atormentarte. Creo que lo logré, pero luego nos sorprendiste al venir a nosotros tan pronto con tu plan de alianza.

—¿Quieres decir que lo esperabas?

—Eventualmente. Es algo obvio, considerando quiénes somos nosotros y quién eres tú aquí.

—Hmm.

—Demostró agallas e inteligencia, Eliza. Estoy impresionado. Pensé que intentarías luchar sola, metiéndote en problemas más profundos de los que tendríamos que sacarte.

Con la boca abierta, lo miro fijamente en la oscuridad.

—Tarquin no me sacó de ningún problema. Yo tenía todo bajo control. Si acaso, le salvé el culo.

—Sí, solo lo arrastraste al problema. Deberías venir a todos nosotros.

—Eso no es como funciona esto. Lo sabes tan bien como yo.

—Tal vez. Pero esta alianza ha cambiado las cosas ahora.

—Sí.

El silencio es ensordecedor ya que ninguno de los dos está dispuesto a avanzar con esta conversación. ¿De qué hablamos? ¿Del sexo? ¿O de la alianza? ¿O del mensaje de mi padre? Es un campo minado.

—Tengo algo caliente. —Decido ir con el mensaje de papá. Es más fácil—. Papá me ha enviado una misión. Quiere que me infiltre en el cuartel general de Ryan Scott y tome algunos documentos. Y antes de que preguntes por qué diablos quiere que haga esto, no tengo ni idea. Otra prueba, supongo.

—¿Scott? Eso es trabajo pesado —murmura, acercándose y agachándose para encender la lámpara de la mesita de noche—. Pero lo tenemos. Cualquier mierda que nos lancen, hemos visto cosas peores.

—¿Tenemos? —Levanto una ceja.

Sonríe con suficiencia.

—Tenemos.

—Entonces supongo que será mejor que reunamos a las tropas. Papá quiere que esto se haga esta noche.

—Y nadie hace esperar a Damon Hughes.

Intercambiamos una mirada de solidaridad.

—No me digas, Sherlock.

Saliendo de la cama, me quito la vieja camiseta por la cabeza, dejando que se dé un buen vistazo a mis tetas antes de ponerme un sujetador y meterme una camiseta negra de manga larga. Mis bragas negras quedan cubiertas por pantalones de combate negros, y me siento para ponerme calcetines negros y mis botas.

Abrochando la funda alrededor de mi cintura, meto a Flick y me ato el pelo en un moño ordenado, y todo el tiempo, Raphael me observa con esos ojos indescifrables.

—Eso es lo más excitante que he visto en mi vida —afirma, poniéndose de pie.

Dándole una sonrisa maliciosa, le respondo:

—Oh, cariño, aún no has visto nada.

Él se ríe y me guía fuera de mi habitación, gritando a los otros chicos que se nos unan abajo para planear la entrada y salida del cuartel general de Scott con el menor derramamiento de sangre posible.

Nos reunimos en la cocina, con tragos de expreso corriendo por nuestras venas para despertar nuestros traseros que estaban a punto de irse a dormir por la noche.

—Muy bien, cabrones, ojos en mí —ordeno, y todos dejan de hacer lo que sea que estén haciendo y me miran. Coloco mi teléfono en el centro de la mesa para que todos puedan ver el mensaje codificado.

—La misión de esta noche —comienzo, echando los hombros hacia atrás—. Vamos a golpear a Ryan Scott donde más le duele. Papá querido quiere unos documentos, no me pregunten de qué tipo, probablemente sea algo que lo joda por completo.

—Esos documentos podrían tener información que todos podríamos usar a nuestro favor —

señala Oliver.

—Mira qué listo te has vuelto —murmura James con una sonrisa astuta. Oliver le hace una peineta sin perder el ritmo.

Tarquin deja de caminar de un lado a otro y se inclina sobre la mesa.

—Entonces, ¿cómo queremos jugar esto? ¿Un asalto frontal o más bien sigiloso?

—Prefiero que mis hombres sean frontales —sonrío con picardía, viendo cómo la mirada de Raphael se enciende desde el otro lado de la habitación.

—Guárdatelo para después —me dice con una sonrisa torcida—. Celebraremos cuando terminemos este trabajo.

Los labios de Tarquin se curvan en una media sonrisa, sus ojos yendo y viniendo entre Raphael y yo.

—Las celebraciones suenan prometedoras —bromea—, pero volvamos al negocio. Yo digo que vayamos sigilosos. Menos bajas, menos ruido, entrar y salir.

James asiente en acuerdo, sus dedos tamborileando un ritmo irregular en la mesa.

—De acuerdo. Scott va a tener ese lugar más cerrado que el coño de una monja.

—Gracias, James, por esa vívida imagen —interrumpe Oliver secamente, poniendo los ojos en blanco.

Aplaudo una vez para recuperar la concentración.

—Bien, entonces. Sigiloso será. Entramos, conseguimos la mercancía, salimos. Nada de heroísmos. —Les dirijo a cada uno una mirada penetrante.

Raphael cruza los brazos, apoyándose en la encimera con esa mirada de depredador.

—Van a necesitar una distracción —dice pensativo.

Oliver se anima.

—Tengo algo de tecnología que podría ayudar con eso. Bloquear su sistema de seguridad el tiempo suficiente para que nos deslicemos.

—Bien hecho —digo, asintiendo hacia Oliver—. Prepáralo.

El aire en la habitación se carga de anticipación mientras el plan comienza a tomar forma pieza por pieza.

James se inclina hacia adelante, con picardía bailando en sus ojos.

—¿Y cuál es nuestra estrategia de salida?

Golpeo con el dedo la superficie de la encimera.

—Ahí es donde entra Tarquin. Tiene una de esas caras que son demasiado bonitas para sospechar. Será nuestro caballo de Troya, colocando el coche de escape en su lugar.

Tarquin me hace un saludo burlón.

—Puedes contar conmigo, jefa.

—Oye —murmura Raphael, señalando su cara idéntica.

—Lo siento, cariño, esa cicatriz es decididamente de chico malo.

Él se ríe, y yo sonrío, genuina y ligeramente tonta, como una pardilla. Su confesión de medianoche ha aliviado la tensión que se estaba acumulando, y ahora es como si hubiéramos estado haciendo esto desde siempre.

—Más te vale no cagarla —advierte Raphael, pero hay un toque de broma en su tono.

—¿Acaso no cumplo siempre? —responde Tarquin, guiñándome un ojo.

Asiento, satisfecha, y me pongo de pie.

—James, tú estarás de vigilante con ese ojo de águila Blackthorne. Raph y Ollie, ustedes vienen conmigo. Bien, todos conocen su papel. Nos movemos en quince minutos. Equipaos y encontrémonos en la puerta trasera.

—Raph —murmura Raphael, dándome una sonrisa perezosa.

—Tu nombre es bonito, pero es una maldita molestia de pronunciar.

—Inserta chiste aquí —se ríe Ollie, haciéndome reír también.

Se dispersan como soldados bien entrenados, cada uno a sus propios aposentos para recoger lo que necesitan para la tarea que tienen por delante. Me dirijo de vuelta a mi habitación y abro la bolsa escondida en el armario. Si voy a entrar en ese nido de víboras, necesito algo más que a Flick. Saco una Glock compacta con silenciador, la deslizo en la parte trasera de mis pantalones y compruebo mi reflejo en el espejo mientras me pongo mi chaqueta de cuero.

¿Perra dura? Listo.

De vuelta abajo, con todos equipados y listos, salimos en silencio por la puerta trasera hacia el fresco aire nocturno. Oliver me pasa un auricular antes de que nos amontonemos en dos vehículos separados: yo con Raphael y Tarquin, James y Oliver en otro, en caso de que necesitemos separarnos. —Sincronicen sus comunicadores —instruye Oliver a través del auricular mientras se pone al volante de su coche.

Hacemos una rápida comprobación de radio antes de que Raphael acelere el motor y salga disparado hacia la calle. La tensión es palpable, la anticipación se enrosca en mis entrañas mientras nos acercamos al cuartel general de Ryan Scott.

Tarquin y yo estamos en el asiento trasero, revisando nuestras armas con facilidad practicada, mientras las manos de Raphael agarran el volante como si fuera una extensión de su propio cuerpo. Media hora después, nos dirigimos a través de la ciudad donde está el cuartel general de Scott, y todo se vuelve claro. Yo estaba más cerca. Por eso papá me contactó a mí, no porque sea la mejor mujer para el trabajo.

Bueno, el bautismo de fuego y yo no somos extraños, así que allá vamos, supongo.

Nos movemos por la ciudad, los edificios pasan en un borrón. La voz de Ollie crepita en nuestros oídos, manteniéndonos actualizados sobre su posición.

—Girando hacia Clyde —murmura—. Sin señales de que nos sigan.

El coche reduce la velocidad cuando nos acercamos a una zona industrial: almacenes y callejones oscuros derraman sombras en nuestro camino. Raphael aparca a una manzana de nuestro objetivo, apagando el motor y las luces al mismo tiempo.

—Caminamos desde aquí —dice en voz baja mientras nos deslizamos fuera del coche.

Tres de nosotros avanzamos mientras Tarq y James se deslizan en la oscuridad para ocuparse de sus tareas. Mi corazón golpea contra mis costillas como si quisiera liberarse. Pero es la emoción lo que corre por mis venas, no el miedo. Esto es por lo que vivo.

Ollie sostiene un elegante dispositivo negro no más grande que un mazo de cartas. —El inhibidor de señal está listo —susurra—. Cinco minutos y contando.

Sin decir otra palabra, Raphael, Oliver y yo nos dirigimos hacia la entrada trasera del edificio, cada paso deliberado, nuestros movimientos silenciosos. Incluso en la oscura noche, mis ojos se adaptan rápidamente.

El almacén es una estructura imponente de hormigón gris y acero. Pero toda fortaleza tiene una entrada.

—Y una salida —murmuro.

Raphael toma la delantera. Señala una cámara de seguridad sobre la puerta, su luz roja parpadeando rítmicamente.

—Me encargo —murmura Ollie.

Pasan unos segundos antes de que la luz de la cámara se apague.

—Esa es nuestra señal —exhalo.

Raphael fuerza la cerradura con una facilidad que me provoca una emoción retorcida. La puerta se abre con un suave chirrido, y la oscuridad nos engulle cuando entramos.

Navegamos a través del laberinto de cajas y contenedores, guiados por los susurros direccionales de Ollie en nuestros oídos. El aire está viciado, apestando a aceite y metal. Agarro a Flick y la saco de la funda, lista para cualquier cosa que pueda saltar sobre nosotros.

Entonces un suave pitido señala que el inhibidor de Ollie ha llegado a cero. —Se acabó el tiempo —dice tensamente.

—Hora de actuar —responde Raphael, su voz baja y peligrosa.

Nos separamos en dos; Oliver se dirige arriba para encargarse de la seguridad secundaria desde dentro mientras Raphael y yo nos dirigimos directamente a la oficina privada de Scott, el premio gordo donde guarda sus registros sucios y documentos de flujo de efectivo.

—Contacto —la voz de James sisea a través del auricular—, tengo un par de noctámbulos dirigiéndose al edificio.

La información apenas se registra antes de que dos siluetas voluminosas doblen una esquina delante. Me presiono contra una caja, mi corazón latiendo un ritmo feroz. Raphael es una sombra contra la pared, silencioso como la muerte.

—No te preocupes, los tengo a la vista desde dentro —nos tranquiliza Oliver, su voz sonando casi aburrida—. ¿Te estás ablandando ahí fuera, Jimbo? ¿Dónde está el pum-pum?

—Que te jodan —llega la respuesta, haciéndome apretar los labios para no reírme—. Sigilo, no fuerza; creí que estábamos de acuerdo.

Raphael me mira con severidad mientras intento no estallar en risitas y asiente; estamos listos. Cuando los dos hombres entran en nuestro campo de visión, claramente sin esperar problemas, salto. Sin vacilación. Flick canta en mi mano, un susurro afilado al encontrarse con la carne, cortando su garganta antes de que sepa qué lo golpeó.

—Al carajo con el sigilo —jadeo, sintiendo el poder de un asesinato dispararse directo a mi entrepierna. Giro para asistir a Raphael, pero él despacha al segundo guardia con eficiente brutalidad y derramamiento de sangre.

—Despejado —murmura Raphael.

Arrastramos los cuerpos fuera de la vista, y aprecio la oscura simetría entre nosotros. Esta danza de violencia, es parte de quienes somos.

La risa de Oliver en nuestros oídos rompe el silencio momentáneo.

—Buenos movimientos.

Me limpio las manos en los vaqueros como si pudiera deshacerme del recordatorio visceral de lo que hacemos para sobrevivir en esta vida.

—Oliver, ¿estado?

—Acceso concedido —responde con suficiencia—. Sus sistemas están iluminados como un árbol de Navidad para mí.

Raphael y yo intercambiamos una mirada y luego avanzamos una vez más, adentrándonos en las entrañas del cuartel general de Scott.

A medida que nos acercamos a la oficina de Scott, el aire se vuelve más denso con amenaza y promesa. Nos deslizamos dentro sin que las bisagras de la puerta emitan siquiera un chirrido; la operación transcurre más suave que la seda hasta ahora, pero sé que no debo bajar la guardia. Dentro, la oficina es lujosa con cuero y madera oscura, muy lejos del sombrío exterior del almacén. Según la información de mi padre, la caja fuerte está escondida detrás de un cuadro de alguna escena paisajística pomposa.

Raphael está a mi lado en un instante.

—Cúbreme —murmura, inclinándose sobre la caja fuerte. Saca un pequeño dispositivo del bolsillo de su chaqueta diseñado para abrir cualquier caja fuerte electrónica.

Los mecanismos dentro de la caja fuerte hacen clic mientras trabaja, el sonido más satisfactorio que cualquier melodía.

—¿Algo? —la voz de Tarquin llega, teñida de preocupación.

—Trabajando en ello —responde Raphael, su concentración inquebrantable.

Escaneo la habitación, Flick lista en mi mano, cada músculo tenso en busca de señales de problemas.

El suave pitido de la caja fuerte al desbloquearse me hace moverme hacia él. Raphael abre la puerta de golpe para revelar pilas de dinero en efectivo y archivos: bingo.

—Estamos dentro. Cogiendo lo que necesitamos ahora —susurro en los comunicadores mientras me estiro para agarrar la pila de archivos que papá me dijo que estarían allí. No sé qué hay en ellos; no me importa una mierda—. Vámonos.

Lidero el camino de vuelta a través del laberinto de cajas y sombras. Cada paso que damos es otra victoria, cada respiración una promesa de que saldremos de esto más fuertes que nunca.

Oliver se une a nosotros mientras nos apresuramos de vuelta por donde vinimos y toma el mando, guiándonos por una alegre ruta, pero una que evita más confrontaciones y muertes.

El aire nocturno nos golpea, frío y fresco, cuando emergemos del almacén, los secretos robados de nuestros enemigos aferrados en mis manos.

Pero nuestra victoria es efímera.

—Compañía —gruñe Raphael, y la tensión lo atraviesa como un latigazo. Ya se está moviendo, una sombra silenciosa que se desliza entre nosotros y la amenaza inminente.

—¿James?

—Considéralos muertos —murmura, y un segundo después, el sonido de cuerpos golpeando el suelo llena nuestros sentidos altamente afinados—. Muevan.

—¿Tarq?

—Aquí.

—Hora de desaparecer —digo, y nos fundimos en la oscuridad, deslizándonos en el coche con Tarquin al volante, dando la vuelta para recoger el otro vehículo.

—¿Me perdí de algo?

—Solo una fiesta —digo con una sonrisa, que él devuelve.

La sangre y la adrenalina bombean ferozmente por mis venas mientras nos deslizamos a través de la noche hacia casa. La misión ha quedado atrás; ahora, se trata de volver a la base sin dejar rastro.

—Mierda, Eliza, seguro que sabes cómo hacer interesante una noche —murmura Raph.

—Interesante es una palabra para describirlo —respondo, mi cuerpo en alerta máxima, cada sentido sintonizado con el entorno que nos rodea.

—Después de esto, creo que merecemos una pequeña celebración, ¿no crees? —Sus ojos, oscuros en la noche, taladran los míos y siento que el sudor comienza a formarse.

—Tal vez —murmuro—. A salvo y seguros, por ahora —digo mientras llegamos a la privacidad de nuestra residencia compartida, escondida de miradas indiscretas.

CAPÍTULO 19

TARQUIN

Cada nervio de mi cuerpo está como un cable vivo. El atraco de esta noche ha dejado un hormigueo bajo mi piel que solo Eliza puede calmar. Raph está justo a mi lado, silencioso como un fantasma, su mirada fija en ella tan intensamente como la mía mientras sube las escaleras.

Ese andar suyo, todo poder controlado y gracia fluida, me hace cosas. Cosas que ni siquiera puedo intentar domar.

Raph gruñe en acuerdo, un sonido bajo y gutural, conociendo mis pensamientos como siempre lo hace. No he dicho ni una palabra sobre el polvo duro y rápido en el patio, pero él lo sabe. Como yo sé que él también ha estado con ella. No sé cuándo, no puedo ubicar el momento, pero lo sé. Es instintivo. Moviéndonos como uno solo, la seguimos sigilosamente, Reyes tras una Reina. Ella no mira atrás, pero juro que sabe que estamos aquí - cada uno de sus movimientos es como un desafío tácito.

Me muero por tocarla como mi cuerpo necesita. Lento y deliberado, para reclamar, para recordarle que esta noche está lejos de terminar.

Mientras Eliza se desliza hacia la puerta de su dormitorio, sé que estamos a punto de cruzar una línea que lo cambiará todo. No solo la deseo; la necesito, feroz y absolutamente, y por el hambre en los ojos de Raph, puedo decir que él siente lo mismo.

James y Oliver no son parte de esto. Aún no. Ella es nuestra primero. Lo sabe tan bien como nosotros.

Eliza deja la puerta abierta, una invitación que sabe que ya estamos aquí para aceptar.

Está de pie junto a la ventana, y me quedo impactado —jodidamente impresionado— por la mujer que exige respeto y deseo sin pronunciar una sola palabra.

Se gira, lenta y deliberadamente, y joder, es como ver salir el sol después de una vida de oscuridad. Esa sonrisa suya conocedora, afilada como una navaja, atraviesa cada defensa que jamás haya tenido.

—Cierra la puerta —murmura.

No hay necesidad de palabras mientras la cierro de una patada, dejando fuera al resto del mundo, quedando los tres en esta burbuja para pecar hasta el amanecer.

La acechamos, Raph va a la derecha, yo a la izquierda. Rodeamos sus sentidos, y ella no sabe hacia dónde mirar primero. Está atrapada, y lo sabe. Así que cierra los ojos con una lenta sonrisa.

Desde detrás de ella, mis manos encuentran su cintura, atrayéndola hasta que el calor de su cuerpo quema contra el mío.

Raph cae de rodillas frente a ella, desabrochando la funda mientras yo saco la pistola de la parte trasera de sus pantalones. El cinturón cae al suelo mientras coloco la Glock cuidadosamente

en la cómoda antes de volver a ella. Raph le quita las botas, sacándoselas junto con los calcetines antes de deslizar sus manos por sus piernas para desabrocharle los pantalones. El botón se abre con un chasquido, mi señal para agarrar el dobladillo de su camiseta y quitársela por la cabeza. Los ojos de Raph se fijan en el pequeño vendaje pegado a su costado, y se oscurecen.

Él le quita los pantalones y la ropa interior mientras ella arquea la espalda para que yo le desabroche el sujetador. Cae al suelo, olvidado mientras beso su hombro, manteniendo mis ojos en Raph. Está nada menos que furioso.

Sus manos se demoran en sus caderas, su boca plantando suaves besos sobre su estómago antes de que alcance y le arranque el vendaje con un tirón rápido.

—¡Joder! —grita y lo mira furiosa—. Avisa la próxima vez, imbécil.

—Necesitaba ver qué tan comprometida estabas.

—Debes haberlo visto antes cuando me vestí. ¿Por qué simplemente no preguntar? —sisea.

—Estaba esperando que hablaras, que nos pidieras que te cubriéramos, lo que fuera. Pero no lo hiciste. Te lanzaste directamente al pozo sin pensar en ti misma o en nosotros. —Se levanta, absolutamente furioso—. Y tú... —Me señala—. Tú sabías de esto, ¿no? Fue de la otra noche cuando ustedes dos decidieron irse por su cuenta.

—Lo sabía —respondo con firmeza mientras Eliza sisea como una serpiente—. También sabía que no era grave. Ya está sanando. Es una leve molestia, no una herida mortal que la detenga.

—Joder —gruñe Raph—. No importa. Todos podríamos haber tenido una suerte mucho peor por esto.

—Entonces, ¿por qué no lo mencionaste antes? —gruñe Eliza, sus tetas balanceándose mientras se vuelve hacia él, con las manos en las caderas, completamente desnuda y gloriosa.

—Ya te lo dije.

—Y aun así nos dejaste continuar como si nada, ¿cuál es el problema?

—No, no lo hice. Los maniobré a todos a las posiciones que quería. ¿Ni siquiera notaste que estaba cubriendo tu lado izquierdo? —Se pasa la mano por el pelo con frustración.

Suspiro y dejo caer los hombros. Iba a ser una noche tan prometedora, y ahora todo se ha ido al carajo porque Raph es un capullo que no pudo esperar para criticarla por no revelar una lesión.

—No necesito que me cubran —espeta ella—. ¡Cómo te atreves a asumir nada sobre mí!

La mandíbula de Raph se tensa, su ira aumenta, pero hay algo más: una feroz protección. —Y una mierda que no. Todos nos cubrimos las espaldas en esto. Así es como sobrevivimos, Eliza. No eres invencible, y nosotros tampoco. Juega inteligentemente o no juegues.

Ella da un paso adelante, acortando la distancia entre ellos, sus ojos verdes ardiendo. —No, no soy invencible —concede con un movimiento de cabeza—. Pero tampoco soy una damisela que necesita mimos. Todos hemos recibido golpes antes; lamemos nuestras heridas y seguimos adelante. Sé cuándo estoy comprometida, así que ¿me ves quejándome o favoreciendo mi costado? ¿Eh? ¿Me ves? —Está tan furiosa como Raph, y yo solo estoy aquí parado con el pene en la mano mientras ellos pelean.

—Tal vez solo seas una buena actriz —se burla él—. No toleraré esta mierda en mi equipo, Eliza.

—¿Tu equipo? —pregunta ella incrédula—. Que te jodan, imbécil.

Gira para dirigirse al baño privado, pero Raph la agarra del brazo y la voltea bruscamente.

—¡Raph! —exclamo, dando un paso adelante para calmar esta mierda.

—Suéltame, maldito cabrón —sisea Eliza, su cuerpo tensándose para una pelea.

—Ni hablar. Vas a escuchar, pequeña asesina, y vas a escuchar bien. Si vuelves a hacer una

estupidez como esta, me aseguraré de que fracases aquí, y me aseguraré de que tu padre sepa por qué. ¿Nos entendemos, joder?

Nadie se mueve.

El único sonido es la respiración furiosa de Eliza. La observo. No ha cedido, pero tampoco está luchando contra él. Ha hecho una amenaza peor que la muerte para ella, pero su orgullo aún hierve bajo la superficie.

—Cómo te atreves —dice entre dientes.

—Cómo te atreves tú.

—Basta —ladro, pero ambos me ignoran.

Raphael aprieta su agarre sobre ella y la gira para que mire hacia otro lado antes de empujarla contra la pared. Agarra sus brazos con fuerza mientras su mejilla se presiona contra la superficie lisa.

Ella forcejea, y parte de mí quiere patearle el trasero a Raph por lastimarla, pero la parte más grande, más oscura y más perversa de mí está disfrutando esto ahora. Mi polla está dura como una roca, y quiero ver hasta dónde la empuja.

—¿Necesitas que te dé una palmada, pequeña asesina, o vas a prometerme que nunca volverás a hacer esto? —susurra Raph en su oído.

Me acerco a la cama y observo esto. Es una épica doma de la Reina, y atesoraré este momento por mucho tiempo.

Eliza lucha pero permanece en silencio, apretando la mandíbula con fuerza.

Raph desliza sus manos por sus brazos, agarrando sus muñecas con fuerza mientras lleva sus brazos detrás de ella. Presionando su cuerpo firmemente contra el de ella, se desabrocha los pantalones con una mano mientras mantiene su agarre sobre la Reina que se retuerce. Le separa las piernas de una patada, y mi respiración se entrecorta cuando ella se queda quieta, sus ojos como hielo mientras me mira fijamente.

Pero aún así, no me muevo. Mi mano me duele por agarrar mi polla y masturbarme mientras veo desarrollarse esta escena, pero no me atrevo a moverme.

—Respóndeme, pequeña asesina, ¿o necesitas que te castigue? —susurra Raph en su oído.

—Que te jodan —escupe ella.

—Eso pretendo —gruñe él y se mueve hacia atrás una fracción para guiar su polla dentro de su coño. Ella jadea cuando él embiste con fuerza, hundiéndose hasta las bolas en ella. Cierra los ojos y se muerde el labio inferior, ahogando su gemido.

—¿Vas a ser una buena chica ahora? —murmura Raph mientras la embiste, golpeándola contra la pared.

—¿Por ti? Nunca —sisea y fija su mirada en mí cuando abre los ojos—. ¿Por él? Tal vez.

—Pequeña asesina —gruñe Raph y la arrastra de vuelta a su polla antes de dar un paso atrás y girarlos, de modo que ella se inclina sobre mí. No pierdo el tiempo, sacando mi polla y agarrando su cabello para guiar su boca hacia mí. Ella abre la boca, con una mirada traviesa en sus ojos cuando me toma, chupando duro y rápido. Mis caderas se mueven involuntariamente hacia adelante mientras ella me trabaja con una ferocidad que iguala la intensidad de las embestidas de Raph desde atrás.

La miro, observándola tomarme más profundo, sus ojos fijos en los míos con desafío y hambre. Es la maldita reina más mala, y lo sabe, tomando el control incluso cuando aparentemente está a nuestra merced.

Raph agarra sus caderas, su ritmo implacable mientras la folla con un ritmo casi castigador. —Vas a recordar esto la próxima vez que pienses en ocultarnos tus mierdas —dice con

dificultad.

Eliza retira su boca de mi polla lo suficiente para hablar. —Yo lo recuerdo todo —dice con una sonrisa, luego vuelve a hundirse en mí, sus labios deslizándose húmedamente a lo largo de mi longitud.

Es crudo y rudo, justo como operamos nosotros; como el mundo de la mafia que dominamos, no hacemos las cosas suaves. Se trata de poder y tomar lo que queremos.

Pero ella también es así.

De repente, Raph sale de ella y gira a Eliza para que lo mire. La levanta contra la pared de nuevo, sus manos agarrando su trasero mientras la empala en su verga otra vez. —Eres nuestra, Eliza —gruñe mientras la folla, suspendida contra la pared—. Dilo.

Ella envuelve sus piernas alrededor de su cintura con fuerza, arañando su espalda. —Soy vuestra —jadea entre embestidas feroces—. Toda vuestra.

No puedo soportar solo mirar por más tiempo. Levantándome, agarro el pequeño bote de vaselina que vi en la cómoda junto al arma y lo levanto para que Raph pueda verlo. Él da un paso atrás para que pueda encajar detrás de ella, mi mano encontrando la curva de su trasero, y deslizo dos dedos lubricados en su apretado ano. Ella grita, el sonido mezclado con placer y el más leve indicio de sorpresa. La tenemos ahora, atrapada entre nosotros, y cada parte de ella es nuestra para reclamar.

Las manos de Raph son implacables en sus caderas, tirando de ella hacia él una y otra vez.

Me inclino hacia adelante, susurrando en su oído mientras empujo mis dedos más profundamente en su pasaje trasero: —Eres jodidamente increíble, Eliza. —Ella es una fuerza como ninguna otra, nuestra reina de la mafia que puede manejar cualquier cosa que le demos y más.

Ella gira sus caderas hacia abajo sobre la polla de Raph y hacia atrás sobre mis dedos con cada embestida castigadora, gimiendo en voz alta de éxtasis. Gruñidos, jadeos y rugidos llenan la habitación mientras ella nos folla tanto como nosotros la follamos a ella. Es dar y recibir, y es jodidamente perfecto; es tenso y salvaje.

El cuerpo de Eliza comienza a temblar entre nosotros, su clímax acercándose como una tormenta inevitable en el horizonte.

Necesito estar dentro de su culo antes de que llegue a esa orilla. Agarrando mi polla, la deslizo entre sus nalgas antes de presionar contra su apretado anillo. Su respiración se entrecorta, y empujo lentamente, sintiéndola estirarse a mi alrededor. Está tan jodidamente apretada, es casi doloroso lo mucho que quiero simplemente embestirla, pero saboreo la quemazón mientras me adentro más profundo.

—Joder, Tarquin —gime ella, su voz ronca de lujuria. Raph pausa sus embestidas por un momento, permitiéndole ajustarse a estar llena por ambos. Pero ese momento es breve. Pronto, nos estamos moviendo de nuevo, un ritmo implacable con Eliza emparedada y empalada entre nosotros.

—Córrete para nosotros, pequeña asesina —gruñe Raph.

—Sí, sí —jadea ella, las palabras apenas escapando de sus labios mientras se balancea hacia atrás contra mí y embiste hacia abajo sobre Raph. Alcanzo con una mano para encontrar su clítoris, frotando círculos rápidos sobre él y empujándola más cerca del borde. Ella empapa mis dedos; está mojada como el infierno.

Su cuerpo se tensa, y grita nuestros nombres, un sonido crudo de puro placer que hace eco en las paredes de la habitación.

Raph y yo no estamos lejos detrás. Con unas pocas embestidas más poderosas, él gruñe

fuertemente mientras vierte su semen en su coño. La vista de Eliza perdiendo el control me envía al borde también; mi visión se nubla mientras disparo mi carga en su culo con una maldición.

Nos toma un momento a los tres recuperar el aliento, pero estamos lejos de haber terminado con ella.

Con su polla aún enterrada dentro de ella, Raph pregunta: —¿Estás de acuerdo en no volver a hacer nada como esto de nuevo, Eliza?

—Ahora que estás siendo amable y no un completo imbécil al respecto, claro, cariño. Estoy de acuerdo.

Él deja escapar un bajo rumor. —Vas a ser increíblemente exigente, ¿no es así?

—¿Te estás ofreciendo a mantenerme? —pregunta ella, girando la cabeza para captar mi mirada mientras estoy allí con mi polla ablandándose aún en su culo antes de volverse hacia Raph de nuevo.

—¿Qué quieres? —pregunta él.

—Esto no cambia nada —dice ella cuidadosamente—. Puedo mantenerme a mí misma.

—Puedes —murmuro, agarrando su cabello con rudeza y tirando de su cabeza hacia atrás para poder presionar mis labios contra su boca—. Pero ¿puedes decir que es tan bueno como lo que acabas de tener?

—Bueno, me has pillado ahí. Nada supera la polla gemela, ¿verdad?

—Eres imposible —susurro con una suave risa.

—Más o menos. ¿Entonces estamos de acuerdo en que esto es casual?

—No —afirma Raph fríamente—. Esto lo cambia todo. Todo jodidamente dentro, Eliza. No seas cobarde.

—¿Cómo puedo ser cobarde cuando no acordé estar 'dentro' en primer lugar?

Agarro sus caderas y la saco de nuestras pollas, colocándola en el suelo entre nosotros. Es pequeña, delicada, pero las apariencias engañan. Es una asesina.

Sus ojos llenándose de deseo, Raph desliza sus manos por el tatuaje en su espalda antes de retirarlas y quitarse la ropa y las botas.

Se acerca a Eliza, y la energía entre ellos podría iniciar un incendio. —Esto no se trata solo de sexo —dice Raph, su voz baja y peligrosa—. Se trata de poder, control y lealtad. Eres nuestra, y protegemos lo que es nuestro.

Eliza encuentra su mirada, levantando el mentón desafiante, sus ojos ardiendo con la misma intensidad.

—¿Y quién me protege de vosotros cuatro?

—Todos lo hacemos —digo, acercándome, mi ropa cayendo al suelo—. Estamos juntos en esta mierda, Eliza. No hay vuelta atrás. Somos tu refugio seguro y tu mayor riesgo.

Ella considera esto por un momento antes de que sus labios se curven en una sonrisa maliciosa.

—Entonces demuéstramelo —nos desafía, mirándonos a través de esas largas pestañas.

Raph no necesita que se lo digan dos veces. La levanta en sus brazos y la arroja sobre la cama, trepando sobre ella como si fuera dueño de cada centímetro de su ser, porque, en cierto modo, lo es. Lo sigo, posicionándome a su lado mientras Raph le devora el cuello con besos y mordiscos que dejan marca.

Las manos de Eliza encuentran los hombros de Raph, agarrándose con fuerza suficiente para dejar huellas mientras lo atrae hacia ella para un beso feroz. Aprovecho la oportunidad para recorrer con mi boca la suave piel de su muslo, mordiendo suavemente antes de moverme hacia adentro mientras Raph se desplaza para darme acceso, sin apartar su boca de la de ella. Ella abre

las piernas voluntariamente para mí, invitándome a acercarme hasta que estoy justo donde pertenezco.

Sus gemidos ahogados llenan el aire mientras la saboreo, mi lengua adentrándose en su coño lleno de semen mientras los dedos de Raph hacen magia en sus pezones, que están duros como balas. Ella se retuerce bajo nuestro toque, la intensidad de las sensaciones claramente abrumando sus sentidos. Sus uñas se clavan en la espalda de Raph, dejando una marca que le recordará esta noche.

—Tarquin, no pares —jadea entre besos, su voz desesperada, necesitada. Aumento el ritmo, moviendo mi lengua rápidamente contra su clítoris mientras deslizo dos dedos dentro de ella, curvándolos en busca de ese punto dulce que hace temblar sus muslos.

Raph se yergue, su pecho agitándose con cada respiración mientras me observa devorar a Eliza.

—Estás jodidamente hermosa así —declara, su voz áspera como la grava, los ojos vidriosos de lujuria.

El orgasmo de Eliza la golpea como un tren de carga; grita, todo su cuerpo temblando violentamente mientras se deshace bajo nuestro toque. No cedo, exprimiendo cada escalofrío y temblor de su cuerpo tembloroso hasta que está jadeando y agotada.

Me levanto para encontrarme con la mirada de Raph, y sin decir una palabra, cambiamos de lugar. Mientras beso a Eliza con profunda intensidad, Raph se desliza entre sus muslos y, sin preámbulos, se hunde profundamente en su coño empapado. Ella rompe el beso para dejar escapar un largo y sonoro gemido que resuena en mi interior.

Alejándome de ella, me dirijo rápidamente al baño para limpiarme porque mi polla está lista para volver a la acción, y necesito sentir su coño apretarse a mi alrededor. Cuando regreso, Raph está gruñendo fuertemente mientras se pone rígido, descargando en ella de nuevo y luego se aleja rodando, respirando pesadamente.

Observo el intercambio, mi sangre hirviendo con una necesidad primaria. Me acerco a Eliza, viendo el brillo resbaladizo del sudor en su piel impecable, las marcas que ya hemos reclamado como nuestras esta noche. Es una jodida visión.

Agarro sus tobillos, separando más sus piernas mientras me posiciono en su coño goteante. Todavía está jadeando por aire, pero sus ojos me dicen todo lo que necesito saber: quiere más, y no soy alguien que decepcione.

—Necesito que lo digas. Dime lo que quieres.

Me mira, esos penetrantes ojos verdes feroces de deseo.

—Fóllame el coño, Tarquin —exige, su voz ronca por todos los gritos que ha dado. Eso es todo el consentimiento que necesito.

Deslizándome dentro de ella sin vacilación, sintiendo el calor de su humedad envolverme, un gemido escapa de mis labios mientras empiezo a moverme, lento al principio pero rápidamente encontrando un ritmo castigador que nos hace perder la cabeza a ambos.

Eliza se encuentra con cada una de mis embestidas con un movimiento de sus caderas, sin romper el contacto visual. Está en esto tanto como yo: poder crudo y lujuria impulsándonos a ambos. No es solo sexo; es un entendimiento entre dos personas que saben exactamente lo que quieren el uno del otro.

—Más fuerte —jadea y nos hace girar, de modo que ella está a horcajadas sobre mí, rotando sus caderas de una manera que hace que mi cabeza dé vueltas. Eliza me monta ferozmente; sus movimientos son implacables mientras toma lo que quiere y se folla en mi polla sin reservas.

Agarro su cintura, guiándola hacia abajo con más fuerza, más rápido.

—Eso es, princesa. Fóllame —gruño, viendo sus tetas rebotar en perfecto ritmo con nuestro follada. La vista de ella así —tan poderosa, tan en control, pero completamente a merced de su propio placer— es intoxicante.

Se inclina hacia adelante, sus afiladas uñas clavándose en mi pecho. Sus respiraciones son entrecortadas contra mi oído mientras susurra:

—¿Te gusta ver a tu princesa de la mafia tomar el control?

Es provocador, desafiante y endurece aún más mi polla, si es que eso era posible.

Embistiendo hacia arriba dentro de ella, golpeo todos los puntos correctos. Ella echa la cabeza hacia atrás, dejando escapar un gemido prolongado que me atraviesa. Mientras siento la familiar acumulación en mi base, me siento y muerdo su hombro, marcándola como mía.

—¡Joder! ¡Tarquin! —Su voz se quiebra mientras otro orgasmo recorre su cuerpo, y esta vez, yo tampoco puedo contenerme. Exploto dentro de ella, cada pulso de mi polla intenso mientras sus paredes internas se aprietan a mi alrededor en puro éxtasis.

Nos derrumbamos juntos, un enredo de extremidades empapadas de sudor y respiraciones pesadas. La habitación huele a sexo y poder, un aroma único de nuestro retorcido mundo.

CAPÍTULO 20

ELIZA

Llego tarde.

Si no excedo el límite de velocidad para llegar a tiempo con mi padre, estoy acabada. El revolcón con Raphael y Tarquin se prolongó hasta pasado el amanecer, y ahora se acerca el mediodía. Apenas hemos dormido, y tengo que sentarme frente a mi padre pareciendo que he estado follando con los gemelos Carver toda la noche.

Jodidamente fantástico.

Arrojo el maletín de acero cerrado en el asiento trasero mientras Tarq se desliza atrás y Raph ocupa el asiento del copiloto. El motor del elegante coche negro ruge al cobrar vida.

Insistieron en acompañarme a esta reunión, y no iba a discutir. El contenido de este maletín vale la pena matar por él. Pero ambos hombres son más que guardaespaldas; son parte de la intrincada red que estoy tejiendo para nuestro futuro. Oliver y James van en el coche detrás, vigilando por si nos siguen, actuando como respaldo en caso de que las cosas se tuerzan.

Lo cual espero que no ocurra. Estoy cansada, y aunque puedo pelear con los ojos cerrados, preferiría no tener que hacerlo. James y Oliver esperarán fuera mientras Raphael y Tarquin me escoltan dentro para reunirme con papá.

El viaje es un borrón de anticipación, los paisajes se fusionan en uno solo mientras recorremos las millas de vuelta al corazón de mi imperio: dos horas se deslizan con la radio en volumen bajo y sin palabras entre nosotros.

Pero me da tiempo para pensar. Anoche no salió según lo planeado. Se suponía que era una Reina haciendo jaque a su Rey, en este caso, Reyes, pero terminaron derribándome del tablero.

Cabrones.

¿De dónde sacan el derecho de aliarse contra mí con sentimientos y mierdas? Me ha dejado con un lío mental esta mañana.

Antes de que llegue a una solución para mi dilema de desear desesperadamente a los gemelos entre mis muslos pero no querer ataduras, llegamos a la mansión en la ciudad.

Aparco junto al Aston Martin de mi padre, y Tarq me entrega el maletín. Salimos, y mi columna se endereza, mi barbilla se levanta; el castillo de mi crianza se alza ante mí, cada piedra saturada con la sangre y la ambición del legado Hughes.

—¿Lista? —pregunta Tarq, su voz un suave rumor mientras se coloca a mi lado, mientras Raph se asegura de que los otros dos chicos estén en posición.

—Ajá —respondo, la palabra deslizándose como una cuchilla. Juntos, avanzamos hacia las pesadas puertas de roble, el familiar aroma del peligro envolviéndonos como una capa.

Dentro, el aire es denso con el peso de las palabras no dichas y las expectativas inflexibles. Guío el camino a través del vestíbulo de entrada, los retratos de mis antepasados mirándonos

desde arriba, su silencioso juicio filtrándose en mis huesos.

Me detengo en el umbral del estudio de mi padre y abro la puerta, entrando en la guarida del león. Mi padre está detrás de su escritorio de caoba, un rey en su corte.

No necesita levantar la vista para sentir mi llegada. Pero lo hace, sus fríos ojos azules fijándose en los míos, cortando el espacio entre nosotros. Sin saludos, sin cortesías: esto es negocio. Ni siquiera reconoce a los gemelos a mis espaldas, pero eso vendrá. Lo sé, ellos lo saben, y espero que estén jodidamente listos para ello.

—Siéntate —ordena papá. Su voz no es alta, pero resuena en las paredes, exigiendo obediencia.

Sin decir palabra, cruzo la habitación y tomo mi lugar en la silla de cuero, cuya suntuosidad no ofrece ningún consuelo real.

Raphael y Tarquin se posicionan detrás de mí, guardianes silenciosos listos para actuar en un instante.

—¿Lo tienes? —Su mirada nunca vacila, evaluando, calculando.

Coloco el maletín sobre el escritorio como si fuera una granada, lista para hacer estallar todo esto. Está lleno de información, pero una pregunta quema mi mente. Mis dedos se demoran en el maletín; esta es mi prueba, mi trofeo.

—Por supuesto. Pero ¿por qué querías que trajéramos todo? ¿Por qué no hacer copias?

Me da una sonrisa siniestra que de alguna manera enfría el aire a nuestro alrededor. —Quiero que ese cabrón sepa que ha sido comprometido, robado y jodido en todos los sentidos de la palabra.

—De acuerdo —murmuro, asintiendo en señal de aprobación. Papá no hace las cosas a medias. Está buscando una guerra; eso está claro.

Papá no pierde el tiempo. Abre el maletín y, con destreza practicada, sus ojos recorren las carpetas que yo, bueno, nosotros, robamos para él. Su cara de póker no revela nada, pero conozco el destello en su mirada que absolutamente nadie más habrá captado. Interés. Tal vez incluso un atisbo de respeto.

—Bien —murmura, hojeando las páginas, cada una un clavo en el ataúd de Scott.

Después de unos minutos que parecieron eternos, las comisuras de la boca de papá se curvan hacia arriba, esa rara sonrisa cortando la tensión en la habitación como una cuchilla. —Trabajo impresionante —dice, su voz es el tipo de ronroneo bajo que exige silencio al resto del mundo.

—Gracias —respondo, manteniendo un tono uniforme mientras por dentro soy todo burbujas de champán y bailes de victoria. Es por esto que vivo: el gesto de aprobación del hombre que escribió el libro sobre ser despiadado.

Se recuesta en su silla, el cuero crujiendo bajo su peso, sus ojos sin dejar los míos. —Ingeniosa como siempre, Eliza. Te has superado a ti misma.

No puedo evitarlo; el orgullo se hincha en mi pecho, grande, cálido e innegable. Me siento más erguida, sintiéndome toda una heredera al trono de los Hughes, toda la jefa badass que estoy destinada a ser. —Es lo que hacemos, ¿no? Superar las expectativas.

—En efecto. —Su voz tiene ese filo de acero otra vez, el que me dice que no está solo echando humo. Me lo he ganado. He ganado su respeto con mis propias manos.

Papá cierra la carpeta de golpe, un suave golpe contra el escritorio de caoba mientras se reclina en su silla con la facilidad de un rey en su trono.

—Elizabeth —comienza, su voz impregnada de esa mezcla familiar de calidez e intención afilada como una navaja que ha definido mi crianza. Esto es tiempo de Papi/Hija ahora que me ha llamado por mi nombre. Su mirada eventualmente se desliza sobre los gemelos Carver a mis

espaldas, pero luego se clava en la mía mientras los ignora de nuevo—. ¿Has formado una alianza?

—Sí. —No necesita saber por qué ni cómo, al menos no todavía.

—Chica lista —asiente, con un destello de aprobación en sus ojos—. Es raro encontrar ese tipo de lealtad en estos días.

Me reclino, imitando su postura, sabiendo que no se trata solo de la presencia física sino de lo que representa: poder, control, un vínculo inquebrantable forjado en los fuegos de la ambición y la necesidad. —Créeme, lo sé. Me enseñaste bien.

—Confianza —repite, y hay un peso en la palabra, una gravedad que tira de los bordes de nuestra conversación—. Es la base, Elizabeth. Sin ella, todo se desmorona. Especialmente en nuestro línea de trabajo.

—Entendido —respondo, mi voz baja y firme. En esta vida, la confianza no se da; se gana con sangre, sudor y un impulso implacable de elevarse por encima de la suciedad en la que nacimos.

—Mantenlos cerca —aconseja, y no es una sugerencia, es una orden.

—Lo haré —digo, mi voz resonando con la claridad de un juramento.

—Anoche, hiciste más que solo llevar a cabo un atraco. Te has convertido en una fuerza a tener en cuenta, una Reina entre peones.

—Gracias —murmuro, el calor tiñendo mis mejillas.

—Ve —dice papá con un asentimiento, la única palabra resonando como un mazo en la sala de audiencias de su estudio.

Me levanto, suave como la hoja oculta bajo mi vestido. Con la cabeza en alto y un fuego encendido en mi alma, salgo de la oficina de mi padre con Raph y Tarq detrás de mí.

—Raphael.

La voz de mi padre nos detiene a todos en seco.

Cruzo miradas con Raph, y él levanta una ceja antes de que su expresión se vuelva inexpresiva cuando se da la vuelta para enfrentar a mi padre. —¿Sí, señor?

—Una palabra. A solas.

Raph avanza y cierra la puerta en nuestras caras antes de que tenga la oportunidad de protestar.

Genial. Simplemente genial.

CAPÍTULO 21

RAPHAEL

Al darme la vuelta desde la puerta cerrada de la oficina de Damon Hughes, con la mirada esmeralda de Eliza persistiendo en mi mente, aguda e inquisitiva, la aparto por ahora. Si esto se trata de la otra semana cuando me follé a su hija en su habitación, no voy a salir de aquí.

Pero el hecho es que no me importa.

Valió la pena.

Damon no se ha movido ni un centímetro desde que me llamó de vuelta.

Encuentro su mirada y la sostengo. No hay muchos hombres que puedan hacerme sentir que debo evitar su mirada, pero él es uno de ellos. El respeto es clave aquí, pero también lo es la fuerza. No puedo dejar que piense que soy menos que fuerte.

No dice nada.

Es una táctica utilizada por muchos, no solo en esta vida, sino en todos los aspectos. Quedarse callado, para que la persona al final de tu anzuelo empiece a divagar solo para aliviar el pesado silencio. No me hará divagar. Ni ahora, ni nunca. Soy exactamente igual que él, que mi padre, y él lo sabe.

—Siéntate —ordena, finalmente.

Lo hago, pero estoy listo para moverme, para reaccionar. Todo con Damon es ajedrez; cada palabra, cada silencio, es un movimiento, y que me condenen si dejo que me borre del tablero.

La mirada de Damon me atraviesa, afilada como la hoja que llevo escondida bajo la chaqueta. Se inclina hacia adelante, con las manos entrelazadas como si estuviera rezando por una confesión. —Raphael, ¿cómo está manejando mi niña la universidad? ¿Algún desliz?

—Está dejando su marca. Está saliendo adelante.

—Detalles —insiste, su voz cortando las tonterías.

—Está haciendo contactos, creando aliados. Siempre dos pasos por delante.

—¿Ingeniosa? —indaga Damon, entrecerrando los ojos hasta convertirlos en rendijas.

—Sí, y tiene la cabeza fría. Sabe cuándo necesita pedir ayuda y cuándo necesita actuar por su cuenta.

El momento queda suspendido entre nosotros, la cara de póker de Damon sin revelar nada. De repente se levanta, se dirige a la estantería de caoba y saca un archivo delgado y discreto.

—David Grenville. —Su voz es baja y cargada de algo que grita peligro. Gimo internamente, sabiendo que la mierda está a punto de golpear el ventilador. Lo sabe. Por supuesto que lo sabe. ¿Por qué alguien pensaría lo contrario?—. Tiene sus sucios dedos en más pasteles de los que pensábamos.

Me enderezo, con el interés despertado. —¿Oh?

—La eliminación está descartada. —Damon abre el archivo, revelando una serie de fotografías y documentos—. Eliza necesita encargarse de este. Si lo derriba, demuestra que puede dirigir el espectáculo cuando llegue su momento.

Hundirse o nadar. Asiento lentamente, decepcionado de tener que decirle a James que se retire de esto.

—Bien. —Desliza el archivo sobre el escritorio hacia mí—. Pero hay más. David ha contratado a un mercenario, una verdadera pieza de trabajo. Se llama Viktor Drago.

—¿Drago? —Agarro el archivo, hojeando la información. El tipo es de las grandes ligas, todo músculo y malicia. ¿Este es el tipo con el que Tarquin se enfrentó y al que Eliza apuñaló? Jesús. Estoy impresionado de que hayan salido con vida.

—Encuéntralo. Hazlo hablar. —Las órdenes de Damon son claras, la autoridad detrás de ellas inquebrantable.

—Entendido. —Con la presión adecuada, todos cantan.

—Recuerda, Raphael —añade Damon, con un tono más frío que una tumba—, no se trata solo de obtener información. Se trata de enviar un mensaje.

—Entendido —meto el expediente bajo el brazo, listo para hacer lo que sea necesario. Por Eliza, por Los Reyes.

—Haz que cuente —dice, y sé que es más que una orden, es un mandamiento en nuestro mundo.

Con otro asentimiento, giro sobre mis talones, despedido, ya visualizando los caminos por los que esta noche podría llevarme. Hora de cazar.

La puerta se cierra con un clic detrás de mí, sellando el mundo de humo y sombras que es la oficina de Damon, mi mente ya centrada en la misión en cuestión.

Atravieso el vestíbulo a zancadas, con la mente zumbando como un arma cargada. Cada paso, una nueva estrategia. Cada respiración, una promesa de proteger a nuestra reina. Eliza no necesita un caballero de brillante armadura; necesita un Rey, y voy a ser eso para ella.

Suponiendo que Eliza y Tarquin volvieron al coche, me dirijo hacia las puertas principales.

Como era de esperar, Eliza y Tarquin son un par de siluetas en el elegante coche negro que espera impaciente en la entrada, con el motor ronroneando como una gran bestia inquieta.

—¿Y bien? —la voz de Eliza corta el aire mientras abro la puerta de un tirón y me deslizo en el asiento trasero junto a ella.

—Solo negocios —gruño, manteniendo la mirada fija en el expediente en mi regazo en lugar de encontrarme con sus penetrantes ojos verdes. Puedo sentir el calor de su irritación sin mirar; es algo tangible en el estrecho espacio entre nosotros.

—¿Te importaría compartirlo con la clase? —espeta, su frustración aumentando.

—Aquí no, y no, no se trataba de la otra noche —mis palabras son tajantes, definitivas, incluso cuando atrapo la mirada de Tarquin en el espejo retrovisor. Su mandíbula está tensa, los músculos trabajando bajo la piel, ya que sabe que está fuera de lo que sea que haya pasado. Su agarre en el volante me dice que tiene preguntas, preguntas que responderé cuando estemos solos.

—Bien —resopla Eliza, cruzando los brazos con fastidio.

—Vámonos de aquí —digo, mi impaciencia igualando la suya.

—Ya me adelanté —responde Tarquin, metiendo el coche en reversa para prácticamente derrapar al salir de la entrada, su imprudencia diciéndome todo lo que necesito saber sobre su estado de ánimo.

Imbécil.

Eliza sigue ardiendo, pero ahora mismo, tengo peces más grandes que freír.

Tarquin pisa el acelerador, alejando el elegante coche negro de la ciudad. Toma una curva cerrada, los neumáticos chirriando en protesta contra el asfalto. Los Reyes del Castillo ni siquiera pestañean; esto es solo otro día, otro viaje a través del guantelete. No somos ajenos al juego, al constante juego de poder y supervivencia.

—Tarq, afloja —digo, pero mi voz carece de verdadero mando. Él sabe lo que hace, y sabe que no es el coche lo que me preocupa, sino la carga que lleva.

—Relájate —gruñe Tarquin, pero la tensión se desvanece de sus hombros, una promesa silenciosa de que tiene esto bajo control.

Nos precipitamos por las calles, dejando atrás la casa de la ciudad de Eliza. La ciudad se desvanece en la nada, reemplazada por la carretera abierta, el zumbido del motor una nana para la violencia por venir.

A medida que los kilómetros desaparecen, no puedo evitar la emoción, la descarga de adrenalina del conflicto inminente, y la certeza de que cuando llegue el momento, sangraremos los unos por los otros sin dudarlo.

El coche sigue corriendo, y nosotros también, precipitándonos hacia el destino o la destrucción; solo el tiempo dirá cuál.

CAPÍTULO 22

ELIZA

Cabreada porque Raphael no suelta prenda sobre lo que mi padre quería de él, al menos no fue sobre la noche que follamos. Eso sería malo. Si ese hubiera sido el caso, probablemente Raph no habría salido de allí, así que tengo que dejarlo pasar hasta que decida contármelo.

Mientras empujamos la puerta principal de vuelta en la casa adosada, el sobre en el felpudo interior llama mi atención. El escudo de la Universidad Castle está estampado en el frente. Me agacho para recogerlo y, con un movimiento de mi pulgar, lo abro, y una sola frase se graba en mi visión: «Se le invita cordialmente a participar en el concurso de combate cuerpo a cuerpo de la próxima generación de la Universidad Castle».

Prueba de fuego.

—Ooh —murmura Tarq, leyéndolo por encima de mi hombro—. Genial.

—¿Genial? Esa es una palabra para describirlo —comenta Raph mientras también lo lee—. ¿Estás lista para esto, pequeña asesina?

—Nací lista.

—Por supuesto —se ríe—. Vamos.

—¿Qué, ahora? —me echo atrás ante el corto aviso.

—Sí, ahora. ¿Algún problema? —Su mirada es desafiante, pero no de manera despectiva. Necesita saber que estoy lista.

—Ningún problema —murmuro—. ¿Cuerpo a cuerpo? Supongo que Flick se queda aquí.

—Yo la cuidaré —dice Tarq mientras saco el cuchillo de mi funda.

—Gracias —le digo, dedicándole una sonrisa radiante—. Le caes bien.

Él resopla. —Me siento honrado.

Cuando James y Oliver entran en tropel detrás de nosotros, aplaudo y les hago un gesto para que vuelvan a salir. —Hora de combatir.

—Ooh —murmura Oliver—. Esto va a estar bueno.

Liderando el camino a través del campus, mis botas resuenan contra el frío concreto mientras me dirijo al cuadrángulo, todo dispuesto como una arena con prácticamente toda la Universidad apiñada alrededor de los bordes, algunos con bebidas y picnics, otros con sus libros como si fuera a ser un aburrimiento total. Me aseguraré de que no lo sea.

Tengo que preguntarme sobre el momento, sin embargo. Papá debe haber sabido que era hoy y que llamarme de vuelta a la casa, a dos horas de distancia, me iba a dar cero tiempo para prepararme.

—Suena correcto —murmuro, quitándome la chaqueta de cuero y entregándosela a Oliver. Estoy vestida con jeans negros y una camiseta sin mangas negra, además de mis botas de

combate, así que estoy lista para empezar, pero mis músculos necesitan un estiramiento primero.

Los murmullos de la multitud son un peso de expectación. Las miradas siguen cada uno de mis movimientos, y sé que me están evaluando, preguntándose si la heredera Hughes tiene algo más que una cara bonita y una lengua afilada y la resistencia para correr la carrera en tiempo récord. Enderezo los hombros, con la columna recta como una hoja, y dejo que una lenta y maliciosa sonrisa se extienda por mis labios. Que miren. Que vean cómo se ve el verdadero poder.

—¿Lista para patear traseros y tomar nombres?

Miro a Raph. —Siempre, cariño.

Él sonríe y me agarra, devorando mi boca con un beso feroz que hace murmurar a la gente cercana. Cuando me suelta, entro en el ring y saco una banda para el pelo de mi bolsillo trasero. Recogiendo mi pelo castaño en un moño para que sea menos probable que lo usen como arma contra mí, asiento al tipo con el megáfono y tomo mi lugar en línea con los otros contendientes. Evaluándolos, frunzo el ceño. Esta no es una pelea justa. Los masacraré a todos, y ellos lo saben. Me están dando miradas inquietas y moviéndose nerviosos. Frunciendo el ceño sobre la multitud, veo a Imogen cerca. Ella sonríe y me da dos pulgares arriba. Sonriendo, asiento una vez y luego me concentro.

Esto va a ser pan comido.

La campana suena para señalar la primera ronda.

Hora del espectáculo.

—Eliza Hughes, es tu turno.

Doy un paso adelante, esperando que se anuncie el nombre de mi oponente, pero no hay nada más que los vítores de la multitud.

—Esto no está bien —murmuro y me doy la vuelta—. Oh, ya veo.

El bruto frente a mí es grande, con músculos como acero enrollado bajo su piel. No es un estudiante; es de la mafia actual, pero creo que es de bajo nivel. Estoy descifrando esta mierda rápidamente. No estamos compitiendo entre nosotros, estamos compitiendo contra matones del mundo real, y apuesto a que cuanto más nos adentremos en este concurso, más duros serán los oponentes.

Sin preocupaciones, sin embargo. Puedo hacer esto. Mis puños están listos, mi mente afilada como una navaja. Esto es para lo que he entrenado.

Levantando mis manos en puños sueltos, empiezo a moverme. He hecho esto mil veces, y mi padre es mucho más duro que este matón.

—¡Comiencen!

El altavoz chilla, y todos nos encogemos, pero el juego ha comenzado.

—¡Vamos, entonces! —provoco mientras él se abalanza, esquivando un golpe que podría noquear a un caballo. El rugido de la multitud es un trueno distante; todos mis sentidos están concentrados en este imbécil que intenta derribarme.

Él gruñe, lanzando otro puñetazo, pero yo ya me estoy moviendo, un fantasma en botas de combate. Contraataco con un golpe en sus costillas, mis ojos buscando esa apertura de una fracción de segundo. Mi cuerpo se mueve con una gracia nacida de años de entrenamiento estricto, cada golpe un riesgo calculado.

Gracias, papá.

No puedo permitirme cometer un error, no cuando cada golpe tiene que contar.

Él carga como un toro, y yo me hago a un lado, una bailarina girando lejos del peligro. Nuestro forcejeo es feroz, su fuerza contra la mía, una prueba de voluntades bajo los reflectores.

Pero preferiría morir antes que ceder. Ni ahora, ni nunca.

Al detectar el más breve titubeo en su postura, con un estallido de velocidad, aprovecho el hueco, clavando mi codo en su mandíbula. Su cabeza se echa hacia atrás y tropieza antes de caer de culo.

Asintiendo cuando el comentarista anuncia el final del primer asalto, apenas he sudado. Pero no soy tan arrogante como para pensar que esto no se volverá mucho más difícil.

Mientras me siento en los laterales, tomando nota de los movimientos de mis compañeros, algunos siendo noqueados y otros noqueando, llega mi turno de nuevo.

Me enfrento a un hombre que parece capaz de destriparme sin pestañear. Suena la campana, y es como un disparo que nos pone en marcha: sin vacilación, solo poder bruto chocando en el centro de la arena. Los puños de este tipo son como martillos, pero he estado esquivando mazos desde que aprendí a caminar.

—Vamos, grandullón —lo provoco, esquivando su brazo y conectando un sólido gancho en su costado. Gruñe, el sonido haciendo eco en la arena. Pero es rápido para su tamaño, respondiendo con un golpe que no puedo evitar. Su puño se estrella contra mi costado, el de la herida en curación, y jadeo cuando un dolor abrasador me recorre. Siento que las costras se abren, y sé sin mirar que se ha reabierto. Ahora Raph me va a matar por esto.

Como si no lo fuera a hacer antes.

Aprovechando mi lapso momentáneo, el escozor de sus nudillos en mi mejilla es un shock para mi sistema.

—Que te jodan —siseo.

Eso dejará un moretón, pero los moretones se desvanecen. El fracaso no.

Su risa es un rugido grave, casi perdido en los rugidos de la multitud. —Eres fogosa, niña. Esperaba enfrentarme a ti. —Se abalanza, y chocamos, nuestra lucha por el dominio es un espectáculo de pura violencia que me hace desear tener a Flick para poder abrirle las tripas y derramarlas sobre mis botas.

A través de todo esto, la sangre y el sudor y el cuerpo dolorido, puedo sentir a James, Oliver, Raphael y Tarquin observando esto de cerca. Pero ahora mismo, solo somos yo y este imbécil, intercambiando golpes que podrían agrietar el concreto.

Me atrapa en el estómago, y jadeo, pero no hay tiempo para el dolor. El dolor es una distracción, y las distracciones te matan. Contraataco con una ráfaga de golpes, cada uno preciso, destinado a desgastarlo, a erosionar la fortaleza de su cuerpo. Es un juego de ajedrez con piezas de carne y hueso. Soy más rápida, más ágil y estoy en mejor forma que él. Él tiene fuerza bruta y una vena sádica que lo hace peligroso como la mierda.

—¡Joder! —maldigo cuando su codo roza mi sien. Mi visión se nubla, pero me sacudo, esquivando otro golpe salvaje, usando su impulso en su contra. Mi contraataque es rápido: una rodilla en su abdomen que lo dobla. A la multitud le encanta, su emoción es algo vivo, hambriento de más, pidiendo sangre. La de cualquiera a estas alturas, creo.

Pero sé que por muy brutal que sea esto, es solo el calentamiento.

Mientras juego sucio y le doy una rodillada en la entrepierna, para diversión de todos al parecer, él cae, y gano el segundo asalto.

Caminando tan firmemente como mis piernas me lo permiten, me desplomo en los laterales para recuperar el aliento y rodar mis hombros para aliviar el dolor en mis músculos. Ni siquiera estoy mirando el daño hecho a mi costado. Alertará a todos de que estoy herida, y si está sangrando, seré demasiado consciente de ello.

Así que lo ignoro.

Mientras más estudiantes caen como moscas en el segundo asalto, parece que el tercer asalto es donde comienza la verdadera prueba.

Es despiadado, sus ojos fríos mientras viene hacia mí. Hay algo raro en sus movimientos, sin embargo: demasiado ansioso, demasiado enojado. Me tomo mi tiempo, recibiendo golpes, devolviéndolos, todo el tiempo buscando esa grieta.

La veo, sudando y jadeando, pero la veo clara como el día. Un sutil cambio en su pisada, un dolor persistente que está tratando demasiado de ocultar.

Con un amago hacia la izquierda, ataco, clavando mi talón en su rodilla con toda la fuerza que puedo reunir. Hay un repugnante chasquido, y él aúlla, derrumbándose sobre la piedra.

De pie allí, cubierta de sudor, sangre y victoria, sacudo mi cerebro aturdido para volver a los laterales.

Esto me está pasando factura, pero no puedo mostrar ninguna debilidad. Será explotada, y estaré fuera.

Encorvada en el suelo, observo cómo más estudiantes caen hasta que solo quedamos unos pocos.

Din.

La campana señala el inicio del cuarto asalto.

Mis músculos protestan mientras me pongo de pie, cada moretón una insignia púrpura de honor. El nuevo retador se adelanta. Es... grande.

Mirándolo desde mi altura mucho, mucho menor, me lamo los labios, dudando repentinamente de mi capacidad para hacer esto. Estoy jodida. Él está fresco. Esto no es una pelea justa, por el amor de Dios.

Deja de quejarte y levanta los puños.

La voz de papá resuena en mi cabeza, y trago las lágrimas de agotamiento que han caído sobre mí.

¡Los Hughes no se quiebran! ¡Puños arriba!

—Que te jodan —murmuro, y levanto mis manos ensangrentadas y magulladas.

Eres más dura que eso. Levántate y pelea.

—¡Vamos entonces! —escupo, haciéndole señas para que se acerque. Él carga, un tren de carga de furia, pero he cabalgado peores tormentas que esta. Chocamos, fuerza contra fuerza, sus golpes cayendo como lluvia. Esquivo, me muevo, golpeo: cada golpe es una promesa de que no me derribarán fácilmente.

—¿Eso es todo lo que tienes? —me burlo, poniéndome sarcástica en mi estado maltratado, con la boca llena de sangre.

Ruge, balanceándose salvajemente, pero de alguna manera, a través de una neblina de dolor, ya me estoy moviendo. Lanzo un jab a sus costillas, un gancho a su mandíbula, alejándome bailando antes de que pueda contraatacar, hasta que encuentro mi apertura y le doy una patada circular a la cabeza con mi pierna temblorosa y cae.

La campana suena de nuevo, y estoy jadeando, cada respiración es una navaja en mi pecho. Pero cuando lo miro, desplomado en el suelo, sé que lo tengo. Estoy maltratada, claro, pero estoy lejos de estar derrotada.

Todavía no.

—Siguiente —gruño, mi voz puro poder, resonando en el aire.

Están aprendiendo, una pelea a la vez: nunca subestimen a Eliza Hughes.

La sangre y el sudor nublan mi visión, pero los limpio, implacable mientras me inclino, luchando contra el impulso de vomitar en todo el patio.

La herida en mi costado definitivamente está abierta ahora, puedo sentir la sangre pegajosa cubriendo mi piel.

Poniéndome recta, agarro la goma para el pelo y me suelto el moño ahora desordenado. Recogiéndolo de nuevo, me lo ato, haciendo una mueca mientras el movimiento desgarra mis músculos.

Y entonces no queda nadie más.

Solo yo.

La campana final suena, un toque de muerte para los débiles.

Balanceándome ligeramente sobre mis pies, veo a mi oponente y casi me derrumbo. Un coloso cuya sombra se traga la luz. Este es el momento que tallará mi destino en los anales de esta arena empapada de sangre. Es de primera categoría, y mis entrañas se retuercen por un momento antes de sacudirme. Sus ojos son vacíos, abismos que prometen el olvido. Pero cuadro mis hombros y dejo que una sonrisa feroz parta mis labios ensangrentados.

Hazlo o muere.

O peor aún, ver la decepción de mi fracaso en los ojos de papá.

—Espero que estés listo para que una chica te patee el trasero —ladro, cada célula de mi cuerpo encendiéndose con adrenalina.

No responde, solo avanza con la certeza del matón despiadado que es.

—¡Eliza!

Frunciendo el ceño mientras la voz de James corta a través de mi audición borrosa, lo ignoro.

—¡Eliza! ¡Por el amor de Dios!

Sacudiendo la cabeza, me muevo con una desesperación nacida de la necesidad, cada golpe que recibo aviva los que doy. Soy un torbellino, una fuerza de la naturaleza que se niega a inclinarse, se niega a romperse.

Al menos lo soy en mi cabeza.

En realidad, probablemente me veo más como un muerto viviente.

Escupiendo sangre en el patio, lo cual me disgusta, pero prefiero no tragarla, me agacho más bajo mientras él arremete.

Pero aprovecho la apertura y levanto mi brazo derecho. Conecta con su garganta, dejándolo gruñendo y jadeando. Esta no es una pelea justa, y todos lo saben. Así que, en lo que a mí respecta, todo vale.

Giro, usando el lapso momentáneo en su defensa a mi ventaja. Mi rodilla izquierda se clava en su ingle, y mientras se dobla, bajo mi codo con fuerza sobre la parte trasera de su cuello. Se desploma como un saco de cemento, y la multitud queda en silencio.

Inclinándome, aparto un mechón de cabello rebelde de mi cara con una mano manchada de sangre y le gruño a través de los dientes apretados: —Nunca subestimes a un Hughes. —Me pongo de pie de nuevo, ignorando el grito de protesta de cada fibra de mi ser.

La campana suena en el silencio. Fin de la ronda final.

Mientras me tambaleo, mis extremidades pesadas pero inquebrantables, sé una cosa: he ganado más que solo una pelea, he ganado el derecho a ser temida, el derecho a liderar. Eliza Hughes no es solo un nombre; es un legado grabado en la victoria, una advertencia para aquellos que se atrevan a desafiar el trono que estoy destinada a reclamar.

Entonces, la arena explota a mi alrededor, un ruido de vítores y gritos. Están gritando mi nombre, un rugido reverberante que llena el espacio.

Por pura terquedad, me mantengo en pie mientras mis piernas tiemblan, desafiante en la victoria. La sangre gotea en mis ojos, pero la limpio con mi mano magullada. He recibido sus

golpes, sus mejores tiros, y aquí estoy, todavía respirando, todavía luchando.

Caigo de rodillas, con la cabeza colgando, mientras solo quiero acurrucarme y dormir durante una semana.

—¡Eliza! —Los chicos se acercan, feroces protectores listos para abalanzarse.

Levanto una mano, deteniéndolos en seco, y me tambaleo de nuevo hasta ponerme de pie.

—Casa —digo con voz ronca, mi boca llenándose de sangre de nuevo.

Es un corto paseo de vuelta a la casa adosada, pero cada paso es una eternidad cuando tu cuerpo grita por descanso.

—Te tengo —murmura James cuando mis rodillas se doblan, su brazo deslizándose alrededor de mi cintura.

—Vamos a curarte —dice Tarquin, su preocupación haciéndome pensar que me veo más hecha un desastre de lo que me siento, si eso es posible.

—Suena como el cielo —admito, sintiendo el peso de mis heridas asentándose.

Cuando nos acercamos a la seguridad de nuestra casa adosada, un escalofrío recorre mi espina dorsal. Alguien está observando, alguien que no está vitoreando, que no es parte de mi círculo íntimo. Ojos que me desean daño, llenos de envidia y malicia, se esconden en las sombras. Sé que mi victoria esta noche ha agitado las aguas, y el submundo criminal no perdona ni olvida fácilmente.

—Adentro, ahora —digo, con urgencia impregnando mis palabras. Los hombres no lo cuestionan, acelerando el paso hasta que estamos a través de la puerta, la casa adosada abrazándonos con su familiar oscuridad.

—Vamos a limpiarte —murmura Oliver, liderando el camino hacia la cocina antes de que James me deposite en una silla. Me desplomo mientras la oscuridad me arrastra hacia abajo.

CAPÍTULO 23

JAMES

Ya lo he dejado pasar demasiado tiempo. Me he pasado toda la noche dándole vueltas, pero hay cosas que deben decirse, y si nadie más va a coger el toro por los cuernos, lo haré yo. Eliza está en el sofá, magullada y golpeada por el combate, pero eso no va a detenerme.

—Eliza, ¿en qué demonios estabas pensando? —Mi voz es firme, pero por dentro, es una historia diferente. La ira burbujea caliente y quizás eso salió más duro de lo que pretendía.

Cuando me fulmina con la mirada con su ojo menos hinchado, sé que no hay ningún "quizás" al respecto.

—¿Disculpa? —espeta.

—No fue una pelea justa. La puta idea era que llamaras a aquellos con los que te habías aliado. Esa era parte de la prueba. La parte, debo añadir, en la que fracasaste épicamente, porque eres una cabezota de mierda que necesita que le pateen el culo otra vez.

Ella no se inmuta ante mi tono, simplemente me sostiene la mirada con frialdad, su ojo verde lo suficientemente afilado como para cortar a un hombre. —Puedo manejar mis propias peleas, James. —Su voz es plana, desinteresada en la lección que estoy deseando darle—. No necesitaba refuerzos.

—¿Refuerzos? —Me burlo, acercándome más, sintiendo su atracción a pesar del fuego que arde en mis entrañas—. Esto no se trata de necesitar ayuda, se trata de confianza. Te pusiste en riesgo por ninguna puta razón.

—¿Riesgo? —Se ríe, un sonido amargo y hueco—. Nací en el riesgo. Como riesgo para desayunar. —Eliza se levanta del sofá con esfuerzo, plantándose frente a mí, apenas llegándome al hombro pero de alguna manera mirándome por encima de todos modos.

—Ser dura no significa ser estúpida —le devuelvo, manteniendo mi voz baja, aunque quiero gritar, sacudirla para que entre en razón—. ¿Crees que esto es un juego? ¿Que puedes simplemente lanzarte al ring y nosotros nos quedaremos atrás mirando?

Sus labios se tuercen en una sonrisa burlona. —Vaya, James, si no te conociera mejor, diría que te importa. —Pero hay un desafío ahí, un reto no expresado.

—Por supuesto que me importa, Eliza. —Las palabras se me escapan, crudas y más honestas de lo que pretendía—. A todos nos importa. Pero no podemos protegerte si no nos dejas.

—¿Protegerme? —Ahora hay calor en su voz, un destello de algo feroz—. Yo soy la protección. Recuérdalo.

Mi mandíbula se tensa mientras busco las palabras correctas, las que podrían atravesar su terquedad. —Eliza, no eres invencible. Ninguno de nosotros lo es. Un día, esa suerte se acabará.

—Pues que se acabe —dice, con los ojos ardiendo ahora—. Pero hasta entonces, lucharé como quiera, donde quiera, y nadie, ni siquiera tú, me lo impedirá.

La observo, toda fuego y furia, y algo se retuerce dentro de mí: un remolino de frustración, admiración y un anhelo doloroso por ella que nunca parece desvanecerse. Esta mujer me vuelve loco, y sin embargo, no puedo imaginar un mundo sin ella.

Se inclina para recoger la bolsa de hielo, que se coloca sobre la cabeza, luciendo ridícula y adorable al mismo tiempo.

Pero eso no cambia los hechos.

—¡Siempre te cubrimos las espaldas, aunque seas demasiado orgullosa para admitir que nos necesitas!

—¿Necesitar? —La voz de Eliza se eleva para igualar la mía, y sus ojos brillan con desafío —. No necesito nada de nadie. Me abro camino yo sola.

—¡Eso es una mierda y lo sabes! —Puedo sentir la rabia pulsando a través de mí, una marea implacable que amenaza con barrer cualquier sentido de moderación que me quede—. Nos pediste que te cubriéramos las espaldas. Nos pediste que nos alineáramos. Aceptamos; eso no funciona solo cuando tú quieres, Eliza. No funciona de esa puta manera. Tú, más que nadie, deberías saber eso. En cambio, apenas puedes sentarte, y mucho menos ponerte de pie, porque te enfrentaste al ejecutor de Connor tú sola, joder. ¿No lo entiendes? ¿No ves que no se suponía que fuera así?

Raphael interviene, su mano cayendo sobre mi hombro como un ancla. —James, déjalo por ahora, ¿vale?

Tarquin se mueve al lado de Eliza, su expresión serena y controlada.

—Eliza, solo estamos preocupados, eso es todo. Nadie duda de tus habilidades.

—Me habría engañado —murmura ella, pero su postura se suaviza ligeramente bajo la mirada firme de Tarquin, lo que me enfurece aún más.

Aparto la mano de Raphael de mi hombro, su intento de pacificación evidentemente en vano. Tarquin se mantiene junto a Eliza, un apoyo silencioso, pero incluso él parece darse cuenta de que las palabras nos están fallando ahora.

—Miren, sé que esa pelea fue amañada e injusta, ¿de acuerdo?, pero no pedí refuerzos porque no los necesitaba. He estado lidiando con este tipo de mierda desde antes de poder caminar. Sé lo que estoy haciendo. ¿Creen que ese matón era más duro que mi padre? ¿Eh? Déjenme decirles, es un debilucho en comparación.

—Claramente un maldito debilucho —gruño, mi ira sobrepasando la preocupación que había iniciado todo este lío.

—¡Basta, James! —Raphael se interpone entre nosotros, su amplio cuerpo una barrera que me pica por superar—. Solo están dando vueltas en círculos.

—¡Porque ella no quiere escuchar! —grito, mirando furioso a Eliza por encima del hombro de Raphael.

—No hay nada que escuchar. Gané esta pelea en mis propios términos.

—¡Maldita sea, Eliza! ¡No se trata de ganar algún maldito concurso; se trata de mantenerte con vida! —Mis manos se cierran en puños a mis costados, los nudillos blancos por el esfuerzo de contenerme.

Sus labios se tuercen en una mueca despectiva y cruza los brazos sobre su pecho. —No necesito tu protección, James. Nunca la he necesitado.

—¡Esto fue una estupidez temeraria!

—Bueno, mejor muerta que débil —dice con tal miseria que me golpea fuerte en el corazón, y la habitación se queda inmóvil, la gravedad de sus palabras arrastrándolos a todos a un enfrentamiento silencioso.

—Escúchate, Eliza —murmuro—. ¿Crees que eres invencible? ¡Tus elecciones tienen consecuencias!

—Mis elecciones son mías para tomarlas.

—¡Tu arrogancia podría haberte matado! —Las palabras explotan de mí, la ira que he estado conteniendo ahora brotando sin control—. ¿Qué clase de líder apuesta así con su vida?

Su mandíbula se tensa, y por un momento, veo el destello de incertidumbre que tan raramente muestra. Pero luego, desaparece, reemplazado por esa determinación dura y feroz que me enfurece y me enciende.

—Mejor liderar con valentía que esconderse detrás de otros —desafía, su voz elevándose para igualar la mía.

—¿Valentía? —replico, devolviéndole la palabra como un arma—. ¡Hay una línea muy delgada entre la valentía y la estupidez, Eliza! ¡Ayer, la cruzaste!

Ella retrocede como si la hubiera abofeteado, su cabello castaño ondulando con el movimiento. Por un instante, su compostura se quiebra, revelando el peso que lleva sobre esos hombros delgados: expectativas, legado, la carga del mando.

—Eliza, ¡mira lo que nos estás haciendo, lo que te estás haciendo a ti misma! —Mi frustración alcanza su punto máximo, cruda y ardiente—. No se trata de demostrar que puedes hacerlo sola. ¡Se trata de sobrevivir!

—Sobrevivir... —Su susurro corta la tensión, y entonces, inesperadamente, sus defensas se derrumban a su alrededor. Las lágrimas se derraman, trazando caminos húmedos por sus mejillas, y mi respiración se entrecorta ante la visión.

—Mierda, Eliza —murmuro, la pelea drenándose de mí mientras soy testigo de cómo su fachada de fuerza se disuelve en vulnerabilidad. La visión de ella llorando es desconcertante, y apaga los últimos restos de mi ira, dejando un dolor hueco en su lugar. Cierro la distancia entre nosotros, mi dolor porque no confió en nosotros luchando contra la necesidad de envolverla y protegerla de la mierda del mundo.

Su cuerpo está rígido, una estatua de desafío derritiéndose bajo el calor de sus lágrimas. No se aparta cuando me acerco a ella, y eso es toda la invitación que necesito. Mis brazos la rodean, atrayéndola contra mi pecho, y ella se derrumba sobre mí con una fuerza que me quita el aliento de los pulmones.

—Mierda —balbucea, sus brazos aferrándose a mi cintura como si yo fuera lo único que la ancla a la cordura. Sus sollozos se ahogan contra mi camisa, cada uno como un cuchillo que se retuerce más profundamente en mis entrañas.

Aprieto mi abrazo, sintiendo los temblores que sacuden su pequeño cuerpo. El impulso de protegerla, de mantenerla a salvo, es abrumador, más fuerte que cualquier ira o miedo a perderla en esta despiadada vida en la que estamos enredados. —No estás sola, Eliza —susurro en su cabello, mi voz apenas un gruñido—. Nunca sola.

El agarre de Eliza se afloja y da un paso atrás. Sus ojos, aún feroces a pesar del enrojecimiento, se encuentran con los míos mientras toma una respiración entrecortada.

—Lo siento —murmura, y es como escuchar un disparo en un funeral: inesperado y desconcertante—. Me pasé de la raya.

Alcanzo la caja de pañuelos en la mesa lateral, saco uno y se lo entrego. Ella lo arrebata, secándose suavemente los ojos magullados.

—Escúchame —digo, con un tono más suave pero no menos firme—. Estás perdonada. Pero joder, Eliza, tienes que empezar a dejarnos cubrirte las espaldas. Esto no es un juego, es vida o muerte ahí fuera. Estas pruebas avanzadas, como la maldita cuarta ronda, están diseñadas para

equipos, no para jugadores solitarios. Están hechas para probar el liderazgo y el trabajo en equipo, y te lo digo, si intentas hacerlo sola, vas a terminar muerta.

Su mandíbula se tensa, y sé que está conteniendo una réplica. Pero luego, lentamente, asiente. —Lo sé —dice, su voz casi un susurro—. Lo sé ahora. También sé que estaba amañado. No hay maldita manera de que el ejecutor de Connor se lo hubieran dado a nadie más para pelear con uno o más jugadores. Eso era para mí y solo para mí. Pero por eso tenía que hacerlo yo misma. Para demostrarles a estos cabrones que pueden meterse conmigo todo lo que quieran, pero no pueden derribarme. ¿Entiendes eso? ¿Entiendes que Damon Hughes tiene enemigos, y yo soy la perra que anda por ahí con una diana en la espalda?

—Todas nuestras familias tienen enemigos, Eliza —murmuro—. Así que sí, lo entendemos. Todos nosotros.

—Pero ustedes son cuatro tíos grandes y fuertes. —Arrastra las últimas cuatro palabras para recalcar que ella es diferente, y que necesitamos empezar a actuar como tal, joder—. Y yo solo soy una chica.

—Solo una chica —me burlo mientras Raphael resopla con desaprobación—. Eres una mujer jodidamente feroz, Eliza.

—Tal vez, pero para ellos... —Hace un gesto con la cabeza hacia el mundo exterior—. Ven a una chica con el gran nombre de papá. Sé que hay otras mujeres aquí en mi situación, pero ellas no son la heredera de los Hughes. Yo lo soy. Tengo que lidiar con esa mierda a mi manera. Si necesito su ayuda, la pediré. Hasta entonces, ustedes me cubren las espaldas, yo les cubro las suyas, pero si me someten a estas estúpidas pruebas para demostrar mi lugar aquí, lo haré sola hasta que no pueda más.

La miro fijamente, sus ojos verdes oscurecidos por el peso de lo que acaba de decir. El silencio se extiende, pesado y denso como la niebla sobre un cementerio. Siempre ha sido una fortaleza de soledad, intocable, pero ahora realmente veo por qué.

En el silencio, Tarquin da un paso adelante, con el ceño fruncido. —Entonces espera, retrocede un momento, ¿estás diciendo que te prepararon para fracasar? ¿Para sacarte del juego?

Ella asiente, una feroz determinación reemplazando su anterior desafío. —Exactamente eso.

—Entonces jugaremos con sus propias reglas —declaro—. No les des la maldita oportunidad de sacarte del tablero, Eliza. Incluso tú tienes que ver que eso es inevitable si caes en sus manos.

Sus labios partidos se aprietan en una línea sombría, el fuego reencendiéndose en esos ojos esmeralda. —Siempre juego para ganar, James. Pero tienes razón, es hora de que cambiemos las putas reglas.

Tengo que admirarla, incluso cuando estoy muerto de miedo por su seguridad. La habitación vibra con el silencioso acuerdo de los demás. Todos tenemos algo que perder en este juego, y Eliza es nuestra reina en este tablero de ajedrez sangriento y salvaje.

—Haremos que se arrepientan de cambiar las reglas —gruñe Oliver, su voz profunda retumbando como un trueno mientras entra en mi campo de visión. Ni siquiera sabía que se había unido a nosotros.

Eliza respira hondo, dejando que el apoyo de sus hombres la fortalezca. —Vamos a enviar un mensaje alto y claro —afirma con firmeza—. Pero después de que muera, acurrucada en un rincón, ¿vale?

Riéndome, tomo su brazo mientras me da una sonrisa tan descarada como su rostro golpeado se lo permite.

—Cuenta con ello.

CAPÍTULO 24

RAPHAEL

Me deslizo entre las sombras de la Universidad Castle, mis ojos escudriñando el enjambre de estudiantes como si fueran presas. El frío en el aire no me afecta; estoy de cacería, cada terminación nerviosa hormigueando de anticipación. Mi objetivo no es algún chico de ojos grandes cargado de libros; es un mercenario, uno que se ha estado acercando a David Grenville, el bastardo con una venganza contra mi mujer.

Soy un fantasma, invisible, inaudible. Tengo contactos en cada rincón de esta ciudad y más allá, y todos están demasiado ansiosos por soltar lo que saben por un fajo de billetes o una promesa de protección, moneda barata en un mundo donde la lealtad se puede comprar y vender.

—Eh, Raph —gruñe una voz desde las sombras, su dueño una figura imponente conocida por mí como Tank.

—Habla.

—Han visto a tu tipo por ahí —responde Tank, sus ojos moviéndose rápidamente, asegurándose de que estamos solos—. Un bar de mala muerte junto al río, El Ancla Oxidada. No tiene pérdida.

Mis labios se curvan en una sonrisa burlona. El Ancla Oxidada es un pozo negro, perfecto para la clase de escoria que busco. Le lanzo a Tank un asentimiento y unos cuantos billetes; ha hecho su trabajo.

Mientras el cielo se oscurece, me dirijo hacia el bar, el olor a cerveza derramada y sueños rotos haciéndose más fuerte con cada paso. Casi puedo saborear el miedo que pronto infundiré en el corazón del hombre que se atreve a meterse con Eliza y Los Reyes.

La puerta se abre con un chirrido que ha visto demasiadas noches largas; el hedor a cerveza rancia y desesperación me golpea como un puñetazo. El Ancla Oxidada es un agujero de mierda, pero es del tipo con el que estoy familiarizado. Mis ojos recorren el lamentable surtido de clientes antes de fijarse en mi objetivo.

Esto fue demasiado fácil, pero de nuevo, mirándolo, no necesita esconderse en las sombras. Lástima que se metió con el equipo equivocado.

Está agazapado en la esquina, una masa enorme de músculos con una cara que ha visto más puños que un guante de boxeo. Me muevo entre la escasa multitud, cada paso deliberado, silencioso, un depredador acercándose a una presa desprevenida. Nadie me presta atención; aquí, todos tienen sus propios demonios con los que lidiar.

Antes de que se dé cuenta de que estoy allí, estrello la cara de Drago contra la dura mesa de madera, su gruñido perdiéndose en el residuo pegajoso de cerveza derramada. —¿Sabes quién soy? —pregunto, mi voz cortando el repentino silencio del bar como un trozo de hielo.

—Sí —se burla—. Casi te arranco la puta cabeza.

Riéndome del casi fallo de Tarquin, curvo mi labio hacia arriba. —Hermano equivocado, imbécil. La tuviste fácil con él, conmigo, no tanto.

—Que te jodan —gruñe.

Me río, oscuro y sin humor, apoyándome pesadamente en la parte posterior de su cuello y apretando mi agarre en el cuchillo que tengo en el cinturón. La hoja capta la luz tenue, proyectando sombras siniestras sobre ambos mientras lo saco lentamente. —Eso no es amable —digo, el filo del acero frío contra su garganta—. Dame lo que quiero, o decoraré este basurero con tus entrañas.

Sus ojos se entrecierran, y finalmente se da cuenta de la tormenta de mierda en la que se ha metido. Con la seguridad de Eliza en juego, no hay nada que no haré. Nada.

—¿Qué quieres saber?

Mi hoja se desliza por la mejilla del mercenario, añadiendo a las cicatrices ya grabadas en la piel rugosa, haciéndolo gruñir.

—Estás manteniendo compañía seriamente idiota, Drago —digo conversacionalmente—. Grenville es un imbécil.

—No me digas —arrastra las palabras.

—¿Así que no eres leal?

—Solo a quienes pagan. Él paga.

—¿Y a los que prometen destriparte?

—Lo diré de nuevo, imbécil. ¿Qué quieres saber?

Se acaba el tiempo. No va a dejarme que lo retenga por mucho más. Se está tensando, preparándose para liberarse, pero es un profesional. Lo está pensando bien, marcando sus salidas.

—¿Cuáles son sus planes para Eliza Hughes?

—Quiere deshacerse de ella, quiere reclamar el trono para sí mismo.

—Vaya, no me digas. Detalles, cabrón, detalles.

—Tiene gente dentro. Planean un golpe.

Un golpe.

Las palabras son como hielo en mis venas.

—¿Cómo?

—No puedo decirte lo que no sé.

—Estás siendo muy cooperativo.

—No le tengo ninguna lealtad. Es un mequetrefe.

—Bueno, en eso estamos de acuerdo.

—¿Estás protegiendo a esa zorrita? Ella me apuñaló.

—Sí, lo sé, y llámala zorra otra vez, y me aseguraré de que la próxima vez te mate.

Él se burla. —Espero con ansias otro encuentro con ella. Tiene agallas.

—Suena a admiración.

—No importa lo que tengan entre las piernas, a algunas personas hay que respetarlas.

—Estás haciendo que sea difícil querer matarte.

Él resopla. —Lo mismo digo.

—Sabes que si la tocas, morirás.

—Lo sé, Carver.

Lo suelto con una mirada de reojo. —Sabes que lo digo en serio, ¿verdad?

—Todo el mundo lo sabe.

—¿Quieres ganar el doble de lo que Grenville te está pagando?

Levanta una ceja mientras desliza su pulgar por el corte en su mejilla. —Te escucho.

—Un clásico doble juego. Ahora trabajas para mí, pero mantienes tu trabajo con Grenville. Cuando llegue el momento, estarás de mi lado. ¿Cómo suena eso?

—Depende. ¿Cuánto pagas?

—¿Cincuenta mil te suena bien? La mitad ahora, la mitad cuando Grenville sea eliminado. Nadie lo toca excepto Eliza. Tú estás ahí para asegurar que ambas cosas sucedan. ¿Entendido?

—Sí. —Mete la mano en el bolsillo de su chaqueta, y me tenso, empujando mi navaja bajo su barbilla.

Con una sonrisa socarrona, saca su teléfono. —Datos bancarios.

Asintiendo ligeramente para que continúe, los muestra mientras saco mi propio teléfono. No se mueve ni un centímetro mientras tomo sus datos y le transfiero veinticinco mil. —Querré que me lo devuelvas si siquiera olfateas en dirección a Eliza.

—Ya no me interesa. No vale veinticinco mil.

Me río, guardando mi teléfono. —Eso justo ahí me muestra todo lo que necesito saber sobre ti. Me pondré en contacto, Viktor.

—Estaré esperando.

Me doy la vuelta, sintiendo el frío de la sombría atmósfera del bar en mi piel. ¿Así que David quiere una guerra? La tendrá. Va a ser todo un espectáculo.

Silenciosamente, me deslizo en la noche, la oscuridad abrazándome como una vieja amiga. Mis pensamientos corren: estrategias, contingencias, formas de protegerla de la tormenta que se avecina, pero al final del día, acabo de asegurar su victoria en esto. Todo lo que tiene que hacer es disparar el arma.

Salgo a zancadas del bar, el fresco aire nocturno despejando mis pensamientos. Estamos a punto de desatar el infierno, y que el cielo ayude a cualquiera que quede atrapado en el fuego cruzado.

CAPÍTULO 25

ELIZA

Todo mi cuerpo me duele una barbaridad, pero no iba a faltar a clase hoy y dar pie a rumores de que a Eliza Hughes le habían dado una paliza. Ni de coña.

El aula se siente como una jaula, las paredes cerrándose sobre mí mientras estoy sentada, tratando de concentrarme en el monótono zumbido del profesor. Pero es inútil; mi piel se eriza con la certeza de que alguien me está observando. Mis ojos aún hinchados recorren el lugar, rápidos y agudos, buscando la fuente. Nadie parece fuera de lugar, pero la sensación clava sus garras más profundo, inquietándome.

Al final de la clase, me levanto rígidamente y me echo la mochila al hombro con una mueca. Imogen está frente a mí tan pronto como pongo un pie fuera de la puerta.

—Eliza, hola —está vestida para matar, toda líneas elegantes y marcas de diseñador, una princesa de la mafia hasta en sus Jimmy Choos. Su acercamiento dispara alarmas en mi cabeza; después de todo, ella fue el cebo en la trampa de David.

—Imogen —murmuro, manteniendo mi voz uniforme. Me enderezo, asegurándome de que mi postura no traicione el dolor que recorre cada célula.

—Eres una maldita dura, ¿lo sabías? Tus chicos te gritaban que pidieras su ayuda, pero no la necesitabas. Fue seriamente impresionante.

—Sí.

—Escucha, sobre la otra noche, no tenía idea de que era una emboscada. Espero que sepas que no te traicionaría.

—En realidad no te conozco lo suficiente para hacer esa evaluación. Tú fuiste quien me dijo dónde ir.

—Sí, lo sé. Se ve mal —murmura, mirando hacia abajo—. A mí también me utilizaron. Supongo que sabían que estaba haciendo un movimiento para una alianza.

—Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto?

—Esa es la cuestión, ¿no? Alguien va a sangrar.

—¿Ah, sí? —desafío, cruzando los brazos sobre mi pecho. La reputación de Imogen definitivamente la precede; es astuta, tiene conexiones y no debe ser subestimada. El tipo de aliada que quieres tener de tu lado, si puedes confiar en ella.

La estudio por un largo momento, sopesando los riesgos. La validación de Tarquin no es suficiente por sí sola, pero si es fiel a su palabra, Imogen podría ser invaluable. Una pieza en el tablero de ajedrez que no puedo permitirme ignorar. —Vamos a tomar algo.

Caminamos hacia un rincón apartado de la cafetería del campus, mi espalda recta como una hoja, todos mis sentidos sintonizados con los murmullos de conspiración que parecen gotear de las paredes. Es un juego del gato y el ratón donde soy tanto depredadora como presa, y la

confianza es un lujo que no puedo permitirme.

—Eres un maldito faro de poder aquí. Tu control sobre Castle se está fortaleciendo.

—La adulación es barata —murmuro, con los ojos entrecerrados, pero hay una parte de mí que saborea el reconocimiento. El poder exige respeto, y el respeto es moneda de cambio en nuestro mundo.

—Cierto —concede con un asentimiento—, pero ¿la lealtad? Eso vale su peso en oro. Y oficialmente te estoy jurando la mía.

—¿Ah, sí? —Golpeo con un dedo en la mesa, como si nada, pero por dentro, mi mente está acelerada. La lealtad de Imogen podría ser útil, si es genuina—. ¿Y qué ganas tú con esto?

—Supervivencia. Prosperidad. Emociones —dice, enumerándolas con los dedos—. Además, somos de la misma calaña, tú y yo, dos mujeres fuertes en un mundo de hombres.

—Bueno, no puedo discutir eso —Aceptar su oferta se siente como caminar sobre una cuerda floja, pero lo hago de todos modos—. Está bien, Imogen. Acepto tu lealtad, pero si me traicionas, desearás no haberlo hecho.

—Oh, lo sé. Después de lo que hiciste en el concurso de combate, no quisiera estar en tu lado malo.

Compartimos una sonrisa, y me relajo tanto como puedo.

Mientras hablamos, una chispa de intuición se enciende dentro de mí. Esa sensación otra vez, como si unos ojos me taladraran el cráneo. Mi columna se estremece y miro casualmente alrededor, escudriñando el área sin parecer que lo hago. Los estudiantes charlan sobre sus cafés y portátiles, ajenos a las corrientes subterráneas que palpitan justo bajo la superficie.

Mi instinto se retuerce, diciéndome que se está gestando un problema. Alguien está jugando un juego más profundo, y necesito averiguar quién antes de que repartan una mano que no pueda superar.

Me obligo a respirar, de manera constante y lenta. Alguien está ahí fuera, observando, esperando. Las piezas del rompecabezas se dispersan en mi mente, un puzle de rostros e intenciones. Agujas de instinto pinchan mi piel, susurrando que la respuesta está cerca, demasiado cerca. Tengo que actuar y rápido.

—Tengo que irme. Ya nos veremos —murmuro y me pongo de pie. Imogen se despide con un gesto y yo me apresuro a salir del café y bajar por el camino, cada paso me lleva más cerca de la casa de la ciudad y de Los Reyes. Necesitamos hablar, armar este jodido rompecabezas antes de que sea demasiado tarde. Nuestro mundo no tiene coincidencias, al menos no de las que auguren nada bueno.

La casa de la ciudad se alza ante mí, sólida y silenciosa. Es una fortaleza en una universidad disfrazada de patio de juegos para los ricos y mortíferos.

Empujo la puerta para abrirla, mi determinación es un cable vivo que chispea a través de mí. —¡Chicos!

Al entrar en la sala de estar, la mirada aguda de Tarquin se encuentra primero con la mía, arqueando una ceja cuando me ve. Raph se nos une poco después, y Ollie y James lo siguen, todos parecen que ni siquiera se han despertado del todo mientras yo ya he ido a clase.

¿No se molestan?

Quizás no lo necesiten.

Qué suerte tienen.

—¿Qué pasa? —pregunta James, desplomándose en un sillón y cruzando los brazos. Las cosas siguen un poco frías entre nosotros, pero eso es culpa mía. Me llamó la atención, y no me gustó, pero es hora de aguantarse y seguir adelante.

—Iré al grano. Alguien me ha estado siguiendo. No solo hoy. Ha estado pasando durante días, y no es solo paranoia. Puedo sentir unos ojos taladrándome, siguiendo cada uno de mis putos movimientos.

—Esto es parte de un cuadro más grande —murmura James—. Aquel en el que la prueba estaba amañada. No fue Grenville; él no tiene tanta influencia. Esto viene de más arriba.

—Sí, estoy de acuerdo —murmuro, encontrando su mirada y dedicándole una sonrisa.

—Necesitamos sacarlos a la luz, averiguar quién está tan interesado en mantenerte vigilada, y por extensión, a todos nosotros. —Me devuelve la sonrisa, y siento que la tensión se alivia un poco.

—Podría ser alguien apuntando a un objetivo más alto, usándote como un trampolín —dice Oliver, su tono teñido de un filo de acero.

—Así que papá, entonces —digo con un suspiro, habiendo tenido la sensación de que llegaríamos a esto.

—De cualquier manera, los sacaremos de su escondite —dice Tarquin con una calma letal.

—No descartemos a alguien nuevo intentando hacerse un nombre —dice Raphael, apoyándose contra la pared con un aire de intensidad casual.

—Las grandes ligas entonces —reflexiono, cruzando los brazos sobre el pecho. La idea me provoca un escalofrío en la columna, pero no es miedo, es la emoción de la caza—. Alguien que cree que puede alterar el equilibrio aquí en Castle.

—Los cabrones no saben en lo que se están metiendo —murmura James, su mirada clavándose en la mía, la intensidad rayando en lo posesivo.

—No, pero les mostraremos que no se meten con la futura Reina y sus Reyes.

CAPÍTULO 26

ELIZA

Metódicamente, uso a Flick para cortar una manzana verde crujiente, dándole la espalda al resto de los chicos en la cocina.

—¿Vas a cortar una para mí? —pregunta Oliver.

—No.

—Vamos. Nadie me cortará nunca una manzana.

—Ve a pedírselo a tu madre.

—Ella tampoco lo hará.

—Bueno, entonces parece que estás jodido.

—Perra.

—Vete a la mierda.

Al segundo siguiente, siento un tirón en la parte trasera de mis pantalones de chándal y luego un ligero golpe cuando los suelta.

Clavando a Flick en el resto de la manzana, no me doy la vuelta mientras pregunto:

—¿Qué coño estás haciendo?

—Comprobando si te has puesto los pantalones de insolencia hoy. Y sí, los llevas puestos.

—No me provoques —gruño mientras los otros chicos se ríen en voz baja—. Mi nivel de picante está al nivel del chile fantasma ahora mismo.

—Oh, ¿alguna vez has comido uno de esos? Yo sí. Fue un reto en el internado.

Envolviendo mi puño alrededor de Flick, todavía clavado en la manzana, me doy la vuelta.

—¿Y realmente te lo comiste?

—Le di un mordisco como si fuera una manzana.

—Entonces eres más idiota de lo que pareces —digo, dándole un mordisco a mi manzana.

—Ves, pantalones de insolencia. —Señala hacia mi entrepierna.

—Lárgate —murmuro entre mordiscos—. Tú, por otro lado —apunto con la manzana empalada a Raphael—, necesitas empezar a hablar.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que mi padre quería contigo el otro día.

—Ah, sí. Casi me había olvidado de eso. Aquí... —Se inclina hacia el cajón inferior cerca de donde está parado y luego lanza una carpeta como un frisbee a través de la isla de la cocina que nos separa.

—¿Qué es esto? —Dejo la manzana y abro la carpeta, arqueando una ceja ante el contenido —. Genial. Esperaba que él no supiera de esto.

—Por supuesto que lo sabe —dice Raph.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer al respecto?

—Está resuelto.

—¿Qué significa eso?

—Significa que fui y lo resolví. Cuando llegue el momento, Drago estará de nuestro lado. Mientras tanto, mantiene su fachada para Grenville. Pero dijo que Grenville tiene gente infiltrada buscando atentar contra ti.

El silencio desciende.

—¿Y no te molestaste en decírmelo antes porque...? —Estoy furiosa. ¿Cómo se atreve a ocultarme esta mierda?

—Bueno, tan pronto como regresamos de ver a tu padre, estaba el concurso. Luego te desmayaste, y tú y James se pelearon y te desmayaste de nuevo. Luego estabas en el campus, y volviste con las noticias del acoso, y ahora estás aquí, y te lo estoy diciendo.

Parpadeando, asimilo eso con un temperamento en aumento.

—Entonces, ¿cuándo viste a Drago en todo esto?

—Después de tu pelea con James.

Tarquin lo mira con furia, al igual que James y Oliver.

—Supongo que fuiste el único que fue.

—Sí. No necesitaba respaldo. Los hombres como Drago responden a una cosa y solo a una cosa. Yo tengo más de eso que Grenville, así que está resuelto.

—¿Ego? —gruño.

Me da una sonrisa lenta y perezosa que me dice que no estoy equivocada, pero que no es a donde quería llegar con esto.

—Dinero en efectivo.

—Hmm. —Me vuelvo hacia James—. ¿Vas a cagarte en él por ir solo?

—No. Él sabe lo que hace.

—¿Y yo no? —La dulzura en mi voz es letal, y él lo sabe.

Entrecierra los ojos, y la comisura de su boca se tuerce en una sonrisa.

—Él volvió sin un rasguño. Tú pareces como si te hubiera atropellado un camión de diez toneladas, que luego retrocedió para darte otra pasada.

—Que te jodan.

—Eres un hombre valiente —señala Oliver, agarrando mi manzana de la punta de Flick y mordiéndola—. Esos pantalones de chile fantasma están a punto de estallar en llamas.

—No estás ayudando —murmura Tarquin—. Mira, Raph, entiendo que ha sido un caos por aquí, pero Eliza tiene razón. Deberías habérselo dicho al menos a uno de nosotros. Más aún, ya que esto confirma lo que Eliza estaba diciendo ayer, y tú simplemente te quedaste ahí sin decir nada.

—Sí —dice, pasándose la mano por el pelo—. Estaba intentando recabar más información antes de mencionarlo. Esto añade un nivel completamente nuevo a todo esto... —Levanta la mirada cuando suena el timbre—. Esperad aquí —murmura, y todos obedecemos porque las puertas al final del camino de entrada se cerraron anoche después de la revelación sobre mi acosador, lo que significa que alguien las escaló para tocar el timbre.

Intercambiando una mirada con Tarquin, sonrío, agradecida por este apoyo. Él me devuelve una sonrisa adorable, y enciende mis motores de lujuria. Puede que aún esté magullada, pero esta chica tiene grandes necesidades sexuales, y ahora mismo, estoy cachonda como una perra.

Raphael regresa con una caja de aproximadamente la mitad del tamaño de una caja de zapatos. —Está dirigida a ti —me dice, colocándola cuidadosamente en la isla.

—Supongo que el repartidor no estaba allí para entregártela en mano, ¿verdad?

—No, la dejaron en el felpudo.

—Y esquivó todas las cámaras que tenemos fuera —dice James, mirando fijamente su teléfono—. ¿Cómo? ¿Cómo coño lo lograron?

—Un profesional —murmuro, lamiéndome los labios y alcanzando la caja.

Cojo a Flick y corto la cinta con destreza. Los hombres se acercan a mi alrededor, con sus instintos protectores en alerta. Mi corazón late con fuerza en mi pecho porque no es todos los días que alguien logra acercarse tanto sin que lo notemos.

Al levantar la tapa, encuentro una sola rosa negra encima de un trozo de papel blanco doblado. La elegancia de la presentación hace poco para calmar el escalofrío que recorre mi espalda. Saco la rosa, sus pétalos suaves y sedosos contra mis dedos, una belleza ominosa. Desdoblo el papel y escaneo las palabras escritas en una caligrafía tan meticulosa que podría haber sido impresa.

—Querida Eliza —leo—, considera esto una muestra de admiración y una advertencia. El reinado de tu familia ha estado sin desafíos durante demasiado tiempo. Es hora de que surja sangre nueva. Ten cuidado en quién confías.

La habitación queda en un silencio sepulcral. Una advertencia y una amenaza envueltas en una. Arrugo el papel en mi mano, la furia irradiando de mí como el calor de una llama.

—¿Quién coño es este? —gruñe Tarquin.

—No lo sé —admito con los dientes apretados—, pero hoy han cometido un error enorme; lo han hecho jodidamente personal.

Arrojando la rosa de vuelta a la caja, clavo la punta de Flick en los pétalos, más que cabreada. —Esto es absurdo —murmuro.

—Tampoco es Grenville —insiste James—. Ahora tenemos dos cabrones de los que cuidarnos.

—Tal vez más —dice Oliver sombríamente.

—¿Sabéis qué? —pregunto, cogiendo la caja y tirándola a la basura—. Que vengan. Dadme hoy para comer y dormir y follar, y mañana podemos volver a ello.

—¿Follar? —pregunta Oliver, con una nota esperanzada en su voz.

Le sonrío seductoramente. —Aún no hemos llegado a ese punto, tigre. Me gusta la tensión lenta que tenemos.

Él resopla. —Sí, a un hombre le encanta la tensión lenta.

—Paciencia —murmuro, encontrando la mirada de James mientras su mirada se funde con la mía—. Paciencia.

—Eso nos deja a nosotros entonces —dice Raphael con una sonrisa sexy.

—Bueno, eso deja a Tarquin. Aún no estoy segura de que tú hayas salido de la perrera.

—¿Por qué estaba allí en primer lugar? —protesta.

—Por ocultarme cosas que me involucran y que vinieron de mi padre. Si hubiera sido asunto de los Carver, no me importaría tanto. ¿Entiendes de dónde vengo?

—Sí —dice con firmeza—. No volverá a suceder.

—Más te vale. Ahora, esta manzana no me está quitando el hambre. ¿Alguien sabe cocinar un desayuno decente por aquí?

Oliver levanta la mano, lo cual no me sorprende. —Yo.

—Entonces tú eres el chef.

Oliver, para mi diversión, saca un delantal y se lo pone antes de ir por la cocina reuniendo todos los ingredientes para un desayuno completo, empujándonos hacia la mesa en la esquina donde me siento y lo observo, perdida en mis pensamientos.

La cocina se llena con el aroma del tocino chisporroteante y los huevos revueltos mientras Oliver maneja la estufa como si hubiera nacido para ello. El tocino no es exactamente mi elección habitual para el desayuno, pero ahora mismo, necesito comida reconfortante.

El sonido de la tostadora me devuelve a la realidad, y la voz de Tarquin rompe mi aturdimiento. —¿Entonces vamos a dejar pasar esto hasta mañana? —pregunta, con sus ojos serios mientras mira entre nosotros.

—Hoy recargamos energías —digo con firmeza, alcanzando la pila de tostadas doradas que Oliver coloca en la mesa—. Necesitamos todos los cilindros funcionando si vamos a lidiar con esta mierda. Además, tratar cualquier cosa con el estómago vacío es una mala idea.

Oliver desliza un plato frente a cada uno de nosotros. Nos sentamos alrededor de la mesa como si no fuéramos la próxima generación de duros en nuestras familias. Mientras nos lanzamos a nuestro desayuno, puedo notar que todos estamos tensos, pero hay un acuerdo silencioso de que vamos a disfrutar de esta paz momentánea antes de que la mierda golpee el ventilador, al estilo de Los Reyes.

Y sí, no te equivoques, me incluyo en eso al cien por cien.

CAPÍTULO 27

ELIZA

—Joder —jadeo, la palabra un susurro desgarrado arrancado de mi garganta. Mi cama se convierte en un altar donde Raphael, Tarquin y yo nos veneramos mutuamente. Los labios de Raphael dejan un rastro de fuego por mi cuello mientras las manos de Tarquin, esas hábiles manos criminales, me exploran con un hambre posesiva que mezcla dolor con placer.

—Eliza —suspira Raphael contra mi piel, su voz áspera por el deseo. Sus dedos se clavan en mis caderas, dejando marcas que me recordarán este momento durante días—. Dinos si te hacemos daño.

—Dios, se siente tan bien —gime Tarquin, sus palabras vibrando contra la carne sensible de mi clavícula. La presión de sus cuerpos contra el mío es implacable, una marea de necesidad que está a punto de arrastrarme.

—Estoy bien —murmuro, sin siquiera sentir el dolor mientras sus labios me recorren, mi hambre de comida saciada, pero no de ellos. Nunca de ellos, al parecer.

Mientras yacemos enredados en medio de la cama, nuestros besos son profundos y desesperados mientras el calor entre nosotros se hincha hasta un punto casi insoportable.

Las yemas de los dedos de Raphael se deslizan por mi espalda, trazando el contorno del tatuaje de la calavera y la rosa. El toque es suave, pero enciende un rastro de fuego que se extiende por mí, enviando escalofríos por mi columna. Es una mezcla embriagadora de placer y dolor, un recordatorio de quién soy y lo que represento.

—Hermoso —murmura, su aliento cálido contra mi hombro—. Es más que tinta. Es fuerza. Es desafío.

Inclino la cabeza para darle mejor acceso, perdida en la sensación de sus dedos bailando sobre mi carne. Raphael entiende el significado de este diseño; no es solo arte corporal, es un símbolo del legado Hughes que llevo en mi piel, una marca de poder y muerte entrelazada con belleza.

Sus labios siguen el mismo camino que sus dedos mientras Tarquin devora mi boca, su mano deslizándose entre mis piernas. Sus dedos se deslizan sobre mi clítoris, y arqueo la espalda, presionando mis pechos contra su pecho duro y tatuado. Estos dos hombres son algo especial, y una pequeña parte de mí anhela llamarlos míos en mi corazón, no solo en mi cuerpo. Pero algo me sigue frenando: el miedo a amar y perder. Amé a mi madre con todo lo que tenía, y ella murió, dejándome completamente sola para ser criada por un padre que a veces me preguntaba si deseaba que fuera un niño, un hijo con quien tuviera más en común.

—¿Todo bien? —pregunta Tarquin al verme alejarme ligeramente.

Sonriendo, aparto los pensamientos melancólicos—. Sí, todo bien.

Aceptando eso, empuja dos dedos profundamente en mi coño mientras Raphael se estira para pellizcar y retorcer mis pezones hasta que todo en lo que puedo pensar es en ellos de nuevo.

—Joder, Eliza —gruñe Tarquin entre embestidas de sus dedos—. Estás tan jodidamente mojada para nosotros.

Raphael gruñe su acuerdo, su polla presionando insistentemente contra mi muslo—. Siempre está lista para nosotros —añade con oscura diversión, besando el cuello hasta morder el punto justo encima de mi clavícula.

Puedo sentir el calor acumulándose en mi centro, una señal de advertencia de que estoy a punto de estallar—. No paren —logro decir, mi voz apenas más que una súplica sin aliento.

Raphael cambia ligeramente su posición y, sin más preámbulos, cuando Tarquin retira sus dedos, embiste dentro de mí desde atrás, llenándome completamente en una profunda estocada.

Grito ante el placer que me atraviesa, agudo y dulce.

—Más —gimo.

Las embestidas de Raphael son implacables y profundas, cada una empujándome más cerca del borde. La mirada de Tarquin está fija en la mía, sus ojos oscuros de hambre. Desliza su polla en mi boca, y lo chupo con avidez, saboreándolo, sintiendo su polla palpitar contra mi lengua.

Su ritmo está sincronizado, una danza perfecta de empuje y tirón que no deja ninguna parte de mí sin tocar, sin reclamar. La mano de Raphael se desliza hacia mi clítoris, frotando en círculos apretados que envían descargas eléctricas a través de mí.

—Eliza, nos tomas tan bien —gime Raphael detrás de mí, su voz espesa de lujuria—. Un jodido ajuste perfecto.

Tarquin deja escapar una risa baja mientras me ve trabajar su polla—. Nos toma como si hubiera nacido para ello.

Quién sabe. Tal vez lo fui. Nacida en un mundo de lealtad y traición, donde el amor es un juego peligroso y el placer es solo otra arma para empuñar, una verdad que abrazo tanto como lucho contra ella.

Es violento y hermoso.

—Eliza —jadea Tarquin mientras lo tomo más profundo, mi cabeza moviéndose al ritmo de las embestidas de Raphael—. Joder, te necesito.

Raphael acelera, embistiendo más fuerte, más rápido, hundiendo su polla en mi coño empapado que lo aprieta mientras la ola de mi orgasmo me golpea, estrellándose sobre mí con la fuerza de una tormenta furiosa. Grito, apretando mis labios alrededor de la polla de Tarquin mientras mi coño se contrae alrededor de Raphael. Todo mi cuerpo tiembla mientras el placer me desgarra, crudo y primario.

Tarquin gime sobre mí, sus caderas sacudiéndose mientras folla mi boca sin control. Puedo saborear el pre-semen, resbaladizo y salado en mi lengua. Los dedos de Raphael siguen en mi clítoris, arrancándome otro orgasmo con eficiencia implacable. La habitación se llena con los sonidos de nuestros gemidos y maldiciones mezclándose en el aire como una sórdida sinfonía.

Raphael se inclina, su aliento caliente contra mi oreja.

—Vas a ser una buena chica y venirte otra vez para nosotros, ¿verdad, Eliza? —gruñe. Sus palabras son una orden que envía otra oleada de calor directamente a mi centro.

—Sí —jadeo, ansiosa por sentir ese éxtasis de nuevo—. Por favor, hacedme venir.

—Esa es nuestra chica —dice Tarquin con maliciosa aprobación. Sale de mi boca y se desliza para capturar mis labios en un beso brutal.

Con unas cuantas embestidas más implacables de la polla de Raphael, y los dedos de Tarquin reemplazando a los de Raph en mi clítoris, me envían en espiral hacia otro orgasmo. Mi visión se

nubla mientras el placer me consume por completo. Estoy flotando, perdida en un mar de sensaciones donde nada existe excepto su toque. Mi cuerpo dolorido grita por un respiro, pero no se lo daré. El dolor es parte del placer.

Los dedos de Raph se clavan en mis caderas, y embiste profundamente antes de descargar dentro de mí, llenándome con su semen antes de retirarse, jadeando pesadamente. Me siento y me abalanzo sobre Tarquin, empujándolo hacia la cama. A él le gusta la pérdida de control cuando lo monto hasta que su polla casi se rompe. Agarrándolo y metiendo su longitud dentro de mí, grito y arqueo la espalda. Raph me agarra el pezón, chupando y mordiéndolo hasta que me retuerzo y suplico por más.

Las manos de Tarquin agarran mi cintura, guiándome mientras lo monto duro y rápido. Sus gemidos son un afrodisíaco potente, alimentando mi deseo de llevarlo al límite. El tatuaje en su antebrazo, una serpiente enroscada alrededor de una daga, se flexiona con cada movimiento, un recordatorio del peligro y la fuerza que yace bajo su piel. En este momento, es vulnerable ante mí, pero no hay miedo en sus ojos, solo deseo crudo mientras me observa tomar lo que quiero de él.

—Eliza, vas a hacer que me corra —gime Tarquin, su voz ronca. Sus caderas se levantan para encontrarse con cada uno de mis movimientos descendentes, llevando su polla más profundo en mi coño. La fricción es deliciosa, el placer construyéndose de nuevo como una ola gigante.

—Hazlo —exijo sin aliento—. Llénname como lo hizo Raph.

Raphael nos está observando ahora, sus ojos oscuros de lujuria y algo más, algo como orgullo.

Siento que el agarre de Tarquin se aprieta alrededor de mis caderas mientras pierde el ritmo, su cuerpo tensándose debajo de mí. Con unos movimientos más frenéticos de nuestros cuerpos entrelazados, grita mi nombre mientras se deshace dentro de mí. La sensación de él pulsando y derramándose dentro de mi coño desencadena mi propio clímax, y grito, sintiendo el frío acero de la hoja de Raph presionada contra mi pezón, la punta circulando alrededor del pico, peligrosamente cerca de cortar mi piel.

—Sí —jadeo—. ¡Por favor!

La hoja presiona lo suficiente para que sienta su mordisco, un fuerte contraste con la cálida inundación dentro de mí. La mezcla de dolor y placer envía otro pulso de éxtasis a través de mi cuerpo, y tiemblo bajo la intensidad de ello.

La voz de Raphael es como un hilo de oscuridad que se entrelaza en el aire pesado. —Eres tan jodidamente hermosa así —murmura, y puedo escuchar la promesa mortal en su voz.

Lo miro a través de ojos entrecerrados, mi respiración aún viniendo en cortos jadeos. —Más —susurro, una súplica silenciosa por el exquisito borde de peligro que Raphael trae.

Con una sonrisa malvada, Raphael retira la hoja lentamente, trazando un camino hacia abajo entre mis pechos. Una delgada línea roja florece en mi piel, arrancando un jadeo caliente de Tarquin debajo de mí. La otra mano de Raph sube para acunar mi rostro, su pulgar rozando mis labios hinchados.

—¿Quieres más? —pregunta, su voz impregnada de oscura intención.

—Siempre.

Él se ríe suavemente y asiente a Tarquin, quien de mala gana suelta mis caderas. Me sacan de la polla ablandada de Tarquin y me ponen en el suelo, empujada de rodillas mientras Raphael se para frente a mí.

Raphael toma su polla semidura en su mano, acariciándose mientras me mira con hambre. —

Abre la boca para mí —ordena con un tono afilado.

Obedezco sin dudar, abriendo mi boca ampliamente. Raphael no pierde un segundo; embiste en mi boca.

El sabor de él mezclado con los restos de mi propia excitación es embriagador, y chupo con avidez, usando todos los trucos que he aprendido para llevarlo de vuelta a su dureza completa. Los dedos de Raphael se enredan en mi cabello, manteniéndome en mi lugar mientras folla mi boca con un ritmo constante.

—Nos cuidas tan bien —murmura Tarquin desde detrás de mí, su voz llena de reverencia y lujuria; es una hermosa lucha entre poder y rendición.

Tomo a Raphael más profundo, relajando mi garganta mientras me encuentro con cada una de sus embestidas. Es implacable, sin contenerse mientras folla mi boca con la misma intensidad que tenía cuando estaba enterrado profundamente dentro de mi coño. Tira de mi cabello con un agarre firme que no deja lugar a dudas sobre quién está en control.

—Eso es —jadea Raphael—. Tómalo todo. Eres tan jodidamente gloriosa cuando te sometes.

Y me someto: a la pasión, al placer que me dan, y al mundo oscuro en el que nací. Aquí es donde pertenezco: con estos hombres que son tan despiadados y hermosos como yo.

Las manos de Tarquin recorren mi cuerpo, encendiendo fuegos dondequiera que tocan. Encuentra su camino hacia mi clítoris de nuevo y comienza a frotar en círculos apretados, llevándome más cerca de otro orgasmo devastador.

Chupo más fuerte la polla de Raphael, arrancándole gemidos que vibran a través de mi centro.

—No en tu boca —murmura y se retira, levantándome y doblándome sobre la cama.

Una vez más, mi cuerpo magullado protesta, pero no pronuncio palabra.

Raph abre la tapa de un tubo de lubricante y, segundos después, sus dedos presionan contra mi orificio trasero.

—Los dos —digo con voz ronca—. Quiero tenerlos a los dos.

Tarquin se sube a la cama, con su miembro en la mano mientras se masturba hasta ponerse duro. Se recuesta y yo me arrastro sobre él, con Raph detrás de mí mientras prepara mi ano para la penetración. Tarq guía su pene hacia mi vagina y se hunde en mí al mismo tiempo que Raph empuja su miembro en mi trasero.

—¡Joder! —grito y luego tiemblo cuando la puerta del dormitorio se abre.

Miro de reojo y veo que Oliver se ha unido a nosotros, y me río perversamente—. Te lo dije, aún no, tigre.

—Solo estoy aquí para mirar —murmura—. ¿Te parece bien?

—Mientras no te importe verme empalada en dos pollas gemelas, haz lo que te plazca.

Él gruñe y se acerca, con los ojos fijos en nosotros mientras los gemelos clavan sus impresionantes miembros idénticos en mi coño y mi culo—. Joder, eres preciosa.

Saca su polla de los pantalones y se la acaricia perezosamente, observándome mientras me follan hasta casi matarme. Pero no me toca. No intenta besarme. Es puro voyeurismo, y es jodidamente caliente verlo masturbarse mientras nos usa como su porno personal.

—Córrete en sus tetas, Ollie —murmura Raph mientras me embiste el culo con un ritmo castigador.

Oliver no necesita que se lo digan dos veces. Sus movimientos se vuelven más frenéticos, su mano es un borrón sobre su eje mientras observa la forma retorcida en que mi cuerpo se mueve entre Tarquin y Raphael. La visión de mí, completamente destrozada y disfrutando cada segundo, lo empuja al límite.

Con un gruñido bajo que parece salir de lo más profundo de su pecho, Oliver se acerca más, apuntando su polla hacia mi pecho. Chorros calientes de semen salpican mis pechos, goteando entre donde Tarquin aún está enterrado profundamente dentro de mí. Jadeo ante la sensación, el calor sobre mi piel, otra capa de deliciosa estimulación que me lleva aún más cerca del borde.

Tarquin se sacude debajo de mí, arrancándome un gemido profundo con cada embestida. Mi coño se aprieta a su alrededor reflexivamente mientras la polla de Raph pulsa en mi culo al ritmo de los movimientos de Tarquin. La presión está aumentando dentro de mí otra vez, un infierno que me consumirá.

—Joder, Eliza, estás apretando mi polla tan fuerte —gime Tarquin debajo de mí.

Raphael se inclina sobre mi espalda y susurra ardientemente en mi oído—: Estás jodidamente preciosa goteando semen, pequeña asesina.

—Más —jadeo—. Más.

Él responde embistiéndome con aún más fuerza; cada empujón me empuja más sobre la polla empapada de semen de Tarquin. Mis manos arañan su pecho.

El agarre de Tarquin en mis caderas es brutal, pero es el dolor mezclado con el placer lo que me hace subir más alto.

Oliver nos observa intensamente, su mano aún trabajando su polla lentamente ahora, habiéndose recuperado de su liberación. Hay algo primario en su mirada que me hace estremecer. Todos somos depredadores aquí, pero en este momento, están completamente enfocados en devorarme.

Puedo sentir mi orgasmo construyéndose desde lo más profundo de mí mientras Raph se hunde en mi culo una y otra vez. La doble penetración es abrumadora de la mejor manera posible —. Estoy cerca —susurro entrecortadamente.

—Nosotros también —gruñe Raph detrás de mí—. Aguanta por nosotros, Eliza.

Gimo, tratando desesperadamente de contener el clímax que está a punto de destrozarme. Tarquin empuja dentro de mí una última vez, y eso es todo lo que se necesita para que mi control se rompa.

Mi orgasmo me atraviesa con la fuerza de un huracán, mis gritos llenando la habitación mientras mi cuerpo se convulsiona alrededor de ellos. Las manos de Tarquin se aprietan en mis caderas, tirando de mí hacia abajo sobre él mientras se derrama dentro de mí con un gruñido de satisfacción. Los movimientos de Raphael se vuelven erráticos detrás de mí, y luego se corre, inundándome con calidez mientras se mantiene profundamente dentro de mi culo.

La intensidad disminuye lentamente, dejándome jadeando en busca de aire, temblando con las réplicas.

Raphael sale primero, su mano acariciando la curva de mi trasero antes de darle una suave palmada—. Buena chica —dice suavemente, con orgullo en su voz. Me derrumbo sobre el pecho de Tarquin, ambos resbaladizos por el sudor y el semen. Él me rodea con sus brazos, sosteniéndome cerca mientras recuperamos el aliento.

Oliver ha dejado de acariciarse, pero el hambre en sus ojos no ha disminuido ni un poco. Nos observa con una intensidad oscura que sugiere que este espectáculo solo ha avivado aún más sus deseos.

Los dedos de Oliver se enredan en mi cabello y me arrastra hacia arriba, presionando sus labios contra los míos en un beso profundo que deja mi clítoris palpitando y deseando más. Estoy a punto de ceder y darle el viaje de su vida cuando se aparta con una sonrisa maliciosa. Guarda su polla en sus pantalones y retrocede.

—A fuego lento, tigresa —murmura y cierra la puerta.

Riendo entre jadeos, me bajo de Tarq y me derrumbo en la cama. Los gemelos me rodean, brazos, labios y piernas enredados con los míos mientras bajamos de la nube.

—Nuestra —murmura Tarquin—. De todos nosotros, incluso de los dos a los que aún no les has entregado tu cuerpo.

Sonrío lentamente, porque, sí, soy de ellos, y ellos son inequívocamente míos.

CAPÍTULO 28

OLIVER

—Esto es una puta mala idea —murmuro, con los sentidos afilados como una cuchilla.

—Vamos a ir —afirma Eliza, mirándome con una expresión que no niega en absoluto la visión de ella con mi semen goteando sobre sus tetas perfectas—. Es la manera perfecta de hacer salir al rarito.

—No —dice Raph, arrojando otra caja sobre la mesa de café en la sala de estar—. Esto estaba en mi puto coche. ¡En. Mi. Puto. Coche!

—¿Qué es? —pregunto, frunciendo el ceño ante la caja negra, que esta vez es del tamaño de una caja de zapatos.

—Pues no lo sé, Ollie. Acabo de encontrarla —sisea.

—¿Es para mí? —pregunta Eliza.

—Obviamente. —La mirada fulminante de Raph no tiene tanto que ver con la pregunta francamente tonta de Eliza, sino más bien con la violación de su preciado Porsche.

—Vale, vale —murmura ella y la acerca hacia sí.

—¡Espera! —Me acerco y la cojo—. Lo haré yo.

—¿Estás seguro?

La rapidez con la que me pasó la responsabilidad me dice todo lo que necesito saber sobre sus sentimientos hacia esta nueva caja.

—A la mierda —interviene Tarquin desde la esquina mientras James se une a nosotros con ese ceño fruncido perpetuo—. Necesitamos llamar a los peces gordos.

—Si por peces gordos te refieres a nuestros padres, que te jodan —sisea Eliza—. Por lo que sabemos, esto podría ser una prueba de ellos, joder. Dios sabe que todo por aquí parece ser una maldita y jodida prueba.

—No se equivoca —murmura James, mostrándose de acuerdo mientras fija su mirada en Eliza de una manera que grita cuánto anhela hundir su polla en su coño empapado mientras ella grita su nombre. Quiero decir, no es que lo culpe. Me está matando aquí.

—Abre la caja —ordena Eliza, dedicándole a James una sonrisa lenta que lo ilumina como un puto árbol de Navidad.

Colocándola de nuevo en la mesa de café, me arrodillo y levanto las solapas, lamiéndome los labios al ver el contenido—. Hmm.

—¿Hmm? —inquiere ella, con una ceja levantada.

—Hmm. —Alargo la mano y saco una muñeca de trapo pequeña que ha sido decapitada, junto con la cabeza, que se parece demasiado a la de Eliza como para estar destinada a alguien más.

—Jesús —sisea ella, contemplando la escena.

—No vamos a ir a ese evento —declara Raph, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Sí, vamos a ir. Ahora con más razón —dice Eliza, poniéndose de pie—. Voy a prepararme. —Se marcha furiosa escaleras arriba, y nosotros cuatro suspiramos e intercambiamos miradas de preocupación.

—Esto es una puta mala idea —murmuro.

—Ya lo has dicho —masculla Tarquin.

—No por eso deja de ser cierto.

—No podemos hacerla cambiar de opinión —dice James.

—Pareces estar poniéndote de su lado mucho últimamente —gruño—. ¿Te sientes mal por vuestra pelea?

—Bueno, sí —dice encogiéndose de hombros—. Pero aun así no podemos hacerla cambiar de opinión. Y por cierto, no me gusta esta idea de dejar que Eliza se encargue de Grenville. —Fulmina a Raph con la mirada.

—Hughes lo quiere así —dice Raph encogiéndose de hombros—. ¿Quieres decirle que no estás de acuerdo?

James frunce el ceño—. La verdad es que no.

—Bien, entonces cállate la puta boca y vamos a prepararnos. Nadie le quita los ojos de encima a Eliza ni por un segundo —murmura Raph, llegando a la conclusión de que James tiene razón. No podemos detenerla. Nos separamos, cada uno dirigiéndonos a nuestras propias habitaciones.

Vistiéndome meticulosamente con un traje negro y una camisa blanca impecable, admiro mi reflejo en el espejo mientras me arreglo el pelo—. Esto es una puta mala idea. Pues sí, Ollie, estoy de acuerdo. Sabía que lo estarías. Eres increíble.

Resoplando por mi conversación conmigo mismo, bajo las escaleras para ver que Raphael y Tarquin flanquean a Eliza, con James cerca, sus posturas relajadas pero alerta. Está preciosa con un vestido blanco puro que se adhiere a sus curvas, los finos tirantes sueltos sobre sus hombros mientras me mira y silba. Ella es el centro de nuestro universo, la Reina alrededor de la cual orbitamos, y esta noche, brilla más que cualquier joya en la sala.

—Vaya, vaya —me río—. Tú tampoco te ves nada mal.

Los ojos verdes de Eliza brillan con la emoción de la noche, pero veo el acero detrás de ellos. Es intocable, una Hughes de pies a cabeza, y aunque esta es su celebración, también es una demostración de poder. Su victoria en el concurso de combate no fue solo cuestión de habilidad; fue un mensaje para cualquiera que se atreva a desafiarla.

Me acerco a ella, lo suficiente para captar el aroma de su perfume, una mezcla de peligro y deseo que se ha convertido en mi adicción. —¿Estás bien? —pregunto, manteniendo la voz baja.

—Siempre —responde, con la comisura de su boca elevándose en una sonrisa que me dice que está más que lista para lo que sea que esta noche nos depare.

Somos un frente unido cuando salimos de la casa, Los Reyes y su Reina, moviéndonos por el campus y entrando en el Gran Salón, abriéndonos paso entre las multitudes que se apartan para Eliza como el mar lo hizo para Moisés. Observo cada mano que se extiende para felicitarla, cada sonrisa que no llega del todo a los ojos. Hay lujuria y envidia, odio y admiración en igual medida dirigidos hacia ella, y me cuesta todo mi autocontrol no reaccionar.

James gruñe cuando alguien se acerca demasiado, su brazo se dispara para crear espacio. El mensaje es claro: aléjate o afronta las consecuencias.

Eliza se vuelve hacia mí con una sonrisa. —Así que, creo que esta mierda llega hasta lo más alto. ¿Quién es responsable de organizar el concurso de combate? ¿Los jefes de facultad? ¿El

vicerrector? ¿Incluso el rector?

—El vice —respondo.

—Se supone que debe ser neutral —murmura, lanzando su mirada hacia el vicerrector Peters —. Entonces, ¿quién llegó a él?

—¿Y con qué? —pregunto.

Raph gruñe. —Todo por descubrir.

Personal y estudiantes con sonrisas demasiado suaves y ojos que se detienen demasiado tiempo rodean a Eliza, tiburones atraídos por la sangre, y siento el impulso de alejarlos a todos de su presencia.

Escaneo la multitud de estudiantes de la próxima generación y figuras influyentes que deambulan. Todos están aquí por una razón: rendir homenaje a la Reina de la arena de combate de la Universidad Castle.

—Cheska Harris —murmuro, observando a la hija de una familia de alto rango del East End. Sus ojos verdes brillan como esmeraldas, con la envidia grabada profundamente en ellos mientras contempla la elegancia sin esfuerzo de Eliza. A su lado, Felix Chapman, el hijo de un notorio prestamista, parece no poder apartar la mirada de Eliza, su deseo tan transparente como las copas de cristal de champán que se pasan alrededor.

—Vigila a Chapman —le murmuro a James.

Al otro lado de la sala, Michael Keele se acerca a Eliza, precedido por su reputación de estratega astuto. —Felicidades, Eliza —dice, su voz suave como la seda pero con un filo lo suficientemente afilado para cortar—. Tu actuación fue emocionante.

—Gracias —responde Eliza secamente, como si no le importara un carajo, lo cual estoy seguro de que es así.

—Quizás podamos discutir algunas estrategias juntos en algún momento —sugiere, inclinándose lo suficiente para dejar claras sus intenciones sin cruzar la línea.

—Tal vez —responde Eliza sin compromiso, con una sonrisa tensa.

Un grupo de estudiantes de segundo año de la universidad, conocidos por sus actividades ilícitas, observan el intercambio con un interés de halcón. Susurran entre ellos, evaluando a Eliza como si calcularan cómo usarla para avanzar.

—Esos buitres se están acercando demasiado —digo, con la tensión enrollándose en mis entrañas mientras observo a su líder, Marcus Flint, un chico cuya ambición solo es superada por su crueldad.

—Eliza sabe lo que hace —asegura James, pero su mano descansando casualmente cerca de su arma oculta habla mucho de su disposición a intervenir.

Una mano se desliza alrededor de la cintura de Eliza, atrayéndola hacia un tipo que reconozco del lado financiero del submundo, un tipo astuto con más dinero que sentido común. Joven y un poco tonto.

Lo empujo bruscamente con el hombro y una mirada asesina antes de que Eliza pueda ocuparse de ello. —Quita las manos.

—Que te jodan —dice, sin prestarme atención hasta que agarro su solapa y obligo sus ojos a mirarme.

—¿Puedes repetir eso?

Parpadea y se zafa, escabulléndose como una rata.

—Ugh —escupe Eliza—. ¿Por qué la gente cree que puede tocar?

Tarquin murmura: —El imbécil probablemente cree que tiene una oportunidad.

Estoy de acuerdo. Todos creen que tienen una oportunidad con ella, como si fuera algún

premio por ganar.

—¿Oliver? —la suave llamada de Eliza devuelve mi atención a sus ojos de jade—. ¿Bailas conmigo?

—Pensé que nunca lo pedirías. —Tomo su mano y nos movemos al ritmo de una canción lenta y suave que no se parece en nada a la mujer en mis brazos. Su cuerpo se ajusta al mío como si estuviera hecho para estar cerca de mí. Siento esa conexión de fuego lento chispeando, incendiando cualquier espacio que quede entre nosotros.

Por un momento, solo somos Eliza y yo y la innegable atracción que hierve bajo la superficie. Pero entonces la realidad vuelve a golpear, y recuerdo que esto no se trata solo de nosotros. Es sobre algo más grande que nosotros. Es el juego que es más grande que cualquier jugador.

—Oliver —James se inclina mientras llevo a Eliza fuera de la pista de baile, con el ceño fruncido. Asiente sutilmente hacia una esquina donde dos profesores están susurrando entre ellos. Sus ojos recorren la habitación, posándose en Eliza por una fracción de segundo más de lo normal.

—Eliza, querida —arrulla una voz que gotea veneno endulzado. Virginia, la presidenta del consejo estudiantil, se desliza hacia adelante, sus ojos escaneando a Los Reyes que rodean a Eliza—. Felicidades por tu victoria. Debes sentirte muy poderosa.

—Soy poderosa —responde Eliza, dando a Virginia una mirada ingenua que me hace ahogar una risita.

—Esperemos que no se te suba a la cabeza —ronronea Virginia antes de alejarse revoloteando, su séquito riendo de alguna broma no dicha.

Mirando de nuevo a los profesores, han desaparecido.

¿Fue Virginia una distracción?

Tal vez, pero ¿por qué?

El enemigo puede ser invisible, pero su presencia es como un escalofrío en mi piel. Quienes quiera que sean, están observando, esperando. Pero nosotros también, y no nos asustamos fácilmente, y si este infiltrado, quienquiera que sea, considerando que no hay nadie en el interior excepto nosotros, planea hacer un movimiento, estaremos listos.

Después de que han pasado un par de horas, Eliza suelta un suspiro. —Esto es jodidamente aburrido. No está pasando nada, nadie está haciendo ningún movimiento, y ningún cabrón está hablando. Vámonos a casa.

—Hay que preguntarse por qué no están hablando o moviéndose —murmuro, tomando su mano y disfrutando de la sonrisa con la que me recompensa.

—Porque los imbéciles saben que no pueden pasar por nosotros —gruñe Raph.

—Solo significa que tienen que rodearnos —añade Tarquin, un poco cabreado.

—Pueden intentarlo, pero fracasarán —murmuro.

—Y aunque no lo hagan, todo lo que encontrarán será a mí con mi actitud de chile habanero.

James resopla ante el descaro de Eliza. —Sabes que ahora tendrás que cubrir la hoja de Flick con chile habanero y usarla en alguien. Simplemente tiene que suceder.

—No le des ideas —me río.

—Aguafiestas —murmura ella, con los ojos brillantes—. Es una maldita buena idea, James. Maldita sea, muy buena.

Caminando por el campus, mantengo un ojo atento a cualquier cosa sospechosa, pero de nuevo, no hay nada. Lo único que parecía remotamente sospechoso eran los dos profesores, pero al menos es algo.

CAPÍTULO 29

TARQUIN

Cuando entro a zancadas en el campus universitario, el evento de ayer persiste como una mala resaca; alguien ahí fuera está moviendo los hilos, intentando manipular nuestras vidas hacia la ruina, y parece que los rumores están volando y no somos los únicos que estamos recibiendo el golpe.

Somos una fortaleza de cinco, moviéndonos como una unidad a través de los terrenos donde los estudiantes se agrupan en nudos inquietos, la tensión casi palpable.

—¿Oíste lo de Tess? Le enviaron una muñeca espeluznante empapada en sangre —murmura una chica a su amiga mientras pasamos.

—Lo sé. Me asustó mucho. A Landon le enviaron un mensaje de texto; era amenazante y jodidamente aterrador.

—Las cosas se van a poner feas —murmura Oliver, señalando hacia el césped oriental. Dos familias rivales se enfrentan, los ánimos más caldeados que el asfalto en pleno verano.

—Vamos —gruño, haciendo crujir mis nudillos mientras nos acercamos. Raphael exuda una calma letal a mi lado, sus ojos escaneando en busca de amenazas ocultas mientras James, silencioso como una sombra, nos flanquea.

—¡Eh! —exclama Eliza cuando uno de ellos lanza un puñetazo, tomando al otro tipo por sorpresa—. ¡Sepárense! —Se interpone entre ellos, y retroceden, con un respeto reticente en los ojos de quienes la desafían. Conocen su reputación y la temen.

—Apártate, Hughes —se burla uno de ellos, pero su voz tiembla como si ya estuviera arrepintiéndose de sus palabras, su bravuconería ante una posible pelea fallándole cuando la mirada de acero de Eliza cae sobre él.

—¿O qué? ¿Quieres pelear conmigo? Estuviste allí el otro día; te vi. Así que sabes que puedo patearte el trasero con una mano atada a la espalda.

—Te patearon el trasero —escupe una chica del lado que recibió el puñetazo su líder. Ni siquiera puedo ubicar sus nombres. Son de tan bajo nivel. Esto es ridículo.

—¿Disculpa? —gruño, avanzando—. Se mantuvo en pie contra probabilidades adversas y derribó a un tipo dos veces su tamaño con diez veces su experiencia. Él te habría matado, pequeña perra.

Literalmente me sisea, curvando sus dedos como garras.

—Tarq —murmura Eliza, poniendo su mano en mi brazo—. Está bien. Si quiere vivir en el país de las maravillas, déjala. Todo lo que hará es asegurarse de que no sobreviva en esta vida.

—Que te jodan —le gruñe ahora a Eliza, pero el líder de su pandilla sabe que es mejor no continuar con esto.

—Tu temperamento te va a meter en problemas un día —murmura Eliza, pero me está

mirando a mí.

—¿Moi? —pregunto, fingiendo sorpresa—. Soy la personificación de la calma.

—No, él lo es —señala a Raph, que está ahí parado, mirando con furia a todos y a todo lo que se acerca a un radio de tres metros de él.

Riéndome, me encojo de hombros. —Sí, bueno, nadie le habla así a mi chica.

—¿Tu chica?

—Si quieres serlo.

Ella me mira profundamente a los ojos y aprieta los labios. —Continuará.

La decepción golpea mis entrañas ante el rechazo. Es tan reservada, incluso ahora. Desearía poder entenderlo, pero hasta que nos deje entrar, no lo haremos. Pero ella no nos dejará entrar. Es un círculo vicioso.

El campus es como un campo minado en este momento, y estoy al límite como una navaja esperando para atacar. Nos movemos entre los estudiantes, confiados y listos. Parece que el jugador invisible está jodiendo a todos, y los rumores tienen a todos asustados. No me gusta, ni un poco.

Mi mirada se dirige bruscamente a la derecha, centrándose en el rival del grupo O'Grady que se acerca sigilosamente. Parece que está a punto de causar problemas.

—¡Cuidado, imbécil! —ladra un tipo que apenas reconozco, empujándome al pasar.

Lo agarro por la parte trasera de su camisa mientras se pavonea. —Fíjate por dónde vas, idiota. Soy bastante difícil de pasar por alto, ¿no crees?

Él sonríe con suficiencia.

La distracción es breve, pero es suficiente.

Suficiente para que pierda de vista a Eliza mientras se lanza hacia adelante para romper otra pelea entre rivales.

Suelto al imbécil que estaba ahí para causar una distracción, mientras una mancha oscura se precipita hacia Eliza. Mi corazón golpea contra mis costillas, un presentimiento nauseabundo apretando su agarre a mi alrededor.

—¡Mierda! —La maldición explota de mí mientras me lanzo hacia adelante, pero soy demasiado lento. El destello de la luz del sol brilla en la hoja.

Raphael, moviéndose con esa gracia mortal suya, intercepta al cabrón, en un enredo de extremidades y furia, derribando la amenaza sin piedad.

—¿Estás bien? —le pregunto a Eliza, agarrándola del brazo y alejándola del grupo.

—Sí, estoy bien —dice ella, quitándole importancia—. Solo es un maldito idiota que necesita que le den una paliza al estilo antiguo.

Me inunda el alivio de que esté ilesa, pero era mi trabajo permanecer justo a su lado. Alguien que sabía lo que hacía me apartó de mi puesto. No hay excusa.

Mis rodillas golpean el suelo con fuerza, el impacto resuena por mi cuerpo como un castigo físico por mi error. Trozos de grava se clavan en mis rodillas, pero es el peso de la culpa lo que me aplasta. Miro a Eliza, su ceño fruncido con fiereza.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Eliza, lo siento —murmuro—. La cagué, te perdí de vista por un segundo y...

—Tarquin. —Su voz corta mis divagaciones, fría y firme como siempre. Extiende una mano, no para ayudarme a levantarme, sino en un gesto que me dice que ya ha oído suficiente—. Para. Estás siendo un idiota.

Agarro su mano pero no me levanto, aún no. No hasta que arregle esto—. Podrías haber resultado herida por mi culpa. Aparté la vista de ti.

—Oh, por el amor de Dios, Tarquin. —Ahora se agacha, nivelando su mirada con la mía—. No hay nada que perdonar. ¿Crees que estaría aquí de pie si no supiera cuidarme sola?

Su toque es firme en mi hombro. Asiento, tragando el nudo de miedo en mi garganta. Esta mujer, feroz y dura como el acero, no necesita mi protección; nunca la necesita. Pero mi necesidad de mantenerla a salvo, de protegerla de la fealdad del mundo, me desgarra sin piedad.

—Todos necesitamos estar juntos para luchar contra lo que sea que está pasando, y por lo que parece, no solo nos están atacando a nosotros. Es a todos.

Dejo que me ponga de pie, su fuerza no sorprende a nadie—. No volverá a pasar.

—No importa si vuelve a pasar. —Se encoge de hombros.

—Si pasa, uno de nosotros estará ahí de todos modos —dice Raph, pero no lo dice de mala manera. Puedo notarlo por su tono y la forma en que me da un encogimiento de hombros despreocupado—. No la cagaste, Tarq. Te atacaron porque estabas al lado de Eliza. Ella se adelantó sin decir una palabra, dejándonos atrás para alcanzarla. Es una simple falta de comunicación. Fin de la historia.

—¿Ves? —dice Eliza con una gran sonrisa—. Es mi culpa.

Raph resopla—. No estoy diciendo eso. Digo que tenemos que trabajar en anticipar mejor los movimientos de los demás.

—Podemos hacer eso —murmuro.

—Totalmente —está de acuerdo—. Ahora, volvamos a lo nuestro. Algo me dice que este día está a punto de empeorar mucho más.

—Sí, pero no aquí —dice Oliver, reapareciendo como un fantasma—. Corre la voz de que algo está pasando en el bar al otro lado del campus.

—¿Como qué? —pregunto, sacudiéndome la culpa y preparándome de nuevo mientras escuchamos.

—No estoy del todo seguro. Hay informes de gente enfermándose y peleas de borrachos; todo es un poco confuso, como suelen ser los rumores. Digo que vayamos a comprobarlo nosotros mismos.

—¿Qué hay del campus? Estos idiotas se están culpando unos a otros por la mierda que está pasando.

—¿Nos dividimos? —sugiere Eliza.

—No, no nos dividimos para conquistar. Esa es la forma más rápida de acabar con nosotros. O estamos todos aquí o todos allá. Tú eliges —declara Raphael.

—Allá —dice Eliza sin dudarlo—. Aquí están pasando cosas, pero el personal y la seguridad están aquí si algo realmente peligroso ocurre. El bar es una incógnita.

—De acuerdo —murmura James.

—Vamos entonces —digo y logro mantenerme lo suficientemente cerca de Eliza como para cabrearla por completo; nos dirigimos hacia el bar fuera del campus, a poca distancia.

Apenas hemos cruzado las puertas cuando Eliza murmura—. Problemas en la barra.

Sigo su mirada. Hay un tipo inclinándose demasiado cerca de una chica, con la mano en su espalda baja. Ella está tratando de alejarse, su incomodidad es evidente.

—Hijo de puta —gruño entre dientes. Nuestro mundo puede ser oscuro, pero tenemos nuestro propio código retorcido, y aprovecharse de los desprevenidos no es parte de él.

—Cúbreme la espalda —murmura Eliza como si eso no fuera ya un hecho. Con la gracia de una pantera, se mueve entre la multitud sin ser notada hasta que quiere serlo.

Se enfrenta al tipo con una sonrisa que me hiela el alma.

Estoy listo para saltar a la primera señal de problemas porque siempre estaré ahí, lo necesite

o no, listo para destrozar cualquier cosa que se atreva a tocar lo que es nuestro. No volveré a fallarle.

—Quítale las manos de encima, ahora —la voz de Eliza corta a través del ruido del bar.

—¿Y tú quién coño eres? —escupe el tipo, con una mueca torciendo sus labios. No es un estudiante. Es mayor, apenas.

—Tu peor pesadilla si no retrocedes —replica ella fríamente, con los ojos clavados en los suyos.

Puedo ver el cálculo en su mirada y cómo está reevaluando a su objetivo ahora que Eliza ha intervenido. Pero no sabe con quién está tratando. Puede que sea baja y delgada, pero cada centímetro de ella está entrenado para derribar a hombres mucho más grandes que este maldito imbécil.

—Mira, esto no es asunto tuyo, cariño —intenta de nuevo, alcanzando a la chica.

En un instante, Eliza agarra su muñeca, torciéndola hacia atrás en un ángulo que lo hace chillar. —Dije, quita las manos —repite, su voz tan helada como la primera nevada. La chica se tambalea alejándose, con los ojos muy abiertos, mirando a Eliza como si fuera una especie de ángel vengador. Me acerco al tipo, con una feroz arruga en el ceño.

—Está drogando las bebidas —declaro, inclinándome para revisar los bolsillos del tipo. Mis dedos agarran el contenido y lo sacan.

La mirada de Eliza se dirige rápidamente al contenido en mi mano.

—Oh, vas a caer por esto, maldito cabrón —gruñe, empujando al tipo que aún tiene agarrado hacia la puerta. Lo patea a través de ella, furiosa como una gata infernal. Los cuatro nos lanzamos por las puertas, pero ella lo tiene controlado, echando su puño hacia atrás para golpearlo fuerte en la cara, rompiéndole la nariz. Su bota va a sus entrañas, y él gruñe, cayendo, con las manos sobre su nariz.

—Drogar bebidas es una movida de escoria. ¿De dónde sacaste la mercancía?

—Espera, ¿qué? —tartamudea el tipo, el pánico apoderándose de él al darse cuenta de que su juego ha terminado.

—¿Es esa la única forma en que puedes conseguir a una chica, eh? ¿Drogarla y violarla? No en mi maldita guardia, pedazo de mierda. —Lo levanta por el frente de su camisa, y nosotros observamos, dejando que ella se encargue.

—¿De dónde sacaste la mercancía? —dice entre dientes.

—Un tipo la estaba vendiendo en línea. Eso es todo lo que sé, lo juro.

—Llama a la policía. Esto no se pasa por alto. —Eliza se vuelve hacia mí, y no estoy en desacuerdo, sacando mi teléfono y marcando al 999.

—Incidente de intoxicación en el bar Fox and Grapes cerca del campus universitario —murmuro y cuelgo.

—Necesitamos movernos si viene la policía —murmura Raph.

—No voy a ninguna parte hasta que este cabrón sea puesto bajo custodia —gruñe Eliza, apretando su agarre.

Los clientes del bar se han derramado en la acera con nosotros para ver esta escena con diversas reacciones. Muchos huyen de la escena cuando escuchan que las fuerzas del orden están en camino.

—Quien sea que esté detrás de esto, lo voy a despedazar pieza por pieza —gruñe Eliza, sus ojos verdes ardiendo de furia—. Alguien revise a la chica.

—Es mejor que lo hagas tú —dice James, acercándose a ella y reemplazando su agarre en el imbécil—. Ve. Nosotros nos encargamos de esto.

Oliver escanea la multitud en busca de más amenazas, y Eliza asiente y suelta a su cautivo antes de volver adentro.

—¿Crees que esto está relacionado? —le pregunto a Raph.

—Sin duda. De nuevo, es una distracción. Ol, ve con Eliza.

Él asiente y desaparece tras ella.

Sacando una brida de mi bolsillo trasero, tomo el relevo de James, atando al drogadicto a la farola cercana.

—Tú —le digo al camarero que está boquiabierto ante esta escena—. Dile a la policía cuando llegue que este tipo está drogando bebidas, y que esto se encontró en su bolsillo. —Limpio los dos viales que aún tengo en la mano y se los doy al camarero, quien abre el gran bolsillo delantero de su delantal para que los deje caer dentro. Los he limpiado de mis huellas, pero eso también significa que las otras se han ido, pero dejé un vial en su bolsillo como evidencia.

—Esto se acaba —murmura Raph mientras se gira para entrar a zancadas en el bar.

James y yo lo seguimos para ver a Eliza acostando suavemente a la chica en un reservado.

—Está completamente inconsciente —dice cuando levanta la mirada.

—Maldito —gruño—. Deberíamos encargarnos de esto a nuestra manera.

—No —dice Eliza—. Si lo matamos, termina ahí. Esto tiene que llegar mucho más arriba que algún idiota de mierda demasiado estúpido para saber que se metió con el imbécil equivocado.

—Es hora de escarbar en la mugre y encontrar al bastardo detrás de esto —murmura Raphael.

—Y cuando lo hagamos, deseará no haber puesto un pie cerca de nosotros —agrego.

CAPÍTULO 30

ELIZA

—¿Quién coño se cree que es este bastardo? —Mi voz rompe el silencio, una grieta afilada en la quietud de la lujosa sala de estar de nuestra casa adosada. El último mensaje, otra amenaza escalofriante, yace sobre la mesa de café, un recordatorio macabro de que nuestra posición como fuerza dominante en el campus está bajo asedio.

Mirando fijamente la muñeca que se parece a mí de nuevo, solo que esta vez con mi cabeza unida pero empapada en sangre y con un cuchillo clavado en el corazón, gruño. —Este cabrón está jugando con nosotros, y se lo estamos permitiendo.

Raphael se inclina hacia adelante, sus ojos oscuros escudriñando la habitación como un águila cazando a su presa. —Permitir es una palabra fuerte, pero estoy de acuerdo. Es hora de adelantarnos a este imbécil. Necesitamos ojos en todas partes. —Golpea con el puño el brazo del sofá de cuero, el sonido resonando en los altos techos—. Más cámaras, más vigilancia. Atraparemos a este cabrón con las manos en la masa.

Asiento, los engranajes de mi mente ya girando. Raphael tiene razón. No voy a dejar que algún acosador sin rostro piense que puede intimidar a Eliza Hughes. Nadie me amenaza y se sale con la suya.

—Las cámaras no son suficientes —La voz de Tarquin corta el aire tenso. Ahora está paseando, como un lobo que necesita deambular—. Tenemos soplones y ojos en lugares donde las cámaras no pueden llegar. Es hora de aprovechar esa mina de oro.

—No están hablando —dice Oliver—. O no saben una mierda o están demasiado acojonados por las consecuencias. Esto es de otro nivel.

—Es profesional. Sin duda. Lo pensé desde el principio. Pero ¿por qué apuntar a un grupo de estudiantes universitarios, próxima generación de la mafia o no? Es decir, ¿es un cobarde que va tras presas más pequeñas, o qué?

—O tal vez sea práctica —murmura Raph, dejándonos a todos helados.

—Sí, tal vez, pero no estoy convencida. Hay algo más.

Casi como si lo hubiera desafiado a lanzarnos algo más, mi teléfono vibra. Miro la pantalla; un número desconocido parpadea ominosamente. El mensaje es de solo cuatro palabras: "Siempre te estoy observando". Adjunta hay una foto que me hiela la sangre: una instantánea de mí durmiendo en mi habitación en casa, inconsciente y vulnerable.

—Joder —siseo, mostrando la imagen a Raphael, cuyos ojos se oscurecen con la promesa de violencia.

—¿Dónde fue tomada? —pregunta.

—En casa, en la ciudad —respondo, mi voz firme a pesar del escalofrío que me recorre la columna—. La casa de mi padre.

—Joder —murmura—. La cosa acaba de subir de nivel.

—¿Tú crees? —prácticamente chillo, sintiéndome de repente tan vulnerable como un gusano en un anzuelo—. Si alguien llegó a mí bajo las narices de mi padre, eso solo significa una cosa...

La mandíbula de Raphael se tensa. —Trabajo interno.

Tarquin me arrebata el teléfono, estudiando la foto con ojo escrutador. —Esto es malo. Necesitamos reforzar la seguridad a tu alrededor. Nunca debes estar sola.

Recupero mi teléfono de un tirón, la ira y el miedo librando una batalla dentro de mí. —Nadie debería haber podido acercarse tanto sin que mi padre lo supiera.

El pensamiento me revuelve el estómago. Los hombres de papá son leales, o eso creía. Pero la lealtad se puede perder en un instante, así que tal vez fui ingenua. El hecho es que si uno de ellos se ha vuelto en contra de mí o de mi padre, entonces estamos lidiando con una traición que corta más profundo que cualquier cuchillo.

—Mierda. —El ceño de Tarquin se frunce mientras recorre la longitud de la habitación—. La cosa pinta mal.

—Ningún extraño podría hacer esto. No en la casa de mi padre.

—Nada ha cambiado. Encontramos al cabrón —declara Raphael, la amenaza en su voz coincidiendo con la tormenta que se avecina en sus ojos—. Pero ahora tenemos un punto de partida.

—La casa de papá.

—Es hora de ir de caza —dice James, las comisuras de sus labios inclinándose en una sonrisa siniestra—. Veamos quién es lo suficientemente valiente para acechar al lobo.

—Estúpido, querrás decir —murmuro, agarrando mi chaqueta de cuero del respaldo del sofá y tanteando a Felicity en mi cinturón. Los Reyes imitan mis movimientos, cada uno con su propia preferencia por el acero mortal. Los nudillos de Raph están blancos mientras agarra una pistola, comprobando el cargador antes de lanzársela a Tarquin, quien se la mete en la parte trasera de los pantalones y coge otra para sí mismo.

—Vámonos —dice Tarquin, con voz baja. Sus ojos escanean nuestros rostros. Asentimos, un acuerdo silencioso pasando entre nosotros como una corriente eléctrica.

Nos amontonamos en mi elegante Mercedes negro, el motor rugiendo bajo las manos seguras de James. La ciudad pasa borrosa ante nosotros, la luz del día demasiado brillante para nuestras oscuras intenciones. Nadie pronuncia una sola palabra en las dos horas que nos toma llegar allí. Todos estamos perdidos en nuestros pensamientos, tratando de descifrar esta mierda. Cualquiera que se enfrente a Damon Hughes es un idiota o quiere morir. No hay término medio, y no hay tarjeta de salida gratis de la cárcel.

Finalmente, la mansión se alza ante nosotros, grandiosa y amenazante, guardando secretos dentro de sus muros de piedra.

—¿Sabemos lo que estamos buscando? —pregunta Oliver mientras abro las puertas eléctricas con el control remoto guardado en la guantera y luego lo vuelvo a tirar dentro.

—Ni puta idea —gruño—. Papá no está aquí. Está en París en una reunión global de mafiosos de alto rango, así que el lugar debería estar vacío.

—¿Debería? —murmura James mientras nos detenemos junto a un SUV negro que parece sospechoso como la mierda—. ¿Ideas de a quién pertenece?

—Ni idea —murmuro mientras salimos, armas listas—. Intenten no matar a la criada, sin embargo. Papá se pondrá furioso si algo le pasa a Mary. Nadie hace una taza de té como Mary.

Aligerando considerablemente el ambiente a expensas de la pobre Mary, nos acercamos a la puerta principal, y la empujo, esperando que ya estuviera desbloqueada por quien sea que esté

estacionado en la entrada.

—Dispérsense. Registren cada rincón —murmuro, deslizándome por la puerta principal, mis sentidos en alerta máxima.

De repente, se rompe un vidrio en algún lugar a mi derecha, obligándome a girar y correr a través del vestíbulo de entrada de la mansión. Todos mis sentidos están encendidos y cada terminación nerviosa grita peligro.

Cuando entro en la enorme sala de estar, se desata el caos. Hombres con pasamontañas negros están saqueando cajones, sus movimientos rápidos y practicados. Pero es el tipo parado en el centro de la habitación quien capta mi atención. Es diferente: calmado en medio del frenesí, un depredador esperando para atacar.

Levanta la cabeza cuando nos oye acercarnos y luego, sin siquiera un segundo, entra en acción como si lo estuviera esperando.

El intruso enmascarado se abalanza, sus puños apuntando a mi cara.

—Mierda —siseo, esquivando un golpe que habría causado un daño serio. Mi entrenamiento se activa, la memoria muscular guiándome a través de la danza de la violencia. Los Reyes están ocupados con los otros, el sonido de puños contra carne y gruñidos llena el aire.

El cabrón que me mantiene ocupada pelea como si me conociera y anticipara mi próximo movimiento antes de que lo haga.

Es frustrante cómo de nuevo esquiva después de que he fingido ir a la izquierda y apuntado a su riñón.

—¿Quién demonios eres? —escupo, bloqueando una patada viciosa, contraatacando con una de las mías que falla en aterrizar con el golpe satisfactorio que debería haber tenido.

No responde mientras agarro su brazo y uso su impulso para enviarlo a estrellarse contra una mesa de café de cristal. Se rompe bajo su peso, una sinfonía de destrucción.

Se levanta en un instante, sin vacilación ni muecas de dolor. Volvemos a ello, y la pelea es un torbellino de golpes y contraataques.

A través de la bruma de la pelea, de repente lo entiendo. La forma en que se mueve, la precisión, es como mirarme en un espejo. El entrenamiento de papá, sus ejercicios implacables, las órdenes de no rendirse, las palizas, los nudillos magullados, las narices sangrantes... Este bastardo también ha pasado por todo eso.

—¿Quién te entrenó? —exijo, jadeando, rodeándolo. Veo el reconocimiento en su postura ahora, una familiaridad que me hiela la sangre.

—Adivina, pequeña zorra —se burla, y entonces chocamos de nuevo, la intensidad aumentando muesca por muesca excruciante. Cada golpe que aterrizamos, cada esquiva, es enloquecedor.

—¡Eh! —gruño cuando el tipo al que Raph estaba pateando el trasero vuela hacia mí, haciéndome perder el equilibrio.

—Lo siento, pequeña asesina —grita Raph, sonriendo maniáticamente mientras disfruta demasiado de la emoción de la pelea.

Alejándome de ellos, rodeo a mi atacante y saco a Flick.

Él inclina la cabeza y saca un cuchillo idéntico de la parte trasera de sus pantalones.

Se me hiela la sangre.

Se lanza hacia mí, el cuchillo brillando en la luz del sol que entra por las enormes puertas francesas. Llega el momento: una fracción de segundo donde es matar o morir, y no dudo. Mi pierna se extiende, atrapándolo, y cae con fuerza. Estoy encima de él en un instante, mi mano agarrando la máscara y arrancándola.

—Mierda —exhalo, mirando un rostro que parece un fantasma del pasado de mi padre. Más joven, sí, pero con la misma sonrisa cruel, los mismos ojos azules fríos, el mismo mechón de pelo negro y pómulos con los que podrías cortar un pavo.

—¡Sorpresa! —se burla, y luego escupe las palabras—: Pequeña zorra.

Mi estómago se revuelve de asco, pero no hay tiempo para que el shock se asiente. Sus manos se alzan, pero estoy como un ciervo encandilado por los faros.

Empuja contra mi pecho, y tropiezo hacia atrás, la imagen de su rostro —tan parecido a una versión más joven de mi padre— se difumina mientras hace su movimiento. Se agacha, como una víbora escurriéndose fuera de alcance, mientras me quedo ahí, paralizada, con el cuchillo colgando flojamente en mi mano. Los sonidos de la lucha a nuestro alrededor se desvanecen en un rugido distante mientras él desaparece de vista.

—¡Eliza! —la voz de Raphael corta a través de mi shock, con ira impregnando su tono—. ¿Por qué demonios lo dejaste ir?

Parpadeo, tratando de procesar lo que acaba de suceder, pero antes de que pueda formar una respuesta coherente, el sonido de un motor rugiendo perfora la noche. Está escapando, y es mi culpa.

Mis manos tiemblan, traicionando la fachada de calma a la que me aferro desesperadamente.

—Eliza —la voz de Oliver es más suave, un contraste con la furia de Raphael. Levanto la mirada para encontrarme con sus ojos, viendo preocupación grabada en su frente—. ¿Estás herida? —pregunta, agachándose y examinándome en busca de lesiones.

—No, estoy bien —logro decir, aunque mi voz no suena como la mía. Es hueca, distante—. Solo... no esperaba... esto es una mierda.

—¿Quién coño era ese tipo? —exige James, pasando por encima de uno de los muchos intrusos muertos esparcidos por la sala de estar de mi padre, su habitual jovialidad desaparecida, reemplazada por un tono duro.

—No estoy segura —murmuro porque es cierto; no tengo idea.

—No hay tiempo para eso ahora. Tenemos que movernos antes de que los policías inunden este lugar —las palabras de Raphael son cortantes, y aunque está cabreado, sé que es con la situación, no conmigo.

—Cierto —asiento, superando el shock persistente y permitiendo que mi entrenamiento tome el control. Tenemos un nuevo enemigo, y me juro a mí misma, mientras pasamos por encima de los restos de nuestra pelea, que averiguaré quién es y qué juego está jugando porque nadie amenaza a la familia Hughes y vive para jactarse de ello. Nadie.

—Muévete, Eliza —gruñe Raphael bajo en mi oído, con urgencia entretejida en su orden. Mis pies avanzan mecánicamente, la adrenalina de la pelea se desvanece, dejándome entumecida.

—Mierda, las sirenas están cerca —murmura Tarquin, mirando por encima de su hombro mientras salimos al camino de entrada, donde el SUV está notablemente ausente. Yo también puedo oírlas, un lamento distante que crece constantemente más fuerte, una banda sonora ominosa para nuestra rápida retirada.

—Eliza, al coche —la mano de James es firme en mi espalda, empujándome hacia el Mercedes. Todo está sucediendo demasiado rápido, sin embargo, el tiempo parece detenerse con cada latido de mi corazón, una extraña dicotomía que hace que mi mente dé vueltas.

—Te tengo —murmura Oliver mientras abre la puerta y prácticamente me levanta dentro. Su toque es gentil pero insistente, recordándome que no hay espacio para la vacilación. No hay lugar para que el shock eche raíces cuando el peligro está pisándonos los talones.

El interior del coche me envuelve, y el aroma del cuero es un consuelo familiar. Pero nada

puede calmar el temblor en mis manos o silenciar el caos que se desata dentro de mi cabeza. Ese rostro —la viva imagen de mi padre— me persigue, burlándose de mí con preguntas que no puedo responder.

—¡Conduce, Raph! —ladra James desde el asiento del copiloto, y el motor cobra vida debajo de nosotros. Los neumáticos chirrían contra el ladrillo rojo, llenando el silencio mientras retrocedemos a toda velocidad.

—Las puertas...

—Me encargo —James abre la guantera de un tirón, pero las puertas ya están completamente abiertas.

—¿Eliza? —la voz de Oliver corta a través de la niebla en mi cerebro, sus ojos buscando los míos—. Háblame.

Abro la boca, pero las palabras me fallan. ¿Qué puedo decir? ¿Que una versión más joven de mi padre acaba de intentar matarme?

—Mierda —la maldición de Raphael corta el aire mientras golpea con la palma contra el tablero, la frustración irradiando de él en oleadas.

—Tranquilo, Raph —calma Tarquin desde mi lado.

—Lo siento —susurro, la única palabra que puedo reunir en medio de la tormenta que se desata dentro de mí.

—No hay nada de qué disculparse —responde Oliver suavemente, su mano encontrando la mía, apretándola con silenciosa seguridad.

Las sirenas se desvanecen detrás de nosotros, pero su eco persiste, un recordatorio de que estamos corriendo con el tiempo prestado. Mientras las luces de la ciudad se difuminan al pasar, me doy cuenta de que quienquiera que esté orquestando esta pesadilla todavía está ahí fuera, esperando y observando con el rostro de mi padre.

CAPÍTULO 31

ELIZA

La sangre ruge en mis oídos, el eco de esa horrible verdad que no puedo borrar: el tipo con la sonrisa cruel y las palabras venenosas es mi hermano. Tiene que serlo. No hay otra explicación. Mi mente da vueltas, la ira y la confusión se enredan dentro de mí como alambre de púas. Desearía que fuera una broma de mal gusto. Pero en el fondo, donde las mentiras no encuentran sombras para esconderse, sé que no lo es.

Agarro mi teléfono de la mesita de noche, con los dedos temblando de urgencia. La pantalla se ilumina y marco el número familiar, cada dígito grabado en mi memoria. Mi padre, el hombre con todas las respuestas escondidas detrás de su ceño fruncido, debe explicar esta locura.

—Vamos, contesta —murmuro entre dientes mientras el teléfono suena una, dos veces, un bucle interminable de pitidos huecos que se burlan de mi desesperación. Camino de un lado a otro de mi habitación, sintiendo que su lujo ahora es una jaula que me atrapa con preguntas que exigen respuestas.

—Contesta el maldito teléfono —gruño, mitad esperanzada, mitad aterrorizada por lo que su voz podría revelar si lo hace. La llamada se corta y desciende el silencio: ni palabras reconfortantes, ni explicaciones, solo el frío pavor que se asienta en mi estómago como plomo.

Empujo el teléfono de vuelta a la mesa, con más fuerza de la necesaria, y sigo caminando, la alfombra mullida no hace nada para amortiguar la energía inquieta que me tiene agarrada del cuello. Mi mente es un torbellino de preguntas sin putas respuestas.

Siseando, me detengo frente al espejo de cuerpo entero. Mi reflejo me devuelve la mirada, esos ojos verdes afilados que normalmente están llenos de fuego ahora nublados por la duda sobre todo.

Este hermano mío, si es cierto, si es de mi sangre, lo cambia todo. Mis ondas castañas caen sobre mis hombros mientras sacudo la cabeza, recordándome tanto a mi madre. Me parezco exactamente a ella; todos lo dicen. Luego está este posible hermano que se parece exactamente a mi papá. Nuestro papá.

Hundiéndome en el borde de mi cama, las paredes de mi habitación se cierran, y siento la distancia que he puesto entre yo y los hombres. Esto no es algo que pueda soltar de golpe ante ellos. Todavía no. Necesito saber qué está pasando primero. Sé que están buscando respuestas sobre lo que sucedió, pero no puedo hasta que esté segura.

Mi mente es un campo de batalla tratando de descifrar esta mierda. ¿Por qué este tipo me desprecia? ¿Qué clase de hermano caza a su propia sangre?

Los recuerdos de la risa de mi madre, un sonido que solía llenar los pasillos de nuestra casa, me persiguen. Su ausencia es una herida que nunca sanó, un recordatorio implacable de lo que se siente perder. Desde su muerte, el amor simplemente no es algo que pueda hacer, aterrorizada

por la agonía que viene cuando te lo arrancan.

Las lágrimas nublan mi visión, calientes e implacables mientras corren por mi rostro. Estoy acurrucada en la cama, con los brazos alrededor de mis rodillas, el intento de mi cuerpo por mantenerse unido cuando cada célula grita por desmoronarse mientras el rostro de mi madre flota detrás de mis ojos, habiendo sido empujado al fondo de mi mente durante tanto tiempo. Amar a alguien es como saltar de un acantilado, sin garantía de supervivencia.

Los sollozos sacuden mi cuerpo hasta que no queda nada, solo un eco hueco de mentiras construidas sobre más mentiras. ¿Cómo pudo papá hacerme esto? ¿Cómo pudo nunca decirme que tenía un hijo? Esto me ha arruinado a un nivel que ni siquiera puedo comprender. Estoy completamente deshecha por las cosas que me enseñaron a empuñar como armas. Amor. Familia. Confianza.

Todo se fue en un abrir y cerrar de ojos.

Bueno, un parpadeo para mí. Ellos obviamente lo han sabido siempre.

En la soledad de mi habitación, la fortaleza de mi creación, lloro por la niña que perdió a su madre, por la mujer que teme amar, por el caos de una vida que nunca preguntó si quería formar parte de ella. Mientras las lágrimas empapan la almohada, me libero, solo por un momento, de la necesidad de ser algo más que humana.

Un leve golpe en mi puerta me saca de la vulnerabilidad de mi dolor, y me levanto de un salto, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Qué? —grito, con la voz ronca por el llanto.

La puerta se abre lentamente, y la cabeza de Tarquin se asoma, con la preocupación grabada en cada hermoso rasgo.

—Has estado encerrada aquí durante horas —dice suavemente—. Estamos preocupados por ti.

Mi corazón se agita con su presencia, y mis músculos se tensan y relajan por igual. —Estoy bien —miento entre dientes.

Los ojos de Tarquin escanean mi rostro, viendo a través de mí. —Mentira —replica, acortando la distancia entre nosotros con pasos confiados—. Habla conmigo, Eliza.

Sacudo la cabeza. —Ahora no, Tarq. Esto es mierda familiar, cosas que necesito resolver por mi cuenta.

Frunce el ceño, pero asiente comprensivamente. —Si necesitas algo, solo avísanos, ¿vale?

Asintiendo, murmuro: —Lo haré, pero ahora mismo, solo necesito estar sola.

Suspira y retrocede, probablemente aliviado de que no le haya arrancado la cabeza. Me divierto por un momento, preguntándome si echaron a suertes para ver quién subiría aquí.

Cuando la puerta se cierra, me quedo de nuevo en el silencio de mi habitación. Pero es diferente ahora que Tarquin ha estado aquí; mi espacio se siente renovado de alguna manera con el recordatorio de que nunca estoy realmente sola, no con estos hombres alrededor que reclaman pedazos de mi corazón, lo quiera o no.

A la mierda. Me levanto de la cama, limpiándome la cara de nuevo. No puedo quedarme aquí ahogándome en mis penas, no es quien soy. No me derrumbo; reconstruyo, ladrillo por sangriento ladrillo.

Dirigiéndome al baño, me echo agua fría en la cara hasta que la chica en el espejo se parece más a una Hughes y menos a un puto desastre.

—Una Hughes —murmuro—. ¿Qué significa eso ahora? Maldito seas, papá. ¿Qué mierda es esto?

Pero él no está aquí para responder. Hasta que lo esté, realmente no hay mucho que pueda

hacer al respecto.

CAPÍTULO 32

JAMES

La pantalla se ilumina y el rostro de papá llena el marco, todo líneas sombrías y sombras. —James —dice sin preámbulos—, tengo dos minutos antes de desaparecer.

Asiento, sabiendo que llueva o truene, papá llama, aunque sea solo por dos minutos. No sé mucho sobre su objetivo de hoy, pero te apuesto lo que quieras a que estará en las noticias mañana.

—Parece que estás a punto de lanzar algo. ¿Qué pasa?

Mirándolo con furia, me tomo un segundo para debatir si debería decirlo; al final, la frustración gana. —Estoy cabreado porque Damon Hughes me está dando órdenes.

Los ojos de papá se entrecierran. —¿Oh?

—Este pequeño imbécil necesita ser eliminado. Solo se va a convertir en un dolor de cabeza serio para todos si vive, y aun así, Hughes dice que no, que Eliza necesita encargarse de ello.

—¿Por qué ella?

Parpadeo. —Le ha estado causando problemas. Tendió una trampa, y ella podría haber resultado herida o muerta si Tarq no hubiera estado con ella.

—Así que es personal.

—Sí —gruño.

—Entonces mantente al margen, James. Damon Hughes lo decidió. Sin interferencias.

—Y una mierda —gruño, el impulso de protegerla retorciéndose dentro de mí como un cuchillo, junto con la irritación de que Hughes prácticamente me esté diciendo qué hacer.

—James. —Se inclina más cerca, y su voz baja a un susurro áspero—. Sabes de lo que ella es capaz. Damon necesita que lo haga por sí misma, o no lo habría dicho.

—Pero ¿por qué coño estamos recibiendo órdenes de él?

—Ese es tu problema. James, sé que es complicado, pero la alianza...

—La alianza es una bomba de relojería —espeto—. Cuatro familias, todas compitiendo por el poder, sonriendo con los dientes apretados. Es cuestión de tiempo antes de que todo se vaya a la mierda.

—Bueno, está bien, entonces. Supongo que has estado guardándote eso por un tiempo. —Papá pone los ojos en blanco, haciéndome reír por un segundo.

—Todos y cada uno de nosotros lo sabemos. Este acuerdo —prácticamente escupo la última palabra—, es solo una palabra elegante para un alto el fuego. Cuando termine, y lo hará, Eliza, yo y los otros chicos estaremos justo en medio de todo. La próxima generación obligada a elegir entre nosotros y nuestras familias.

—Que es exactamente por lo que ella necesita estar lista —argumenta papá, su voz dura como el acero.

—Lista o no —respondo—, no me gusta. Ni un poco.

Su expresión se endurece, reflejando la mía. —Jugamos el juego o morimos. Así es como funciona este mundo.

—Entonces más nos vale ser condenadamente buenos jugando —murmuro, la amargura de nuestra realidad dejando un sabor agrio en mi boca.

—Exactamente. —Los segundos pasan, pesados y cargados. Los ojos de papá se desvían hacia algo fuera de la pantalla, su rostro ilegible—. James, escucha. La marea está cambiando...

—¿Cambiando? —interrumpo, inclinándome más cerca. Mi estómago se retuerce con inquietud.

—Algo grande se avecina —continúa, cada palabra medida, urgente—. Cuídate las espaldas. Prepárate para lo que viene.

—¿Prepararme para qué? —exijo, pero la línea se corta, y no habrá más contacto hasta la próxima semana a esta hora.

—Mierda —gruño, poniéndome de pie y apartando la silla de una patada. Sea lo que sea esto, apuesto a que tiene que ver con lo que tiene a Eliza en una espiral descendente.

—Esto se acaba —murmuro y camino por el pasillo, mis pasos silenciosos sobre la alfombra gruesa. Mi mente está en overdrive, repitiendo las últimas palabras de papá y preguntándome qué nuevo infierno nos espera a la vuelta de la esquina. Pero ahora mismo, hay una cosa que necesito hacer: comprobar cómo está Eliza y ver si está lista para hablar sobre lo que pasó en la casa de su padre.

Dudo por una fracción de segundo antes de golpear suavemente. —¿Eliza? Soy James.

Sin respuesta. No es bueno.

—¿Eliza?

—Vete.

—No puedo hacer eso.

Ella suspira pesadamente. —Bien, entra.

—Hola —empiezo con cuidado, abriendo la puerta y entrando en la habitación—. ¿Estás bien? —Es una pregunta estúpida, pero es todo lo que tengo.

Su mirada se dirige hacia mí, esos impactantes ojos verdes atormentados y cautelosos. Asiente ligeramente, pero su cuerpo grita lo contrario.

—Esa es la pregunta del millón, ¿no es así?

—Tú dímelo.

El silencio se extiende entre nosotros, cargado de miedos y preguntas no expresadas. Quiero acercarme y abrazarla, pero me contengo. Eliza no funciona así; ella decide cuándo y si deja entrar a alguien.

—James, yo... —Su voz se quiebra y se interrumpe.

Tomándolo como una invitación, cierro la distancia entre nosotros, entrando en su espacio. Mientras me acerco, mis dedos rozan la piel de su brazo, ligeros como una pluma. Es una oferta silenciosa, un salvavidas en esta atmósfera asfixiante. —Eliza...

Se estremece levemente pero no se aleja. Sus ojos se encuentran con los míos, y por un instante, la vulnerabilidad atraviesa ese verde acerado.

—James... —susurra, su fuego habitual apagado.

—Sea lo que sea, puedes contármelo, contárnoslo —digo, manteniendo mi voz firme—. No nos vamos a ninguna parte. Si quieres hablar con uno de los otros chicos, está bien. Sé que nuestra relación es complicada, pero necesitas hablar de esto con alguien.

—¿Crees que nuestra relación es complicada? —pregunta con el ceño fruncido.

—¿Tú no? —pregunto con una nota de esperanza en mi tono.

—No diría complicada. Diferente, tal vez.

Sí, diferente lo resume bastante bien.

Le toma un momento considerar el peso de sus palabras. Luego, exhala bruscamente, y esas compuertas que ha construido tan altas comienzan a agrietarse. —Creo que conocí a mi hermano hoy.

Entrecerrando los ojos con el ceño fruncido, murmuro, —¿Hermano? No se ha mencionado otro heredero Hughes. —¿Quieres hablar de ello?

—No realmente, pero supongo que no hay opción. No hablar de ello no va a hacer que desaparezca.

—Cierto.

—¿Ese tipo en la casa antes? El con el que estaba peleando. Sabía que había algo familiar en la forma en que se movía en combate. Se parece mucho a mi padre.

—Eso no significa que sea tu hermano.

—En cierto modo, sí lo significa.

—¿Cómo es eso?

—Quiero decir, es prácticamente idéntico, si fuera veinte años más joven.

—¿Tal vez sea tu tío?

—Oh, vete a la mierda —gruñe—. ¡Ni siquiera pensé en eso!

—Lo siento —murmuro.

Eliza me mira a los ojos. Hay una nueva intensidad allí que no estaba presente antes. —Papá no contesta, así que ni siquiera puedo preguntarle. Pero mi instinto me dice que es mi hermano. O medio hermano, supongo. —Se inclina hacia mí, buscando seguridad—. Mierda. —La palabra es un suspiro contra mi pecho, y siento que la tensión se escapa de sus músculos. Se derrite en mí, permitiéndose este momento de vulnerabilidad.

—Te tengo —murmuro en su cabello, respirando su aroma. Se siente como un comienzo, algo crudo y real entre nosotros que ni bala ni espada pueden tocar.

—Gracias por escuchar —murmura Eliza contra mi camisa, su voz más firme ahora.

—Cuando quieras —digo. Este es el avance que necesitábamos, un cambio en el juego donde, por una vez, no soy solo otro jugador, soy su compañero en el sentido más verdadero.

Ninguna fuerza en la tierra podría detener mi siguiente movimiento. Me inclino, mis labios rozando los suyos suavemente, una pregunta y una respuesta a la vez. No hay vuelta atrás ahora, no cuando este beso sabe a rebelión y se siente como volver a casa.

Ella responde dudosamente al principio, pero luego con una pasión que me dice que está tan atrapada en este momento como yo. Nuestro beso se profundiza, y es como si ambos estuviéramos hambrientos de esta conexión, de esta necesidad expuesta y desesperada de sentir algo más que el frío toque del acero y el amargo sabor de la traición.

Su cuerpo se presiona contra el mío, todo curvas y calor, y me pierdo en la sensación. Sus dedos se enredan en mi pelo, acercándome más.

Esto no se trata de deber o juegos de poder; se trata de Eliza y yo y el fuego que ha estado ardiendo entre nosotros desde el día que nos conocimos.

Olvidamos el peligro que acecha fuera de estas paredes, olvidamos los ojos que siempre están observando, esperando una señal de debilidad. En este beso, solo hay fuerza.

CAPÍTULO 33

ELIZA

—Tu padre está aquí.

La voz de Raph llega a través de la puerta cerrada. Los labios de James dejan los míos con sorpresa, y yo salto de la cama. Esto significa problemas o negocios, y en nuestro mundo, a menudo son la misma puta cosa.

—Mierda —murmuro, abriendo la puerta de golpe y encontrándome cara a cara con Raph y su ceja levantada al ver a James justo detrás de mí—. ¿Alguna idea?

—Supongo que es por el desastre en su casa. También trajo un regalo. —Sonríe ampliamente, lo cual es jodidamente raro y un poco aterrador.

—De acuerdo —murmuro y bajo las escaleras lentamente, el familiar peso de la responsabilidad asentándose sobre mis hombros como una capa. Soy la heredera de este imperio de sombras y sangre, y si está aquí sin avisar, es porque algo ha pasado o está a punto de irse al infierno.

Al llegar al pie de la escalera con los cuatro Reyes detrás de mí, entrecierro los ojos hacia papá.

Está vestido, como siempre, con una camisa negra y un traje, impecablemente arreglado, pero el tipo de rodillas a sus pies, con la cabeza inclinada, es inesperado.

—Papá.

—Elizabeth.

—¿Qué haces aquí, y por qué con él?

—Razones. Este cabrón... —Patea a Grenville en la espalda, y este cae de cara sobre el frío mármol—. ... es una ofrenda de paz.

—¿Por qué?

Su mirada se desliza sobre los chicos, y Raphael da un paso adelante, captando la indirecta de que deben irse.

—Llevaré a este pedazo de mierda abajo. Únete a nosotros cuando hayas terminado. —Levanta a Grenville y los chicos desaparecen, dejándome a solas con papá, mirándonos el uno al otro con una sensación de incomodidad que me disgusta intensamente. Eso no es quienes somos.

—¿Desde cuándo envolvemos a los imbéciles para regalo y lo llamamos paz? —escupo, mi confusión transformándose en sospecha.

—Tienes preguntas más importantes que hacer.

—No me digas. ¿Y bien? ¿Necesito preguntar, o vas a soltar la sopa sobre mi hermano?

—Hermano...

—Eso es lo que es, ¿no?

Papá encuentra mi mirada, sin pestañear, y asiente una vez, listo para desplegar otro oscuro

capítulo en la saga familiar de los Hughes—. Felix.

'Sin remordimientos' ni siquiera empieza a describir el frío desapego en su voz. Bien podría estar hablando del clima, no soltando bombas que cambian la vida sobre hermanos secretos.

—¿En serio? ¿Felix? —Me burlo, incrédula.

Él permanece allí, estoico como una estatua, el epítome de la realeza del crimen organizado en su traje a medida que grita poder y peligro.

—Elizabeth —comienza, pero lo interrumpo con un gesto brusco.

—No, quiero saber por qué... ¿por qué ocultármelo? —Mis ojos se entrecierran mientras estudio su rostro, buscando cualquier indicio de culpa o arrepentimiento. No encuentro ninguno, y arde como ácido en mis venas—. ¿Por qué harías eso?

La expresión de papá permanece inmutable, imperturbable ante mi tormento. Ha visto y hecho demasiado en su vida como para que esta mierda lo sacuda. Su compostura es enloquecedora, pero también algo a lo que aspiro. Verlo con su actitud de no-me-importa-una-mierda me obliga a calmarme y respirar profundo.

—Principalmente, lo hice para protegerte. Tu legado, tu futuro... no podía dejar que nada lo pusiera en peligro. Ni siquiera Felix. Su odio es... bueno, lo viste.

—Sí, joder que lo vi. Intentó matarme. Ha estado acosándome a mí y a todos en el campus, tratando de hacer un movimiento de poder. Quiere lo que yo tengo, ¿no es así? —Es obvio que papá sabe lo que pasó en su casa, lo vio en las grabaciones de seguridad, probablemente desde París. Es por eso que no contestó; estaba de camino de vuelta.

—Eso parece —responde, frío como el acero.

—Eso parece —repito, mi tono igualando el suyo—. Y fallaste en advertirme sobre esto.

Sus ojos se entrecierran mientras mi actitud se acerca peligrosamente a su zona de retroceder-y-callar. Pero no esta vez.

—¡Maldita sea, papá! —Me resisto contra la oleada de emociones, el dolor atravesándome más agudo que cualquier cuchilla—. ¿Desde cuándo sabes lo de Felix? ¿Cuántos años me has estado mintiendo a la cara?

El rostro de papá cambia, como si estuviera desprendiéndose de una capa de esa dura fachada de jefe mafioso. Sus ojos, normalmente tan fríos como el acero de la hoja de Felicity, se suavizan con algo que parece casi arrepentimiento. —Lizzie —comienza, con voz baja y cargada de una emoción que no puedo identificar, estremeciéndome ante el apodo que usaba cuando era niña—. Debí haber sido honesto contigo desde el principio. Pero me enteré de Felix hace apenas unas semanas.

Lo miro fijamente, tratando de procesar sus palabras a través del tumulto de pensamientos que rugen en mi cabeza. Una parte de mí quiere creerle, pero la confianza no viene fácil en nuestro mundo. Es algo frágil, fácilmente destrozado por mentiras y secretos.

La prueba está justo aquí frente a mí.

—¿Solo unas semanas? —repito, escéptica—. ¿Y pensaste qué? ¿Que era mejor mantenerme en la oscuridad? —Entrecierro los ojos, el peso de la revelación hundiéndose en mi pecho como una piedra—. ¿Cómo es que no sabías que tenías un hijo?

El rostro de papá vuelve a ser una máscara de indiferencia, la fría fachada de un hombre que ha apostado con destinos y fortunas toda su vida. —Fue la noche antes de conocer a tu madre —comienza, con voz uniforme, sin revelar emoción alguna—. Una aventura de una noche...

—Joder, qué asco —gimo, y él pone los ojos en blanco.

—... porque cuando vi a tu madre al día siguiente, supe que era la que quería a mi lado, la que llevaría el apellido Hughes.

Se me forma un nudo en la garganta mientras imágenes de mi madre destellan en mi mente: su brillante sonrisa, su fuerza inquebrantable, cómo mantenía unido nuestro mundo con una voluntad de hierro. Parpadeo rápidamente, conteniendo las lágrimas que amenazan con derramarse. Pero aparto todo eso para lidiar con el asunto en cuestión.

Maldito Felix.

—¿Entonces sabes sobre el allanamiento mientras estabas en París?

—Por supuesto que lo sé. Vine directamente aquí para ocuparme de ello.

—Claro. —Sorbo, limpiándome los ojos con el dorso de la mano—. Ofrendas de paz y secretos familiares. Solo otro día en el imperio Hughes, ¿eh? —Mi intento de humor cae en saco roto, tragado por las sombras de la casa.

—Eliza —dice, pero ya me estoy dando la vuelta. El fuego en mis venas me impulsa a seguir moviéndome, a no quedarme quieta el tiempo suficiente para que el pasado me alcance—. Necesitas dejar que yo me encargue de esto.

—¿Te refieres a Felix? ¿Mi medio hermano, que intentó matarme? Supongo que apareció una vez que supo quién era su querido papá y decidió que quería una parte del juego. ¿Estoy en lo cierto?

Sus ojos son de acero. —No importa. Yo me ocuparé.

—¿Te ocuparás? ¿Como te ocupaste de no decirme que tenía un hermano? —Me acerco más, observando cómo su fachada de control vacila—. Si me estás diciendo la verdad y solo lo conociste hace unas semanas, ¿cómo es que este imbécil conoce nuestras tácticas de lucha? Me igualó movimiento por movimiento. Tenía un cuchillo exactamente como el mío.

—Vi la pelea en las cámaras —murmura—. La habilidad que tiene es inquietante.

—¿Lo cual significa qué exactamente? ¿Que tú no se lo enseñaste?

—¿En unas semanas? No, y no lo haría. Tú eres mi legado, Elizabeth. Siempre lo has sido. Que este hombre aparezca en mi vida no lo convierte de repente en familia. Especialmente cuando tiene una vendetta e intenta matar a lo único que me queda que hace que toda esta mierda valga la pena.

Sorprendida por la intensidad de su declaración, trago saliva. Está cabreado y cuestionando cosas que no debería cuestionar.

—¿Dijiste que te ha estado acosando? ¿Cómo lo sabes?

—Me ha estado vigilando en el campus. Bueno, sé que alguien me ha estado vigilando. Ahora supongo que es él. Ha estado enviando mensajes amenazantes, regalos grotescos, pero lo peor es una foto mía dormida en mi cama en casa. Por eso fuimos allí, para ver si podíamos obtener alguna pista sobre quién es este imbécil.

—Te ha estado observando. Estudiándote.

Trago saliva, un enorme escalofrío descendiendo como una nube a mi alrededor.

Él asiente lentamente, sus ojos como hielo. —Arreglaré esto.

—Esto es una locura.

—Lo sé.

La rabia que ha estado hirviendo en mis venas disminuye un poco mientras lo miro, realmente lo miro. No es solo mi padre; es un hombre que ha tenido que navegar por las aguas infestadas de tiburones de nuestro mundo desde que nació, un hombre que ha llevado el peso de nuestro legado sobre sus hombros.

Un día, este seré yo, y necesito que sea pronto para poder quitarle esa carga. Es hora de dejar de ser una pequeña perra y dar un paso al frente. Felix quiere lo que yo tengo. Un padre amoroso que atravesaría el infierno por mí y me traería a mis enemigos atados y amordazados como

regalos, un imperio que temblará bajo la ira de la Reina Hughes.

Sí. Felix ni siquiera es un punto en mi maldito radar ahora. Que se joda de la peor manera posible. Tal vez con un chile fantasma empapado en wasabi metido en el culo para rematar.

—Gracias por lo de Grenville.

Sonríe con suficiencia, sabiendo que la tormenta ha pasado y que le estoy dejando ocuparse de sus asuntos, siempre y cuando sus asuntos no vuelvan a afectarme, Felix es todo suyo.

—Cuando quieras, Lizzie —da un paso adelante y me besa en la coronilla—. Se avecina mierda, princesa. Ten cuidado ahí fuera.

Antes de que tenga la oportunidad de preguntar, se ha ido, saliendo majestuosamente de la casa como un maldito rey que exuda poder por cada poro.

Eso es lo que quiero, lo que anhelo.

Apartándome de la puerta por la que acaba de salir mi padre, un poco más sabia pero muchísimo más encendida por toda esta mierda, me dirijo por el pasillo hacia la puerta debajo de las escaleras que miro por un momento, preguntándome si es ahí donde fueron los chicos. No tenía ni idea de que había un "abajo", así que seguro que no sé cómo llegar allí.

Agarrando el pomo, la abro de un tirón y entro en el armario debajo de las escaleras. Una estrecha escalera de caracol desciende a plena vista, tenuemente iluminada de forma intermitente mientras las bajo lentamente, mis botas golpeando los escalones de madera con un golpe ominoso que resuena por todas partes.

Al llegar abajo, me recibe un sótano con una sola bombilla desnuda colgando del techo, que proporciona la única luz.

Grenville está atado a una silla de madera junto a una simple mesa de madera, pareciendo en todo sentido una rata atrapada. Los Reyes están todos aquí, sus ojos se iluminan cuando me ven.

—Ya era hora, pequeña asesina —sonríe Raphael, apartándose de la pared—. ¿Todo bien con el viejo?

—Sí, larga historia. Te contaré luego —mi mirada vuelve a Grenville. Sus ojos se ensanchan cuando me acerco, y casi puedo oler el miedo emanando de él en oleadas—. Ya no eres tan valiente, ¿verdad? —murmuro, acariciando su pelo antes de agarrar un mechón y tirar con fuerza, justo como él me hizo a mí.

Gruñe, y con una sonrisa viciosa, lo suelto, empujando su cabeza hacia atrás con fuerza.

—Qué reunión tan acogedora tenemos aquí —murmuro, rodeando a Grenville como un gran tiburón blanco oliendo sangre—. David Grenville, no tienes ni idea de lo jodido que estás, ¿verdad?

—Eliza, escucha —empieza, con voz ronca, pero no me interesan sus excusas.

—Cállate —lo silencio sacando a Flick de su funda y presionando el frío acero contra su mejilla lo suficiente como para sacar una gota de sangre.

Mientras retrocedo, contemplando mi próximo movimiento, Raphael tiene un brillo malicioso en los ojos. Se acerca a la silla y corta la brida, manteniendo su brazo derecho en su lugar. Colocando cuidadosamente el brazo de Grenville sobre la mesa con la mano extendida, Raphael empuña su cuchillo, una pieza cruel de acero que brilla amenazadoramente bajo el foco y con una sonrisa salvaje, levanta el cuchillo y lo clava con fuerza. La hoja atraviesa la mano de Grenville, clavándola a la superficie de madera. El sonido de la carne desgarrándose es asquerosamente satisfactorio. Grenville grita un sonido estrangulado y gutural que hace eco en las paredes desnudas.

—Cállate, David, antes de que te corte la lengua y se la regale a ella —gruñe Raphael, acercándose al rostro de nuestro cautivo y volviendo a su habitual control. Es fascinante de ver

—. Ahora. Esto es lo que obtienes por tocar lo que es mío.

Raphael extiende la mano, y Tarquin le da su cuchillo. Agarra la hoja curva y dentada y posiciona el filo sobre los dedos de Grenville, que ahora están temblando por el daño nervioso en su mano.

—Nadie la toca —gruñe Raphael. Baja la hoja rápidamente, cortando carne y hueso. Los lamentos de Grenville alcanzan un crescendo de locura cuando ve sus dedos cortados sobre la mesa frente a él.

El calor me inunda, una ola ilícita de excitación ante el poder crudo de Raphael. Mi centro se contrae, el calor se acumula entre mis muslos. Joder, la oscuridad en él me llama, y soy totalmente incapaz de resistirme.

Raphael se gira hacia mí, sus ojos encendidos con una feroz satisfacción. Jadeo por el deseo embriagador que me inunda. Cada respiración agitada coincide con el pulso de sed de sangre que crece dentro de mí como una marea.

—Joder, Raph —susurro, mi voz impregnada de un deseo oscuro.

Levanto a Flick, el frío acero captando la luz, brillando ominosamente mientras doy un paso adelante, mirando fijamente a David, que ahora está desplomado en la silla, con los ojos abiertos y desgarrado por el dolor.

—¿Pensaste que podías emboscarme e intentar matarme? ¿Que podías joder conmigo y con Tarquin y simplemente irte?

Sus ojos parpadean con terror, su boca abriéndose y cerrándose como un pez jadeando por aire en tierra seca. Pero no salen palabras, solo pequeños gemidos patéticos que alimentan el fuego de mi venganza.

—Movimiento equivocado, imbécil —digo, el filo agudo de Flick prometiendo retribución —. Firmaste tu sentencia de muerte en el momento en que te metiste conmigo, y ahora es hora de pagar al flautista, o en este caso, a la segadora.

Mis chicos bordean las paredes, sus miradas fijas en mí, y eso solo me impulsa más.

—Eliza —jadea, pero su súplica se corta cuando clavo el cuchillo en su corazón con precisión quirúrgica, retorciéndolo viciosamente para maximizar el dolor. Su grito calma a la bestia furiosa dentro de mí.

De repente, siento una presencia detrás de mí, cálida y sólida. James se acerca, presionando su cuerpo cerca, su pecho contra mi espalda. Su mano cubre la mía, la que aún agarra el mango de Flick, enterrada profundamente en el pecho de David. Con un empujón firme, aumenta la presión, hundiendo la hoja aún más.

La sensación compartida de poder corre a través de nosotros, una corriente subterránea de oscuridad que nos une. La emoción de la muerte enciende algo salvaje, una satisfacción que solo aquellos que viven nuestras vidas brutales pueden entender.

—Joder —murmuro, sintiendo el calor húmedo de la sangre de David mientras cubre mi mano, la vida escapándose de su cuerpo con cada segundo que pasa. Está hecho. Él está acabado. El mundo de la familia Hughes permanece sin desafíos, mi dominio absoluto.

—Buena chica —susurra James, mientras retrocede, una promesa oscura en su tono. Su aprobación me envuelve como un sudario. Soy en cada centímetro la heredera del imperio Hughes, mi legado escrito en sangre y venganza.

La sangre gotea de la hoja de Flick, mis respiraciones salen entrecortadas por la excitación mientras la saco y miro la escena espantosa que causó. No tengo tiempo de deleitarme en las consecuencias; los fuertes brazos de Oliver me envuelven, tirando de mí contra él.

—Eliza —dice, con la voz cargada de intensidad. Me gira para enfrentarlo y estrella sus

labios contra los míos, consumiendo mi boca con una urgencia feroz que coincide con los latidos de mi corazón. Su beso es un fuego que aviva las llamas de la oscuridad que se arremolina en mi alma.

—Déjamelo a mí —murmura Oliver contra mis labios, ojos oscuros como las profundidades del océano durante una tormenta—. Me encargaré de la limpieza.

Doy un paso atrás, aún sintiendo el fantasma de su beso, y observo cómo Oliver se mueve hacia la forma sin vida de David. El charco de rojo que se extiende debajo de la silla no lo perturba. Ha visto esto antes, lo ha hecho antes. Todos lo hemos hecho.

Mis labios se curvan en una sonrisa lenta y siniestra. El poder corre a través de mí, una oleada eléctrica que reafirma mi posición en la cima.

A nuestro alrededor, las miradas de los otros chicos están clavadas en mí. Han visto hasta dónde llegaré para proteger lo que es mío. Han sentido el toque helado de mi ira, y en sus ojos, encuentro el reflejo de mi propio poder, una Reina oscura entre sus Reyes.

—Todos limpiaremos este desastre —digo, pasando por encima del límite de la sangre derramada.

—Yo me encargo —murmura Oliver.

—Juntos —respondo, mirando fijamente sus labios hinchados por el beso—. Siempre juntos.

—¿Quieres quedarte con los dedos? —pregunta Tarquin, haciéndome resoplar de sorpresa.

—Paso enormemente, pero gracias por preguntar.

Raph se acerca por detrás y besa mi cuello mientras me rodea con sus brazos. —Eres nuestra, Eliza, lo quieras o no. Nunca te dejaremos ir, aunque grites y supliques. Somos monstruos ineludibles que haremos cualquier cosa para mantenerte con nosotros.

Sonriendo lentamente, me giro en sus brazos y lo miro. —Menos mal que no planeo ir a ninguna parte, ¿verdad?

—Perfecto, pequeña asesina. Perfecto.

CAPÍTULO 34

ELIZA

Sacudiendo la cabeza, me dirijo a Raphael, Tarquin, James y Oliver mientras salimos por la puerta principal hacia la luz de la mañana, listos para enfrentar un nuevo día. —Necesito intentar un alto el fuego.

—¿Con quién? —pregunta Oliver con el ceño fruncido.

—Con Felix, obviamente.

—¿Y quién es ese? —pregunta Tarquin.

Inclinando la cabeza, de repente pongo los ojos en blanco. —Oh, sí, lo siento. Mi medio hermano. Supongo que no llegamos a esa parte de la Saga Familiar Hughes anoche.

—¿El tipo con el que peleaste en casa de tu padre es tu medio hermano? —reitera Raphael con un lento asentimiento—. ¿Y te odia y quiere lo que es tuyo?

—No podría inventar esta mierda, ¿verdad?

—Típica mierda de hijo perdido. No hace falta ser un genio. Intentó eliminarte. ¿Es él el imbécil detrás de toda esta mierda en el campus?

Sonriendo, me siento ligera como el aire mientras agarro su mano y la llevo a mis labios para besarla antes de entrelazar nuestros dedos. —Amo eso de nosotros. No necesitamos explicaciones sinceras y largas que ahonden en nuestras inseguridades y dudas. Simplemente nos ponemos al día y seguimos adelante.

Él sonríe, atrayéndome hacia él mientras envuelve sus brazos alrededor de mi cuello. —¿Quién tiene tiempo para esa basura emocional?

—Yo no —murmura James, pero me da una larga y escrutadora mirada que habla de nuestro apasionado beso que también necesita avanzar. Pronto. Aún no estamos ahí. Siento que meterme en la cama con él arruinará la dinámica. Él es un caballo oscuro. El asesino silencioso que te eliminará sin que te des cuenta. Quiero experimentar a James como estaba destinado y eso significa esperar.

—Exactamente —estoy de acuerdo, mirando a Oliver, quien cavó un hoyo en el jardín trasero anoche para tirar el cadáver de Grenville; a pesar de mis protestas para ayudar, no quiso saber nada de ello.

—La cosa se puso seria —murmuro, parpadeando a Tarquin mientras me da esa sonrisa perezosa que hace que mi clítoris se contraiga.

—Entonces, ¿tregua con el hermano mayor? —pregunta, volviendo a encauzar la conversación—. ¿Cómo quieres jugarla?

—Lo más rápido y limpio posible. Pero necesito un segundo. Lo que él quiere, no puedo dárselo, así que tiene que haber una alternativa.

Están de acuerdo, y con eso decidido, nos adentramos más en la fresca mañana de otoño,

listos para enfrentarnos al mundo, o al menos a la Universidad Castle.

Pero aunque nos sintamos en la cima del mundo, las corrientes subterráneas aún acechan. El aire está cargado de susurros, y el cuerpo estudiantil es un hervidero de nervios a punto de estallar. Mis chicos —mis Reyes— tienen los ojos agudos, sus sentidos sintonizados con cada cambio en esta inquieta corriente.

—Intentemos tener un día normal —murmuro mientras entramos en el viejo edificio Castle y nos separamos.

—¿Normal? —pregunta Oliver—. ¿Qué coño es eso?

Riendo, me dirijo al pasillo de la izquierda y bajo hacia mi primera clase, esperando contra toda esperanza que no me echen de nuevo por un caso grave de inasistencia desde que empecé aquí.

Pero hoy, jugamos el papel de estudiantes diligentes, centrados en la clase y no en la tormenta de mierda que sigue arremolinándose a nuestro alrededor.

Mientras me deslizo en mi asiento, la clase comienza, las palabras sobre civilizaciones antiguas me envuelven, recordándome el poder de los imperios y lo lejos que hemos llegado.

El profesor sigue hablando monótonamente, pero ya no puedo concentrarme. La tensión que crepita en el ambiente tiene toda mi atención. Es una alarma silenciosa y estridente en mi cabeza, una que he aprendido a confiar. Así que cuando se produce la primera explosión, haciendo temblar las vidrieras de la sala de conferencias, ya estoy en movimiento.

—¡Al suelo! —grito, sin preocuparme por el decoro mientras las sillas rechinan y los cuerpos se sobresaltan confundidos. Mi corazón late con un ritmo feroz. El instinto y la adrenalina se apoderan de mí; las sesiones de entrenamiento, los simulacros... todo es memoria muscular ahora.

Salto por encima de las filas de asientos, llegando al grupo de estudiantes más cercano. No hay tiempo para el miedo, solo para la acción.

El cristal se hace añicos en algún lugar sobre nosotros, y sé que los chicos están ahí fuera, convergiendo en este infierno que se ha desatado. Cada uno de ellos es una fuerza de la naturaleza; se estarán dirigiendo al patio, el ojo de la tormenta, donde necesito estar.

—¡Moveos! —ordeno, empujando a un puñado de estudiantes hacia una salida de emergencia. Puedo oír los sonidos de pánico fuera, los gritos y llantos amortiguados por las gruesas paredes mientras la conmoción reverbera por los pasillos de la universidad. Esto es la vida real, y la mayoría no está preparada. Todavía no. Algunos lo están y ya se están dirigiendo afuera, armados hasta los dientes para lidiar con esta amenaza que nos concierne a todos.

Irrumpo en el aire libre y escaneo rápidamente la escena. El patio está lleno de movimiento, figuras corriendo, pero mi mirada se centra en mis chicos. Los Reyes protegiendo su Castillo.

Los anchos hombros de Raph son como un ariete mientras se abre paso entre la multitud. Tarquin, nunca lejos del lado de su gemelo, se mueve con la gracia de una pantera, sus ojos azules escudriñando en busca de amenazas. James, con su ojo de águila, ya está armado y dirigiéndose a un terreno más elevado. Oliver se desliza entre las masas, un fantasma que trae seguridad o muerte, lo que sea necesario.

—¡Eliza! —la voz de Raph corta a través del ruido, un salvavidas lanzado en medio del caos. Sus ojos se encuentran con los míos, y no hacen falta palabras.

Simplemente lo sabemos.

Mis piernas bombean con más fuerza; mis respiraciones se vuelven rápidas y agudas. Somos un frente unido a pesar de la distancia entre nosotros, una familia no unida por la sangre sino por la lealtad forjada en el fuego. Este es nuestro territorio, nuestra responsabilidad, y lo

defenderemos con cada gota de nuestra astucia y coraje.

Ahora mismo, no se trata solo de sobrevivir. Se trata de mantenernos firmes, de demostrar que incluso cuando el mundo intenta destrozarnos, no nos doblegamos: luchamos con más fuerza y ferocidad que nunca.

Cuando llego al patio, el alcance total del ataque me golpea: una ola de pavor tan potente que casi me detiene en seco. Pero la supero porque la debilidad no es una opción, no cuando hay tanto en juego.

Los disparos atraviesan el aire, sus agudos informes cortando a través de gritos y cristales rotos. Me abro paso entre la multitud, mi mente un torbellino de estrategia y adrenalina. Los estudiantes se dispersan como hojas en una tormenta, algunos buscando refugio, otros corriendo hacia la salida más cercana. Mi cabello castaño azota mi rostro mientras esquivo una silla volcada, arrojada al patio por la explosión, que todos mis instintos me gritan que es una distracción. Felix está aquí fuera. Me está desafiando, y no voy a decepcionarle, joder. A la mierda la tregua. Va a caer.

—¡Mierda! —se me escapa la maldición al ver a un grupo de atacantes, sus rostros ocultos por máscaras, igual que en la casa de mi padre, sus manos empuñando armas con una familiaridad escalofriante.

—¡Eliza, agáchate! —oigo la voz de Raph de nuevo, pero ya estoy tirándome al suelo, sintiendo el calor de una bala mientras canta pasando por donde estaba mi cabeza segundos antes.

—Joder, eso estuvo cerca —murmuro, levantándome del suelo. No hay tiempo para congelarse; he sido entrenada para momentos como estos. Mi padre se aseguró de que su heredera pudiera defenderse. Estoy preparada. Siempre preparada. Ahora más que nunca.

El sudor perla mi frente, pero mis manos están firmes mientras saco el arma compacta de su funda oculta. La autodefensa no es solo un curso cuando naces en la familia Hughes; es un estilo de vida.

Que piense que tiene la ventaja. Que crea que puede irrumpir en mi vida y trastornarlo todo.

—¡Eliza!

Asiento hacia Oliver y apunto, disparando un par de veces para cubrirlo. Él se mueve a mi lado, recargando.

—¿Este es tu hermano?

—Medio hermano y sí, tiene que serlo.

—¿Te importa si lo mato?

—No, pero déjamelo a mí, ¿vale?

—Mejor llega a él rápido entonces, tigresa. Raph está en pie de guerra.

No es sorprendente. Los Reyes no reciben bien a los invitados no deseados en su Castillo.

Apenas tengo tiempo de prepararme antes de que el mundo explote de nuevo, lanzando terrones de tierra y arbustos. Los instintos se activan; me agacho y cubro mi cabeza mientras una ola de calor me envuelve.

Cuando el polvo se asienta, estoy de rodillas, con los oídos zumbando y el corazón latiendo con fuerza. A través de la bruma, la devastación es clara. Edificios derrumbados, humo elevándose hacia el cielo, cuerpos esparcidos por el pavimento roto. Es una escena sacada directamente del infierno.

—Mierda —respiro, poniéndome de pie con sombría determinación. Mi entrenamiento me ha preparado para la violencia, pero nada puede prepararte realmente para ver tu mundo hecho pedazos. Antes lleno del vibrante bullicio de la vida estudiantil, el campus ahora se asemeja a

una zona de guerra.

Escaneo el caos, mi mente luchando por ponerse al día. Esto no es solo un ataque, es una declaración. Alguien está dispuesto a destruir todo lo que representamos, y no está jugando según las reglas que conozco.

—Esto no es obra de Felix —murmuro, pero Oliver no puede oírme por encima del caos a nuestro alrededor mientras me tambaleo para ponerme de pie y giro en un círculo desorientado.

Mientras el humo y el polvo se disipan, mi corazón da un vuelco. —¡NO!

Saltando hacia adelante, me deslizo por el áspero concreto del patio, aterrizando con fuerza sobre mis rodillas junto a un cuerpo inconsciente. —¡Ni se te ocurra, maldita sea! —grito.

—¡Sorpresa, Eliza! —La voz es suave, impregnada de un triunfo venenoso.

Levantando la vista del rostro ensangrentado de uno de mis chicos, con la mandíbula apretada, alzo mi mano temblorosa, agarrando el arma con los nudillos blancos.

El titiritero finalmente sale a la luz, y no es mi imbécil medio hermano.

—Vaya, mierda.

Una maldición sin aliento que resume la retorcida revelación que se despliega ante mis ojos. Todas estas semanas, todos los movimientos en el tablero de ajedrez que no pudimos predecir, y aquí está el gran maestro, con una satisfacción arrogante grabada en rasgos que envían una onda de choque a través de toda mi alma.

Esto lo cambia todo: cada alianza, cada jugada. Nos han superado en nuestro propio juego.

Mientras el mundo se desmorona a nuestro alrededor, sé una cosa con certeza: el submundo está a punto de presenciar una guerra como nunca antes. Cometieron un gran error al enfrentarse a mí. El infierno no conoce furia como la de una Reina despreciada, y quemaré todo esto hasta el suelo para sobrevivir.

Continúa con La Reina, Libro 2

Únete a mi Grupo de Lectores en Facebook para más información sobre mis últimos libros y catálogo:

Suscríbete a mi boletín para noticias exclusivas, sorteos y concursos: